

FIDEL ARANEDA BRAVO
DE LA ACADEMIA CHILENA

CRONICAS DEL BARRIO YUNGAY



Condensada en las carillas que siguen nace una obra matizada de historia y recuerdos, añoranzas, buenaventuras, tierra y polvo, tiempo, luz. Junto a la vida de un hombre también la historia de una región que es todavía serena y grata, apacible y atractiva. Escudriñando almas y rincones, hombres y paisajes, casas, templos, jardines, amistades, encontramos en Crónicas del Barrio Yungay el cuadro terrenal que ha conservado su autor de las andanzas espirituales que su misión de Párroco le exigió.

Canta a Dios y a los hombres, a la tradición y a la gesta: al Barrio Yungay, al Roto Chileno. Páginas todas unidas por la armoniosa filiación de su pluma, dedicada desde antiguo a la tradición chilena, a la pureza del idioma que como Académico de la Lengua ha cultivado con esmero y pasión, diciendo siempre lo que ha visto, lo que siente, y de nuestro pasado lo que queda.

Hay aquí algo más que un rostro, pero no menos que una historia completa de toda aquella época sostenida hoy día cuando más en un muro, otra casa, una estatua, el vecino, las mismas calles, antiguos gustos, tantos recuerdos.

Añade este nuevo trabajo de Monseñor Fidel Araneda Bravo otra importante contribución a las letras nacionales y una nueva obra a la ya abundante bibliografía que le distingue, aparecida hoy en medio de la ajetreada vida de Canónigo y de las inquietudes artísticas y religiosas que como Presidente de la Comisión de Arte Sagrado le corresponde realizar.

Es propiedad
Fidel Araneda Bravo
Inscripción 40074

Imprimatur:
Puede imprimirse y publicarse.

J. Gómez — V. Gral.
S. Valech — Scio Gral. 1971.

FIDEL ARANEDA BRAVO

DE LA ACADEMIA CHILENA

CRONICAS DEL BARRIO YUNGAY

SANTIAGO DE CHILE

1972

08431

FIDEL ARANEDA BRAVO
DE LA ACADEMIA CHILENA



BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

SANTIAGO DE CHILE
1972

SIGNIFICACION HISTORICA DEL 20 DE ENERO

JUNTO AL hermoso y laureado monumento del soldado chileno, obra de Virginio Arias, se congrega todos los años, el 20 de enero, la ciudad del Mapocho para rendir homenaje a los vencedores de Yungay que conquistaron la segunda Independencia de Chile.

A raíz de las campañas emancipadoras, las naciones hispanoamericanas vivieron largos años de incertidumbre política, antes de lograr su organización definitiva. El caos favorecía las ambiciones de los caudillos civiles y militares, quienes creyéndose dueños absolutos de sus pueblos, los lanzaban a proyectos arriesgados, los cuales eran casi siempre causa de los más rotundos fracasos en el gobierno.

El mestizo Andrés Santa Cruz, Presidente de Bolivia, es un caso típico del caudillo audaz que arrastra a su patria a una descabellada aventura, cuyo desastroso resultado cortó bruscamente su carrera militar y política, iniciada bajo muy buenos augurios, durante la época de la Independencia. Santa Cruz, en su megalómano deseo de mando y predominio, comenzó a preparar lenta-

mente la restauración del viejo imperio incásico, que era el sueño de su vida; para lograrlo creó la Confederación Perú-Boliviana. Don Ignacio Domeyko, propulsor de la enseñanza secundaria en nuestro país, hombre de ciencia y activo Rector de la Universidad de Chile, retrató con pluma maestra al protector en 1844: "tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas; de las tribus que hablan el quichua y el aimará. De una talla pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente estrecha y cabellos negros gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes, pero con una expresión de desconfianza; sus mejillas anchas y salientes, sus labios espesos, la cara parecía siempre afeitada".

La sagacidad e intuición del Ministro Diego Portales, "el terrible hombre de los hechos", desbarató para siempre los planes hegemónicos del caudillo bárbaro del Altiplano. El soldado y estadista descendiente de los incas, pensó que la trágica muerte del visionario gobernante chileno, acaecida el 6 de junio de 1837, le llevaría al pináculo de la gloria y de sus ambiciones; pero el espíritu de la víctima, encarnado en el heroísmo e hidalguía del general Manuel Bulnes Prieto (1799-1866), y de su valeroso ejército de rotos chilenos, libró la batalla de Yungay, símbolo de la unidad nacional, que señaló el rumbo decisivo de nuestros destinos.

Después del tristemente célebre Tratado de Paucarpata, suscrito el 16 de noviembre de 1837, por el argentino don Manuel Blanco Encalada, Jefe de la expedición chilena, Santa Cruz cantó victoria; sin embargo, los designios de la Providencia eran otros: aquel convenio humillante para nuestro país fue uno de los factores que

determinaron el triunfo de Yungay; si Blanco Encalada acepta la batalla de Arequipa, en situación desigual para nosotros, habríamos quedado sólo con dos mil soldados para afrontar la segunda campaña, en la cual Chile habría sufrido una derrota aplastante y definitiva.

La patria se levantó airada y protestó por el ominoso acuerdo de Paucarpata. Las brigadas militares ofrecieron sus servicios al gobierno de Prieto para una nueva expedición, y la Municipalidad de Santiago destinó parte de sus rentas para tan patriótico fin.

El Presidente, general Joaquín Prieto Vial (1786-1854), organizó otra expedición y la confió a su sobrino el general Manuel Bulnes Prieto que a la sazón frisaba en los 39 años y tenía fama de valiente desde que exterminó en Vegas de Saldías los últimos restos del ejército español. Bajo su casaca de guerrero, Bulnes llevaba las armas invencibles de un auténtico espíritu cristiano y de una sin par bravura, ambas virtudes suplían con creces su falta de estrategia militar.

La intervención de la Providencia no se hizo esperar mucho: al comenzar la segunda etapa de la guerra, las fuerzas peruanas se desbandaron, y en Bolivia se produjo la anarquía, lo cual facilitó el triunfo de las armas chilenas.

Nuestro ejército iba a la guerra lleno de confianza en el porvenir de Chile y, más que todo, inspirado en esa fe cristiana que ennoblece el combate y santifica el heroísmo. Tanto Bulnes como los demás jefes y soldados buscaron la protección de la Virgen del Carmelo; y el general vencedor atribuyó a María la victoria.

Las batallas preliminares de Guías, Matucana y Buin, y el combate de Casma eran felices augurios de la hora del triunfo definitivo.

Ya todo estaba preparado para librar la última batalla; los dos ejércitos se situaron a pocas leguas de distancia; Santa Cruz y su gente estaban en Carhuaz; Bulnes y los suyos en San Miguel. Ambos lugares forman parte del antiguo villorrio de Huaylas, hoy denominado Ancachs, al norte del departamento de Lima. Riegan esas tierras el Marañón y el Santa, y dos líneas de montañas cruzan paralelamente la provincia de norte a sur. Una vegetación exuberante alegra las villas vecinas. El 19 de enero, el ejército de la Confederación se movió de Carhuaz a Yungay y, mientras tanto, nuestras tropas soportaban, con heroísmo, el calor y el hambre desalentadores. Tras algunas discusiones aclaratorias, el general Bulnes montó resueltamente el brioso caballo blanco que le había enviado el gobierno, en recompensa por la batalla de Guías, y después de una entusiasta arenga a su ejército, le propuso ir a Carhuaz al día siguiente para presentar combate a Santa Cruz que observaba el campo enemigo. ¡Viva Chile! ¡Viva el general Bulnes! fue la entusiasta respuesta de oficiales y soldados. Las tropas chilenas avanzaron hacia Yungay, y el 20 de enero “se rompió el día” con los sones marciales del Himno Nacional. El campo de batalla es uno de los parajes más hermosos del Perú: lo abrazan las macizas cordilleras y las lípidas aguas del caudaloso Santa. En el cerro Pan de Azúcar, uno de los tantos que están situados como escaleras a la izquierda del valle, se encontraba el ejército de la Confederación; otra compañía de Santa Cruz se colocó en el vecino cerro de Punyán; ambas posicio-

nes formaban entre sí un cordón militar estratégico. El Pan de Azúcar es de difícil acceso; hay faldas escarpadas, y sólo caminos tortuosos, que desaparecen repentinamente. Por ese cerro, haciendo verdaderas proezas, subieron los bravos rotos chilenos.

Fuera de los comandantes Valenzuela y Olivares, que cayeron acribillados por las balas enemigas, todos los demás oficiales llegaron a la cima, y la sargento Candelaria Pérez, mujer valerosa, ataviada con el uniforme militar, llegó también a la cumbre del Pan de Azúcar y, con vitores, estimuló a sus compañeros, entre los cuales se destacaba Juan Colipí, auténtico ejemplar de la vieja raza, hijo de un cacique araucano. El nombre de Candelaria Pérez es pronunciado con respeto por todas las generaciones chilenas y se ha convertido en un personaje legendario de la tradición popular.

Terminó la primera parte de la batalla cuando el sargento del batallón Valparaíso, José Segundo Alegría, se adelantó con entereza, entre las columnas humeantes del Pan de Azúcar, y en lo más alto de la montaña clavó el pabellón nacional. En seguida Urriola, José Miguel Araneda, José María Cruz, Fernando Baquedano y Manuel Bulnes, aniquilaron los últimos tercios del ejército enemigo, que se batió en vergonzosa retirada.

Cuatro mil ochocientos rotos chilenos, heroicos y disciplinados, alcanzaron un espléndido triunfo sobre seis mil hombres de la Confederación. Después de arruinar los restos del ejército enemigo, entró Bulnes en Lima, y allí dio ejemplo de rectitud y generosidad. A su regreso a Chile, sus conciudadanos se dieron cita en la Alameda

de las Delicias, la antigua Cañada, para aclamar al héroe de la segunda Independencia.

La hora del triunfo, que la Divina Providencia tiene reservada a los pueblos esforzados, llegó para Chile a raíz de la batalla de Yungay. Se obtuvo la segunda Independencia con que soñó el Ministro Portales, y nuestra soberanía se alzó sobre las naciones sudamericanas; los chilenos con plena conciencia de su valer, se congregaron alrededor del soldado que se batió en Pan de Azúcar. Rápidamente se asentó la idea de Patria, hasta entonces desconocida, y comenzó la obra creadora de nuestra nacionalidad y del Estado en forma concebido por Diego Portales. La sangre derramada en Yungay fue el núcleo vital del que surgió la conciencia de la chilenidad.

El roto-soldado, valiente y temerario, que arrastrándose escaló las abruptas cuestas del Pan de Azúcar para incrustar en la cumbre la bandera de la estrella solitaria, es el tipo del chileno auténtico, cuya imagen adorna y le da carácter a la Plaza de Yungay.

El mismo roto esforzado que se batió con bravura sin par en el Pan de Azúcar, cultiva nuestros campos, trabaja heroicamente, con grave peligro de su vida, en las obscuras y mortíferas minas y en las industrias, para producir e incrementar la riqueza nacional.

Extrañas doctrinas han pretendido deformar la conciencia religiosa del pueblo chileno e infundirle ideales que no se compadecen con su espíritu pacifista; pero el roto es noble, astuto, zorro, generoso, cuerdo, inteligente y vivo; y su fe, aunque en algunos permanece

adormecida y vacilante, y en otros deformada, se anima y enciende para manifestarse en sus grandes devociones a la Madre de Dios, y a algunos santos. Las fiestas de Andacollo, de la Tirana y de San Sebastián en Yumbel, por ejemplo, podrán estar mezcladas de superstición; pero en ellas se deja ver claramente un fondo palpable de fe cristiana muy atendible para orientarla hacia el genuino espíritu del Evangelio y de la Liturgia.

El vocablo "roto", según el Diccionario Oficial de la Real Academia Española, edición 1970, en su primera acepción, es participio pasado del verbo irregular "Romper"; en la segunda aparece como adjetivo: "Andrajoso" y "que lleva rotos los vestidos"; en la quinta es chileno, sustantivo: "Individuo de la clase ínfima del pueblo"; en la sexta figura como "apodo con que se designa al chileno en Argentina y Perú".

El Dr. Nicolás Palacios, en su libro RAZA CHILENA, dice que "Roto" era sinónimo de militar en la guerra de Chile en la época de la Conquista. Debido a la pobreza de su indumentaria lo motejaron de "roto", y, como en el nuevo Reino todos lo eran, pasó a ser sinónimo de chileno".

El canónigo, don Manuel Antonio Román, en su hasta ahora insuperado "Diccionario de Chilenismos", al definir la palabra "Roto", inserta y hace suyo el artículo escrito por don Nicolás Palacios en su obra RAZA CHILENA.

Es evidente que jamás el Dr. Palacios, ni el Pbdo. Román, dan al vocablo "Roto", la tercera acepción del Diccionario Oficial: "Aplicase al sujeto licencioso, libre

y desbaratado en las costumbres y modo de vida, y también a las mismas costumbres y vida de semejante sujeto". El autor de *RAZA CHILENA*, con muy buen criterio, recuerda que los "ilustres conquistadores, atentos únicamente a cumplir lo mejor posible sus deberes para con su lejana patria, sin sueldo, semidesnudos y hambrientos, sostenidos sólo por su alma heroica, recibieron un sobrenombre que era la expresión de sus virtudes. Para ellos parece haber sido escrito el proverbio latino: "Non est cicatrix turpis, quam virtus parit" (1). "Hemos heredado, como se ve, con su sangre, su apodo elocuente". "Y quien lo hereda no lo hurta": "Un Roto Chileno".

Sin embargo, Augusto Iglesias, muy versado en esta materia como en muchas otras, en su discurso de incorporación en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española (2), va más lejos aún; y, con erudición y buenas razones, disiente de la opinión de Palacios y de Román; sostiene que "la palabra "roto" incorporada a la expresión "roto chileno", tiene un significado tan especial que no hay modo, honradamente, de buscarle su origen en el solar de Castilla. A las claras se ve que ésta es una locución americana, y nada más que americana que sólo por una similitud fónica y cierta objetividad circunscrita al modo de vestir de los indios chilenos en edad del "rutu chico", se confunde a poco andar con el vocablo castellano en tapete".

"Para los americanos en general y los incaicos en particular, la expresión "roto chileno" se refiere, des-

(1) "No es herida torpe, la que procede del valor".

(2) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. T/X. Cuadernos 37 y 38. Direc. Gral. Prisiones, 1949. Págs. 3-59.

de un comienzo, a las características temperamentales y psicológicas del mocetón chileindiano, harto diferente en sus vicios y cualidades, a la del resto de los autóctonos y mestizos de las otras regiones de nuestro hemisferio, en edad de cargar armas. De ahí también, que la expresión antedicha no signifique ni elogio ni vituperio, con sentido individualizado a un juicio negativo o enaltecedor del chileindiano, sino ambas cosas a la vez; porque desde un comienzo, cuando se dijo “roto chileno”, no se aludió sólo a la flor de la psicología temperamental de estos mocetones sino, así mismo, a sus defectos”.

En seguida agrega que “con esta doble acepción corrió la fama del “roto chileno” por la América nuestra”; reconoce su valentía en las tres guerras: de la Independencia y las dos contra el Perú y Bolivia en 1839 y en 1879, como su tenacidad y pujanza para trabajar en los días de paz, en pro del fomento de la riqueza nacional, a fin de sostener a los grupos democráticos”. “Así —prosigue Iglesias— con rasgos de miseria y grandeza, de claridad y sombra; de virtudes y defectos, se nos presenta en la Historia en marcha, la fisonomía del “roto chileno”. Transcribe, luego, algunos versos que se han escrito sobre el roto, tanto para exaltar sus virtudes como para reconocer sus defectos.

“Durante la guerra del Pacífico —dice—, el “Roto” se yergue ante americanos y europeos como un alto exponente de carácter y tenacidad racial, de esfuerzo coordinado y valor indómito”.

Finalmente, resume las teorías de su discutido, pero audaz discurso académico, con estas frases: “la locución



“roto chileno” no deriva, en su vocablo inicial, del adjetivo español “roto”. Aquí “Roto” —en la expresión nuestra— no significa “rotoso”, argentinismo y chilenismo con que se designa a la persona que viste andrajos, sino a un tipo característico de mancebo de la cepa autóctona de Chile, y luego el mestizo de Arauco, producto del cruce indígena con el europeo invasor. Ahora bien, no hay duda que a este hombre al señalársele por primera vez, entre los pueblos del Nuevo Mundo, como arquetipo racial merecedor de loas, se le asignó, también, en el símbolo de LA ARAUCANA, una edad típicamente precisa: la del empuje agresivo, cuando el coraje y la fuerza física llegan al máximo y los vicios y virtudes estallan en confusión magnánima. ¿Qué edad puede ser ésta sino es la del mocerío temerario?”

“Es indudable que Ercilla, en su famosa octava, se refiere a hombres en juvenil plenitud:

“Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos,
Ágiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo y sufridores
De fríos mortales, hambres y calores”.

“Así como los cantó el Soldado-Poeta, eran los jóvenes araucanos en la edad del “rutu chileno” (3).

(3) “Rutu”, voz quichua que proviene de “Rututu” o “Rutuni”, palabra que en la primera forma significa “trasquilado” y en la segunda “trasquilar”. (Augusto Iglesias. Discurso académico citado).

“Así los endiosa el sentimiento nacional en los años de la República y los admira, a su pesar, no nos importa que en medio de amargas diatribas cierta hostilidad extranjera. Así, también, pasando por sobre los prejuicios de clases que algunos espíritus delirantes pugnan por sembrar en nuestro país, el sentimiento nacional sigue considerando a los Rotos de Chile con el mismo cariñoso afecto que siempre se le dio en este país, por cultos y pudientes a la locución de estirpe indígena “Roto Chileno”, tan vieja como gallarda en su épica trayectoria, y de la cual ayuno de brillo y elocuencia, os he hablado sin medida abusando de vuestra cortesía generosa”.

El primer filólogo chileno, Dr. Rodolfo Oroz, actual Director de la Academia Chilena, al recibir a Augusto Iglesias en la docta Corporación, aclara los conceptos del recipiendario y dice: “El señor Iglesias, sin recurrir a muchos tecnicismos y complicados procedimientos de análisis, sometió a un severo examen las diversas teorías, en parte abstrusas y fantásticas, sobre el origen y significado de la voz “roto”, para ofrecernos otra teoría no menos pintoresca sobre el verdadero origen de este vocablo, sugiriendo la idea de que se trata aquí de lo que en lingüística llamamos un caso de evolución convergente, en que dos palabras de diferente origen llegan a confundirse en una misma forma debido a las vicisitudes de su evolución histórica. Los vocablos convergentes, en general, se explican por diferencias regionales, sociales o cronológicas y sobre todo por diversidad de origen, ya que en muchos casos se trata de préstamos de idiomas extranjeros, como lo vemos, por ejemplo, en la palabra **lima**, que significa cierta herramienta, de ori-

gen latino; y el fruto del limero, de origen árabe-persa. Y quizás lo propio ocurre en la palabra "roto".

"Por otra parte, no estamos muy lejos de aquel fenómeno que los lingüistas denominan "etimología popular", o sea, casos en que la lengua trata de aproximar la estructura de un término desconocido o extraño a la de un vocablo corriente o familiar, lo que ocurrió, por ejemplo, en la forma popular española *aceitileno* por "acetileno", en cuya primera parte se creía ver la voz "aceite".

"Una transformación de "rutu" en "roto", por razones de carácter similar, no estaría, creo yo, en la zona de lo imposible" (4).

EL DICCIONARIO DE MEXICANISMOS, de Francisco Santa María, corrobora la opinión de Iglesias, cuando define el vocablo "Roto": "Petimetre, pisaverde; individuo sin quehacer y sin dinero, que viste bien a fuerza de trampas y picardías. La mujer del pueblo llama rota a la señorita de la clase media que vive a lo rico" (5).

EL DICCIONARIO DE AMERICANISMOS de Augusto Malaret, aunque no tiene la misma categoría del anterior, confirma lo dicho por el académico chileno.

Por más que algunos discutan la teoría de Augusto Iglesias, y prefieran la del Dr. Nicolás Palacios, es indudable que "roto chileno" es sinónimo entre nosotros, de valiente y esforzado, con o sin los vicios propios de

(4) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA, citado en la nota Nº 2. Págs. 63 y 64.

(5) Pág. 725.

nuestra idiosincracia. Rara vez se emplea aquí, ahora, la frase "roto chileno" en forma peyorativa o en sentido despectivo. Nuestra vieja y ya casi extinguida aristocracia colonial "roteaba" a las clases inferiores; pero eso pasó a la historia; hoy es muy poca la gente que "rotea".

El hombre del pueblo, cuando se le moteja de "roto chileno", no se ofende, al contrario, lo celebra y lo tiene a honra. Será inútil pretender desarraigar de este país la idea de que cuando hablamos de "roto chileno", sólo queremos hacer un elogio de la valentía y del esfuerzo de aquella parte de nuestra clase obrera que se batió en Yungay; de ninguna manera se hace con ánimo despreciativo o "paternalista, condescendiente" (6). En buen sentido he designado con el apodo de "roto chileno" al soldado valeroso y simpático que ganó la batalla de Yungay.

Jamás nadie podrá impedir que el 20 de enero celebre el barrio Yungay y el pueblo entero, la fiesta del ROTO CHILENO, porque éste es el nombre que otorga la historia al sujeto de la clase obrera, al soldado que peleó heroicamente en Yungay.

(6) "¡No más Roto Chileno!". EL MERCURIO, 20 de enero de 1964. Artículo del académico de la Chilena, don Raúl Silva Castro, incluido en su libro ESTAMPAS Y ENSAYOS. Fondo de Cultura Económica. México, D.F., 1968. Págs. 117-120.

II

SANTIAGO EN 1840

EN GENERAL, los historiadores, con excepción de Benjamín Vicuña Mackenna en el siglo pasado, y Francisco Antonio Encina en el presente, no se refieren en sus obras a las calles de las grandes ciudades chilenas, y aún los mismos autores mencionados, prescinden casi en absoluto de los barrios apartados de las grandes urbes.

En cuanto a la "villita" Yungay, sólo se han ocupado de ella, fuera de Sarmiento, los escritores nuestros: Augusto D'Halmar, Fernando Santiván, Nicomedes Guzmán, María Esperanza Reyes de Arteaga, en sus novelas JUANA LUCERO, ANSIA, LA SANGRE Y LA ESPERANZA y EN UN BARRIO LLAMADO YUNGAY, respectivamente. D'Halmar, como se verá en su oportunidad, es el que más y mejor discurre sobre las cosas del barrio. Santiván, muy de paso, menciona la calle García Reyes, en la cual Elsa, una de las protagonistas, vivía con su padre, y en la Quinta Normal, adonde ella solía ir de paseo con Ricardo, otro de los personajes. LA SANGRE Y LA ESPERANZA, de Nicomedes Guzmán, se realiza en el medio obrero de Yungay: los actores de esta obra se mueven entre "el depósito de tranvías y los

grandes talleres de la Compañía Eléctrica de la calle García Reyes", los conventillos y burdeles de las calles Bulnes, San Pablo y Mapocho, y la parroquia de Andacollo, desmembrada de la de San Saturnino, erigida en 1912. El autor refiere con crudeza la triste realidad del ambiente proletario del barrio, entre los años de 1920 y 1922, época en que los trabajadores chilenos, enfervorizados por la palabra de don Arturo Alessandri Palma, comenzaron a reclamar sus derechos postergados por más de tres siglos. "El mundo que describe Guzmán —dice Ricardo A. Latcham en el prólogo de la novela— le sirve de palanca de combate, de instrumento de precisión óptica, de realismo obrero. Pocas veces la literatura chilena se había asomado a un mundo más implacable, a un tan nítido y decisivo análisis que parte de lo subjetivo a lo objetivo, de lo parcial a lo general, de lo episódico a lo colectivo. No es ya el realismo esquemático de otros novelistas nacionales, sino una briosa interpretación de la miseria y de los antecedentes que la generan. El conventillo evocado por Guzmán no sólo tiene almas en bruto, difusa materia de humanidad, sino que revela las aristas más puras del sentimiento plebeyo en sus cubículos infectos y en las guaridas donde germina la protesta social" (1).

María Esperanza Reyes, publicó su novela EN UN BARRIO LLAMADO YUNGAY en 1966. En sus páginas cuenta la triste historia de una familia de la clase media venida a menos, en el tiempo de la decadencia de

(1) LA SANGRE Y LA ESPERANZA. Nicomedes Guzmán. Zig-Zag. 1966-7 Ed. Prólogo Ricardo A. Latcham. Pág. 13.

Yungay. La autora ubica a sus personajes en diversos sitios de la localidad: en las calles Bulnes y García Reyes, la Plaza del Roto Chileno y las parroquias de San Saturnino y Capuchinos.

Santiago, la capital de Chile, era, en 1840, la superficie de tierra comprendida entre la Cañada por el sur (actual Avenida Bernardo O'Higgins); la calle San Pablo, por el norte; el cerro Huelén o Santa Lucía por el oriente y la acequia de Negrete (hoy Avenida Brasil) por el poniente.

Desde aquel año, la ciudad se extendía hacia el norponiente hasta la Alameda de San Juan, ahora Avenida Matucana.

(En el plano de la ciudad, levantado en 1841 por el arquitecto francés Juan Herbage, el constructor de la pétrea Catedral de La Serena y de otros edificios públicos y religiosos del país, aparece ya el barrio Yungay en construcción, por el lado de la Cañada, hasta lo que ahora es la calle Erasmo Escala: se ven la Avenida San Miguel, hoy Avenida Cumming con algunas quintas aisladas; después se divisan el trazo solamente de las calles: Bulnes, el Nogal, más tarde García Reyes, Sotomayor, Libertad, hasta Maipú; más allá no estaba urbanizado.)

Por aquel tiempo, Santiago tenía poco más de cien mil almas, y esta población se apretujaba dentro de sus escasos límites urbanos.

Los habitantes, sin excepción, pobres y ricos, vivían en casas amplias; entonces no existían los conventillos,

ni las poblaciones "callampas", verdadera vergüenza de estos países hispanoamericanos.

Más tarde, en los últimos años del siglo XIX, con el crecimiento de la población, comenzaron a levantarse los famosos cuartos redondos, construidos con frente a las calles, y en cada cuadra había seis, siete o más; estas viviendas carecían de patio y agua; para el servicio higiénico de sus moradores corría, hacia la mitad de cada cuadra, una acequia donde iban a parar los desperdicios. El agua potable se compraba a los aguadores, quienes la llevaban en carretones en los cuales colocaban una tinaja no muy alta, o algo semejante; vendían el cántaro de ciento veinte litros en dos centavos. Este procedimiento estuvo vigente hasta 1880 más o menos.

Al otro lado de la Cañada, estaba recién construida la ciudad y se extendía, según el plano de Herbage, por el lado oriente, desde la calle de la Ollería, después de la Maestranza y actualmente Portugal; estaban delineadas, también, las calles de Marcoleta, en cuya esquina se levantaron los cuarteles de Artillería y Maestranza y el de la Ollería. Después seguía la calle Lira, muy corta, entre la Alameda del Carmen, que tomaba este nombre por el Monasterio allí existente, y la calle de Jofré, de una cuadra; en seguida venían las calles del Carmen, San Isidro y Sta. Rosa, conocida antiguamente con el nombre de las "Matadas", San Francisco, Angosta, ahora Serrano, San Diego, Nuevo y Viejo, esta última después de 1879, Arturo Prat; todas estas calles llegaban hasta la de Eyzaguirre. Más abajo en el plano de Herbage, se ven las calles de Cóndor, Gálvez, Nataniel, recién trazada por el Dr. Nataniel Cox y la de Ugarte, actual

Lord Cochrane; pero estas últimas limitaban en la calle Carrascal, posteriormente Eleuterio Ramírez; la de Tarapacá se llamaba El Pilón.

Pocos años más tarde, cuando promediaba el siglo XIX, empezaron a formarse: las calles de San Ignacio, el famoso callejón Padura, después Campo de Marte, y ahora Simón Bolívar. Más allá, hasta la Estación de Ferrocarriles, había sólo sitios baldíos, donde se alzaba una que otra habitación de escaso valor.

Por el lado norte, después de Teatinos, seguían hacia el poniente: las calles del "Peumo", hoy Amunátegui, por estar en la esquina la casa de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor. En ella, durante muchos años, hasta la muerte de don Miguel Luis Amunátegui Reyes (1949), se reunía la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española, a cuyas sesiones alcancé a concurrir un año, cuando se efectuaban aún en esa mansión que acaba de ser demolida (1969); más allá estaban las calles de la Ceniza (San Martín), "Los Baratillos" (Manuel Rodríguez), "El Sauce" (Riquelme), de "Colegio" (Almirante Barroso), y finalmente el ya tantas veces mencionado callejón de Negrete, (Avenida Brasil), que en 1840 cerraba el límite del gran Santiago.

La capital vivía en la semipenumbra, con la primitiva iluminación de la Colonia: el alumbrado a gas se estableció por decreto del progresista Presidente don Manuel Montt (1851-1861) y de su Ministro Antonio Varas, el 21 de agosto de 1856. La concesión del alumbrado de las calles se otorgó a don Maximiano Errázuriz Valdívieso, afianzado de "mancomun e insolidum" por su suegro don José Tomás Urmeneta.

Las calles no tenían pavimento de piedra ni de concreto y en el invierno se convertían en lodazales casi intransitables.

Los edificios eran casi todos de un piso: apenas se veía uno que otro de dos.

El comercio permanecía aún incipiente; las diversiones casi no existían; los teatros eran salas inconfortables y hasta malolientes, sólo el 28 de agosto de 1842 se inauguró el de la Universidad, donde actualmente está ubicado el Municipal, con LOS AMORES DEL POETA, obra de Carlos Bello, hijo de don Andrés; el de la República en Puente entre Santo Domingo y Rosas, se abrió en septiembre de 1848. Los mejores teatros se construyeron después de 1850 (2).

Al fundarse el barrio Yungay, Santiago era sólo una aldea muy pequeña.

(2) APUNTES SOBRE EL TEATRO EN CHILE, por Alfonso Escudero, O. S. A. AISTHESIS. Revista Chilena de Investigaciones Estéticas. Santiago, 1966. Pág. 24.



LA CAPITAL SE EXTIENDE HACIA EL CAMINO A VALPARAISO

EN 1840 la población de Santiago aumentaba de día en día, y la ciudad comenzaba a extenderse hacia el poniente con la creación del barrio Yungay.

Don Matías Cousiño dividió en manzanas su inmenso predio de ultra Mapocho, llamado "El Arenal", que en la Colonia perteneció tal vez al corregidor Zañartu. Cousiño dio en arriendo los terrenos a multitud de gente, con la única obligación de que construyesen allí sus casas. Más tarde vendió los sitios a los alquiladores.

Casi simultáneamente, la población se expandió entre el camino a Valparaíso, prolongación de la calle San Pablo, y la Cañada o Alameda. En esta parte se fundó a fines de 1839 el barrio Yungay, en lo que entonces se denominaba "Llanito de Portales": había tomado este nombre porque en esa área tenía su quinta de recreo el señor Diego Portales Andía Irrarrázaval, tío y suegro del ministro organizador de la República don Diego Portales (1) y Palazuelos. Entonces la capital empezó a dilatarse, y dejó de ser una aldea colonial.

(1) Don César Rossetti afirmaba que este Diego Portales puede haber sido don Diego Portales Andía Yrarrázaval, que casó en 1756 con doña Teresa Larraín Leca-

Este núcleo se dividió en manzanas vendidas a precios irrisorios: don José Cumplido, por ejemplo, compró la quinta ubicada en Santo Domingo esquina de Sotomayor, en la suma de seis centavos la vara. En este sitio el señor Cumplido construyó sus casas con los adobes fabricados en la antigua Plaza Portales, después de Yungay o del Roto Chileno.

El "Llanito de Portales" alcanzó extraordinario progreso debido al excesivo movimiento existente en el viejo camino real, posteriormente denominado Valparaíso, y ahora calle de San Pablo, que unía a la capital con el vecino puerto. En esta carretera se acomodaban los traficantes para negociar sus animales y mercaderías. Muy rápidamente, a ambos lados, se edificaron ranchos de barro y paja, muchos de los cuales se mantuvieron en pie hasta 1885. Tales viviendas daban a la ciudad un aspecto típico y pintoresco de aldea colonial.

La población se ensanchó tanto para el norte como para el sur. Pero lo que más contribuyó a este adelanto fueron las numerosas canchas de carreras, establecidas en el nuevo barrio de Santiago. Don César Rossetti, con su memorió, recordaba por lo menos tres: las de Portales, Andes y Cueto.

Al norte del camino a Valparaíso, había una grande extensión de suelo, cuya propietaria doña Dolores Por-

ros, y fueron padres de doña Josefa, única esposa de su primo hermano el Ministro Diego Portales y Palazuelos. No he podido comprobar, si en realidad fue don Diego Portales y A. I. el dueño del "Llanito de Portales"; pero no sería raro porque todos los Portales tenían sus fincas en este sector de Santiago, hacia a donde se extendió la ciudad.

tales y Larraín, cuñada y prima del Ministro don Diego, esposa de don Juan Manuel Palacios Puga, vendió los terrenos para edificar una población. Esta señora vivía en el callejón de los "Cachos". Tenía este nombre, porque sus pobladores colocaban, en la parte superior de las murallas, los cachos de los vacunos beneficiados en las calles, las cuales estaban convertidas en verdaderos mataderos públicos.

Las calles céntricas de la vieja capital del Mapocho, diseñadas de oriente a poniente, poco a poco se extendieron hacia abajo, y dos de ellas: las de Compañía y Catedral llegaron, muy pronto, a la antigua Alameda de San Juan (Matucana). Desde la calle de las Cenizas (San Martín) hacia el poniente, la de Catedral, se denominaba de Santa Ana, por estar allí la antigua parroquia edificada por Agustín Caballero, ingeniero español y aventajado discípulo de Toesca.

Muchos santiaguinos comenzaron a adquirir propiedades en la nueva población el año 1840, que sería en poco tiempo urbana y de gran porvenir.

Aunque no había iglesias, ni escuelas, ni comercio alguno, ni mucho menos cuartel de policía, la gente pugnaba por adquirir terrenos en el nuevo sector, tan próximo a la parte céntrica de la ciudad.

El barrio fue delineado por los ingenieros Jacinto Cueto y Juan de la Cruz Sotomayor, este último era dueño de casi toda la nueva "villita", y tenía su casa en la calle de la Catedral entre Esperanza y Maipú.

IV

FUNDACION DEL BARRIO YUNGAY

ALREDEDOR de la Plaza Portales, se ha venido formando este barrio, que, hasta 1935, era una verdadera villa o pequeña ciudad, dentro de la capital de Chile, distinta de todas las demás poblaciones, por el aire provinciano típico, y el espíritu de comunidad que reinaba entre sus moradores. Además, este nuevo sector de Santiago contribuyó poderosamente a su crecimiento. Augusto D'Halmar, en su novela JUANA LUCERO, cree que, por sus costumbres y su independencia federalista, constituye un pueblo aparte en la vida de la capital" (1).

La plaza se delineó a raíz del triunfo de las armas chilenas en Yungay; pero el paseo se denominó, hasta después de 1880, "Plaza Portales", en honor del Ministro de este nombre, que tenía su chacra en los terrenos denominados hoy Avda. Portales.

En contorno de la plaza Portales, comenzó a levantarse, desde 1841, el barrio Yungay.

Apenas entró triunfalmente a Santiago, el general vencedor don Manuel Bulnes, el Presidente Joaquín

(1) Augusto D'Halmar. JUANA LUCERO. NASCIMENTO. 1961. Pág. 85.

Prieto firmó el 5 de abril de 1839, el decreto que daba el nombre de Yungay al barrio situado en el extremo norponiente del entonces sector rural de Santiago. Yungay comenzaba en el deslinde que se extendía desde la chacra del capitán Diego García de Cáceres, en la época del gobernador Pedro de Villagra. Este límite, llamado desde 1553, más o menos, "Cañada de García Cáceres", empezaba en el punto denominado "Los Tambillos del Inca". En el siglo XVII, la "Cañada de García Cáceres" tomó el nombre de "Calle de la acequia de Negrete", y hoy se conoce por Avenida Brasil. El barrio limitaba, hacia el poniente con la avenida San Juan, llamada después del triunfo del 20 de enero de 1839, Alameda Matucana y hoy solamente Avenida Matucana. Sin embargo, la costumbre ha situado a Yungay en una área más estrecha, entre las Avenidas Cumming y Matucana, y las calles Moneda y San Pablo, y a estos confines me atenderé en las presentes crónicas.

Uno de los grandes promotores del nuevo barrio fue el emigrado argentino don Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), más tarde Presidente de su patria (1868-1874).

Este escritor costumbrista y político célebre, según refiere él mismo en el volumen XLIX de sus obras completas, llegó a Chile, por primera vez en 1831, para escapar de la violenta persecución de los federalistas. Ricardo A. Latcham, en su artículo "Sarmiento periodista y costumbrista", recuerda que el literato y hombre público rioplatense estuvo aquí doce veces.

El capitán Sarmiento fue maestro de una escuela rural, bodeguero en Pocuro, empleado de comercio en Valparaíso y mayordomo en las minas de Chañarcillo. Regresó a San Juan de Argentina, su ciudad nativa, por haber sufrido un ataque cerebral que le hizo perder la razón. Allí mejoró e inició su campaña contra el federalismo; fue hecho prisionero y estuvo a punto de ser fusilado a no mediar la intervención de su madre y hermana.

El 19 de septiembre de 1840, un piquete de soldados lo puso en la frontera; y en enero de 1841, estaba de nuevo en Santiago. Según cuenta don José Victorino Lastarria en sus **RECUERDOS LITERARIOS**, Sarmiento vivía en un departamento del "tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle Ahumada. Este era un salón cuadrado muy espacioso; al centro una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta, había una larga fila de cuadernos a la rústica, arrumbados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado, en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del **DICCIONARIO DE LA CONVERSACION** que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fue nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades" (2).

José María Núñez había dicho a Lastarria que Sarmiento era "muy raro". "El hombre realmente era raro, sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su

(2) José Victorino Lastarria. **RECUERDOS LITERARIOS**. Santiago. 1885.

calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija, pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante" (3).

A Lastarria interesó vivamente la personalidad de Sarmiento; y en pocos días, ambos escritores fueron íntimos amigos. El chileno era seis años menor que el argentino; pero gemelos en el talento y en los ideales políticos. Su joven amigo de este país, le ayudó a fin de que fundara una escuela para ganarse la vida.

El emigrado era hombre provocativo, de poco tino y un tanto excéntrico, por lo cual los chilenos, generalmente acertados para poner sobrenombres, le apodaron el "loco Sarmiento".

El 18 de enero de 1842, el Presidente Bulnes fundó la primera Escuela Normal de Profesores o de Preceptores, como se decía entonces, de la América Española, y confió la dirección a Sarmiento. El nuevo establecimiento se abrió el 14 de junio de 1842 en casa del Director, en el mismo tercer piso del Portal de Sierra Bella, con 42 alumnos. El joven exiliado no tenía idea de lo que era una Escuela Normal, ni estaba preparado para hacer clases; sin embargo, fue profesor de aritmética, partida doble, gramática castellana, historia general, historia de Chile y pedagogía práctica.

(3) Id. Págs. 81 y 82.

Tal vez en 1843, Sarmiento comenzó a tener amores con la argentina, vecindada en Santiago, doña Benita Martínez Pastoriso, esposa legítima de don Domingo Castro y Calvo. El 17 de abril de 1845, Benita tuvo un hijo de su amante, al cual por decencia, bautizaron con el nombre de Domingo Fidel Castro.

Este niño chileno, hijo de padres argentinos, "por el derecho de la madre era argentino", según dice Sarmiento en la VIDA DE DOMINGUITO(4).

Parece que poco antes de nacer Domingo Fidel, Sarmiento trasladó la Escuela a un edificio contiguo a la Quinta Normal. El colegio se instaló en una casa ubicada en la Avenida Matucana esquina de Compañía, y abarcaba toda la manzana ocupada hoy por el Hospital de San Juan de Dios. El estilo arquitectónico del nuevo local de la Escuela, era el mismo de todas las construcciones chilenas de principios del siglo XIX: de un piso, techo de tejas, ventanas cubiertas o protegidas por rejas de fierro, y un pórtico con marco de piedra ornamentado que remataba en un frontón cubierto bajo el alero del techo. En el centro estaban escritas las iniciales E. N. de P. Escuela Normal de Preceptores. Frente al amplio zaguán se encontraba la capilla que en aquel tiempo no podía faltar en los establecimientos educativos.

La Escuela estuvo en ese edificio viejo hasta 1896; en seguida pasó a ocuparlo el Hospital de Niños Roberto del Río, hasta 1940 más o menos. Después la vetusta ca-

(4) Domingo Faustino Sarmiento. LA VIDA DE DOMINGUITO. Tomo IV. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires. 1962. Pág. 9.



sona fue demolida y en el terreno se levantó el actual Hospital de San Juan de Dios.

El director explicaba el cambio de local, en estos términos: "Dos objetos me propongo con esta elección: el primero, colocar la escuela en un barrio apartado y que al mismo tiempo tenga la bastante población para organizar la escuela de ejercicio; el segundo, hacer que los alumnos maestros reciban lecciones de agricultura práctica, para que se difundan en las escuelas del país nociones sobre un ramo que debe mirarse como el principal de la industria de Chile, y se consiga así ir uniendo a la instrucción de la escuela una instrucción de aplicación".

No es probable que Sarmiento hubiese fijado su residencia en el mismo edificio de la Escuela Normal, porque poco después de haberla trasladado a Matucana, en octubre de 1845, el fundador dejó la dirección del establecimiento. La residencia de Sarmiento debió estar ubicada en un sitio próximo a la Escuela si se considera que Dominguito "pasó los primeros años de su tierna infancia en una quinta de Yungay, pueblecillo a las afueras de Santiago, entonces aislado de otras habitaciones, lo que dio a la educación del niño un carácter particular, pasando sus horas en estrecho contacto con sus padres, a falta de niños de la vecindad con quienes solazarse" (5).

Sarmiento en ninguno de sus escritos ha dicho dónde estaba el lugar preciso de la quinta en la cual moró.

(5) Sarmiento. Obra citada.

En un artículo escrito por el emigrado argentino en EL MERCURIO de Valparaíso, del 3 de abril de 1842, sobre "La Villita de Yungay", e insertado posteriormente en RECUERDOS DE PROVINCIA, el escritor refiere la fundación del barrio Yungay; pero tampoco alude al lugar de su residencia. La tradición dice que Sarmiento es uno de los grandes impulsores del barrio Yungay. En el artículo en cuestión, escribe "que al poniente de Santiago y a una distancia, como diez a once cuadras de la Plaza de Armas, había una finca de potreros pertenecientes a un señor Sotomayor que para venderla con provecho, se propuso dividirla en manzanas, que estuviesen a su vez subdivididas en sitios, para dar un triple valor al terreno. La especulación ha tenido los más felices resultados; y una población numerosa se ha reunido para hacer salir del seno de la tierra, cual si hubiese sido sembrada, una hermosa villita, con calles alineadas y espaciosas, alguna de las que lleva ya el nombre de calle Sotomayor, su correspondiente plaza de Portales, su capillita y sus cientos de edificios, que se están levantando todos a un tiempo, como para un día convenido, presentando el espectáculo más animado por la actividad que reina por todas partes y los grupos de trabajadores que se divisan en todas direcciones sobre los edificios cuya elevación avanza por momentos.

"Una calle también nueva y muy recta va de la nueva villa a unirse con la de la Catedral, estableciendo para lo sucesivo, si hubiesen buenas veredas, el paseo más largo y más agradable que puede imaginarse".

"No ha mucho tiempo que en Montevideo se subdividió una estancia contigua produciendo los mismos re-

sultados; la población del Cerro es la más numerosa, la más elegante de aquella ciudad en otro tiempo célebre por las murallas que la encerraban. La villa de Yungay ha proporcionado un bien importante, que es establecer un nuevo centro de población; de manera que sus moradores tengan una plaza, un paseo y otros lugares públicos que sirvan para la formación de edificios de gusto y aún de lujo, con la circunstancia de agregar por el camino de Valparaíso, que pasa por su costado norte, un "guangalí" inmediato, que vendrá a ser como su arrabal".

"Veremos los progresos de esta villa, la policía que en ella se establece, la numeración e iluminación de sus calles, su ornato, su alameda, etc." (6).

Ricardo A. Latcham, en el ya citado artículo sobre Sarmiento, refiere que el escritor argentino "nos ha dejado, en verdaderas instantáneas periodísticas, el cuadro preciso y animado de la ciudad en que residió largos años. La capital se ensanchó considerablemente con la partición de la chacra de don José Santiago Portales, padre de don Diego, acaecida en 1841. En ese año el gobierno adquirió la porción más occidental de ese predio, con la cual se constituyó la Quinta Normal. El loteo de algunos terrenos permitió también constituir el hermoso barrio de Yungay, donde tuvo su residencia Sarmiento, después de haber vivido en los altos del portal de Sierra Bella, donde lo conoció Lastarria, situado frente a la Plaza de Armas" (7).

(6) Obras Completas. Domingo Faustino Sarmiento. Págs. 202-205.

(7) Ricardo A. Latcham. "Crónica de Varia Lección". Zig-Zag. 1965. Pág. 67.

En aquella época, la población de Yungay era tan escasa, que Dominguito Sarmiento debía pasar junto a sus padres, porque no encontraba niños con "quienes solazarse".

Sarmiento se casó con la endomingada doña Benita Martínez Pastoriso, ya viuda de Domingo Castro, en la iglesia de San Lázaro en 1848. El escritor argentino vivió en la que él llamó "alegre prisión de Yungay", en compañía de Benita. Allí escribió el libro, DE LA EDUCACION POPULAR que es la obra de su luna de miel. "En los jardines emparrados de Yungay" recibía a sus compatriotas y a los amigos chilenos, que eran magníficamente atendidos por su mujer, la "cuyana" como él la mentaba.

Después de haber desempeñado algunas comisiones del gobierno chileno en Europa, entre otras la organización de la enseñanza, Sarmiento regresó a nuestro país, y en 1851 partió a Montevideo a fin de combatir a Rosas; pero desilusionado del triunfo de Urquiza, volvió a Chile y residió de nuevo en su quinta de Yungay. Aquí estuvo hasta 1855, año de su regreso definitivo a la Argentina. Pasó primero un tiempo en San Juan, y en seguida se estableció en Buenos Aires. En esta capital, comenzó una brillante carrera política que culminó en la Presidencia de la República, durante el período de 1868 a 1874. Desgraciadamente, no siempre fue leal con la nación que le había brindado generosa hospitalidad.

Don Manuel Montt, admirador de Sarmiento, quiso impedir el regreso del maestro a su terruño, pero pudo más la nostalgia de la patria.

En Chile, el escritor rioplatense, fuera de su labor educativa y periodística, publicó FACUNDO, la obra fundamental del creador de nuestra primera Escuela Normal, y uno de los más entusiastas impulsores de Yungay. Este libro es la verdadera epopeya de la Argentina: en ella cuenta la vida del gaucho Juan Facundo Quiroga. Unamuno creía que el autor de FACUNDO era el más grande escritor de su tiempo en lengua castellana. Aunque en este juicio hay no poca exageración, prefiero transcribirlo: "Y así de los escritores y pensadores argentinos han buscado a esos sociólogos traducidos o a esos poetas de un tiempo modernistas, y hoy no sé qué me dicen mejor o peor —generalmente peor— lo mismo estoy harto de oír aquí, sino a aquellos más de la tierra, más verdaderamente nativos, pero nativos de verdad, y no tampoco por moda de criollismo literario y macaneante, aquellos que revelan la argentinidad latente. Y he aquí por qué he sido tan devoto lector y tan entusiasta panegirista de Sarmiento" (8).

En la biografía de su hijo Domingo Fidel, Sarmiento evoca muchas veces el barrio de Yungay, teatro de las actividades de "Dominguito", y en el cual vivió en compañía de doña Benita, hasta que el joven y futuro héroe de la guerra con el Paraguay, fue a juntarse con su padre en Buenos Aires, el año 1857. Allí se incorporó Domingo Fidel al Ejército Argentino, a los 18 años de edad; y, con el grado de capitán, murió en la batalla de Curupaití, durante la guerra con el Paraguay, el 17 de abril de 1866, el mismo día de su cumpleaños. Su padre lo pin-

(8) LA NACION de Buenos Aires, 13 de diciembre de 1964.

ta muy vivo e inteligente, y a juzgar por los escritos, "Dominguito" era en realidad un joven de talento.

En LA VIDA DE DOMINGUITO, Sarmiento hace continuas y cariñosas referencias al barrio de Yungay. "La casa quinta de Yungay era, como se ha dicho, una mansión solitaria, a distancia viable, sin embargo, de la ciudad" (9). Los gratos recuerdos de la "villita" en LA VIDA DE DOMINGUITO, se multiplican cuando se refiere a las aventuras del hijo y a su "mampato", que cabalgaba con destreza desde niño". Con tan sabia escuela de equitación, pudo hacer en 1854, a los 9 años de edad, una expedición a Mendoza, a través de la Cordillera de los Andes, no en el "casimiro" mampato, sino en "cor-netín" de M. Belín "que era tres pulgadas más alto, de pies ligeros y caminar alegre y vivaracho" (10).

(9) Domingo Faustino Sarmiento. LA VIDA DE DOMINGUITO, ya citada, Pág. 20.

(10) Id. Pág. 31.



E. FONTCELLA L.

"La iglesia actual es de clásico estilo gótico"

V

PARROQUIA DE SAN SATURNINO

EN CUATRO años, el barrio creció extraordinariamente: en 1844, sus habitantes pasaban de seis mil. Ante este fenómeno demográfico, la autoridad eclesiástica creó la parroquia de San Saturnino, en Yungay.

El Arzobispo electo don José Alejo Eyzaguirre firmó el decreto de erección el 25 de agosto de 1844, y dio al nuevo curato el nombre del mártir San Saturnino. Fue desmembrado de las parroquias de Renca y San Lázaro y sus límites fueron: al oriente el callejón Negrete, donde comenzaba la subdelegación de Yungay; al poniente el río Mapccho; al norte el mismo río, y por el sur la línea de la boca del callejón Negrete que salía a la Cañada, "tomándole en dirección a la Loma Blanca, y de éste abajo, hasta juntar con el precitado río Mapocho" (1).

El templo, desde 1844 hasta 1887, fue una rústica capilla de madera y adobes, construida en el mismo sitio donde se edificó el actual. Entre los años de 1830 y 1840, había en el lugar, ahora ocupado por la iglesia, un pre-

(1) BOLETIN ECLESIASTICO. T. I. 157.

sidio, paradero o depósito de reos. Al improvisado templo se llevó la vieja imagen tallada en madera de San Saturnino que se veneraba en San Francisco de la Cañada.

Esta escultura de gran valor artístico, la trajo de Quito el obispo agustino fray Gaspar de Villarroel, originario de esa arqueológica ciudad. Tiene mucha semejanza, San Saturnino, con la imagen de San Elías de la Catedral de Málaga, obra de Pedro de Mena, y con la de San Jerónimo de Santiponce, Sevilla, cuyo retablo íntegro fue primorosamente trabajado por Juan Martínez Montañés. El rostro y la musculatura de San Jerónimo son casi idénticos a los de la estatua de San Saturnino, aunque ambas piezas escultóricas son barrocas, se diferencian notablemente, como que son de autores distintos. En el terremoto de 1647, la imagen de San Saturnino quedó intacta. Entonces se nombró al santo, patrono de la capital de Chile, para que la defendiera de los temblores.

En 1577, San Saturnino tenía su ermita, que fue destruida en 1607 por una avenida del entonces caudaloso Mapocho; pero fue levantada de nuevo por acuerdo del Cabildo, y debió ser arrasada definitivamente en el terremoto de 1647, año que la imagen pasó a ornamentar la iglesia de San Francisco de la Cañada.

La iglesia actual de San Saturnino, de clásico estilo gótico, aunque, cuando comenzó a construirse en 1887, habían pasado algunos siglos desde la Edad Media. Inició la fábrica, con muy buen gusto, su sexto párroco, Pbro. D. Luis Benavente.

En la edificación del templo se gastó la suma de veinte mil pesos oro, y logró dejarlo techado. El cura lo construyó de tres naves, que singularmente tienen la misma altura. Le correspondió terminarlo a don Efraín Madariaga (1892-1905), sucesor de Benavente. La obra fue dirigida por don Teodoro Burchard, y el decorado, que debió ser más claro, estuvo a cargo de don Luis Nogués. La iglesia, por lo menos hasta las desgraciadas reparaciones de 1910, nada tenía que envidiarle a la Magdalena de París. Las primorosas vidrieras francesas multicolores, aún ahora, lo embellecen y le dan luz. Las campanas fueron hechas en 1883. La casa parroquial era de 1891, con la pésima distribución de que adolecían todas las edificaciones en la misma época; desgraciadamente, fue demolida, y reemplazada por una insignificante.

El templo se acabó de edificar con el dinero proveniente de las "mandas" que los fieles hacían a la imagen de Jesús de la Buena Esperanza, obsequiada a la iglesia parroquial, en 1892, por el Pbro. don Hernán Domeyko Sotomayor.

EL PBRO. D. HERNAN DOMEYKO. DEVOCION A JESUS DE LA BUENA ESPERANZA

Este sacerdote, nacido en 1859, era hijo del sabio Rector de la Universidad de Chile don Ignacio Domeyko, antiguo vecino de la calle Cueto, de quien oportunamente se hablará. El Pbro. Domeyko era capellán del Palacio de la Moneda, durante la presidencia de don Ramón Barros Luco. Frecuentemente el primer mandatario, o su esposa, doña Mercedes Valdés Cuevas, parienta del

eclesiástico, le facilitaban el coche presidencial para que se trasladara al Palacio o regresara a su casa de Cueto. Don Hernán se disgustó con el anciano jefe de Estado en las elecciones presidenciales de 1915, y no volvió más a la Casa de Toesca.

Este sacerdote honraba a Jesús de la Buena Esperanza en el oratorio de la casona ubicada en la calle Cueto, en la parte donde más tarde, construyeron su residencia el ex ministro de la Corte Suprema don Ciro Salazar Monroy y su esposa, señora Ana Domeyko Alamos, nieta del sabio don Ignacio, quienes la habitan actualmente (1972).

El fervor religioso de los moradores de Yungay, aumentó considerablemente con la devoción a Jesús de la Buena Esperanza, fomentada en la "villita" por el Pbro. Domeyko Sotomayor.

En 1891, a raíz de las batallas de Concón y Placilla, una noche el pueblo quiso saquear la casa del sacerdote, en Cueto 55, ahora 584. El era muy aficionado al arte religioso; tenía en el oratorio de su residencia valiosos cuadros quiteños y cuzqueños, muchos de los cuales pasaron después al Seminario Pontificio. Entre ellos había una antiquísima tela con la imagen de Jesús de la Buena Esperanza, copia fiel de la escultura que poseen los Padres Agustinos en su templo de Quito. El óleo representa el famoso milagro de la sandalia, ocurrido en la capital ecuatoriana. Al ver a la turba enfurecida, don Hernán, atemorizado, invocó a todos los santos de su colección, según la piedad "santera" de la época; y, cuando pasó el umbral de la puerta, frente a la cual estaba el cuadro

de Jesús de la Buena Esperanza, refería, ingenuamente el mismo señor Domeyko: sentí algo muy extraño; no sé si fue voz o impresión exterior; pero yo he oído estas palabras, como salidas de la imagen: “¿Y a mí no te encomiendas?”. “Yo me asusté —prosigue el candoroso presbítero—; quise hincarme, y no pude: involuntariamente subo a una silla, bajo el cuadro, lo coloco sobre una mesa que hay al lado; no sé de dónde saqué velas; después de encenderle dos, me pude hincar y le recé tres credos en cruz, quedando muy tranquilo después”.

El hecho se divulgó por toda la población; y, desde aquel día, hombres y mujeres, comenzaron a hacer peticiones y “mandas” o votos a Jesús de la Buena Esperanza. Las velas de los devotos ardían junto a la imagen en el pequeño oratorio del señor Domeyko, y el dinero recibido en un año alcanzaba a la fabulosa suma de dos mil pesos oro de dieciocho peniques.

Don Hernán Domeyko se convirtió en el primer propagandista del culto a Jesús de la Buena Esperanza, que luego se extendió por todo Santiago y gran parte de Chile. El sacerdote fundó los “Hermanos de Jesús de la Buena Esperanza”, quienes cooperaron en la obra del Pbro. Domeyko, “Escuela y Hogar de Niños Pobres”, que él mantenía en su propia casa.

Estos “Hermanos” vestían hábito café con escapulario hasta la cintura, capucha y cingulo blanco.

Como los devotos aumentaban, la pequeña capilla del señor Domeyko se hizo estrecha, y éste solicitó del Arzobispo Mariano Casanova que le permitiese trasladar la imagen a una iglesia pública, donde pudiese recibir



el culto merecido. El prelado, por decreto del 24 de diciembre de 1892, ordenó llevar la tela al templo parroquial de San Saturnino. Aquí se venera desde entonces. Hasta 1969 tuvo un altar especial y desde esta fecha preside la capilla de invierno, en la cual, muy acertadamente, el nuevo párroco, Pbro. Agustín Lloret, ha convertido el presbiterio de la iglesia. Junto con el viejo óleo quiteño y su rico marco dorado, cuya ejecución dirigió el arquitecto don Manuel Aldunate Avaria, llegaron a enriquecer el haber parroquial un suntuoso ornamento de lama de oro y plata y un armonium. Además, el señor Domeyko entregó 40.000 imágenes de Jesús de la Buena Esperanza, litografiadas por Cadot.

El Pbro. Domeyko, murió en su vieja casa en 1931.

Cerca de medio siglo estuvo de moda, en Santiago, la devoción a Jesús de la Buena Esperanza; como ahora está la de la Virgen de Pompeya en Santo Domingo. En casi todos los hogares santiaguinos se veneraba la mencionada imagen. Crecí oyendo hablar a mi madre, de Jesús de la Buena Esperanza: la copia de la tela milagrosa la tenía en la habitación donde, ya muy anciana, pasaba la mayor parte del tiempo. Recuerdo que más de una vez la acompañé, cuando niño, a pagar alguna "manda" al templo San Saturnino, en el cual, ella, dormida para siempre, recibió las últimas preces de la Iglesia, antes de que su cuerpo volviera a la tierra de la cual se formó.

TEMPLO DE SAN SATURNINO

Desde principios del siglo XX, hasta nuestros días, los fieles del barrio concurren, en gran número, a la mi-

sa dominical de 11.30, que, desde 1959, se convirtió en la parroquial, y su asistencia aumentó considerablemente. En los comienzos de la centuria, el acto más importante del culto católico era un acontecimiento social; a él se refiere Augusto D'Halmar en JUANA LUCERO: "En la parroquia, después que repicaron la tercera seña, empiezan a dejar. . ."

"San Saturnino, con sus muros de ladrillo al descubierto y su gradería de mármol blanco, semeja un antiguo castillo, y la idea se completa, ya que pudiera ser su parque esa plaza, tan natural, tan fresca, tan verde, ¡tan encantadora. . ., a pesar de su ridículo tabladillo, de su grotesco pedestal al "Roto", de su boj disparejo, de sus árboles a la buena de Dios... o tal vez por ello mismo!"

"La gente llena los bancos: hombres graves y muchachos festivos, revisando diarios, con el cigarrillo en la boca, establecen allí su salón de lectura y su fumoir, en tanto que los vendedores de periódicos apuestan carreras. Cubriendo el acantilado están los santeros con sus imágenes y escapularios. Frente, en el medio de la calle, los rifadores de barquillos y sus cambuchos cilíndricos pintados de rojo; los dulceros, con delantales blancos, y sus manteles blancos, y sus plumeritos de papel volantín: ahí, a sus pocillos de loza, convertidos en cajas de fondos, van a parar los ahorros que reúne en una semana de colegial, y, con un fúnebre sonido de despedida, caen los quintos dados por el abuelito, como un premio a la dedicación en la escuela, a la buena conducta en la casa".

“Pronto se entra al templo, claro y alegre en la esbelta elegancia de su estilo gótico; iluminado radiosamente por altas ventanas ojivales con vidrieras policromadas, que durante la noche, al fulgor taciturno de los lampadarios, tan pronto se incendian rojizamente sobre las calles oscuras, como apáganse en vaguedades de violeta, cual si encerrasen el misterio de una leyenda medieval”.

“Allí, sobre los cristales emplomados, se transparentan en pintura los apóstoles coloradotes y las vírgenes anémicas, sosteniendo enormes báculos o pequeñas palmas de un martirio; sirve de pedestal a la desproporcionada figura un edificio de muñecas liliputienses, que, por su atrio y su media naranja, debe ser, cuando menos, la basílica de San Pedro, complemento invariable de cualquier vitraux eclesiástico.

“Presidiendo la nave grande de San Saturnino, brilla el altar con la hermosa torre plateada de su tabernáculo, y, a ambos costados, el Señor de la Buena Esperanza y el del patrón del curato, desnudo hasta medio cuerpo inhumano de moretones y cardenales, con una inmensa aureola que simula el armazón de un paraguas. La misa empieza. Los fieles, de rodillas ante las hileras blancas, ya oran... ya fingen orar. Apoyado en las columnas abigarradas, llenas de arabescos, domina uno que otro joven que mira un confesonario, o más allá aún, donde debe hincarse una penitente jovencita, quien por encima del “Manual” le atisbará amorosamente, atendiendo más al corte de su “jaquet” que a las ceremonias y latinazgos del sacerdote. Afuera, cerca de la pila de agua bendita, están los tipos, los que hincan una rodilla en el pañuelito perfumado, los que cuidan de remangar el pantalón

para que se luzca el calcetín de seda negra y filete rojo. Ellos cuchichean siempre, burlándose del huaso, que, con su poncho tricolor, amén de su pañuelo de hierbas en la cabeza, se golpea el pecho a puñadas, grita sus oraciones. Sus “¡maire de Dió!” les hace reír, como rien del remendón que cumple aquello de: “En casa del herrero, cuchillo de palo”, con mostrar la planta del pie por los ventiladores de la suela; pero, ¡pueden bromearse cuanto quieran! Ambos no reparan en ello, pues que rezan sencillamente, con fervor ingenuo. Mientras tanto, junto al baptisterio, las damas murmuran de un reclinatorio al otro su obligada “pela” a fulano o zutano, volando las vocecillas fingidas, como flechas ponzoñosas escapadas del divino arco de los labios, y en el silente misticismo del santuario bañado de inhalaciones de incienso —un perfume mareante que adormeciendo transporta a singulares éxtasis—, tienen extraño eco sus carcajadas diabólicas, contenidas por el encaje del pañuelo. Sin embargo, como acaban de cambiar el misal al lado del evangelio, hombres y mujeres se ponen de pie para no incurrir en desgracia con el señor cura”.

“Resoplando a toda la orquestación de sus registros, en el armonium se suceden variadas meditaciones religiosas que deben ser muy tristes, pero que acá cosquillean las piernas cogiendo un zandunguero tiempo de polca, para probar que nada seriedad en la risueña atmósfera de esta parroquia. Bien quisieran algunos reconcentrarse, más allá todo bulle, desde el rayo de sol que traspasa las vidrieras, y donde valsan grimillones de microbios irreverentes, hasta el grito de los suplementeros que anuncian en la plaza “La Ley”, precisamente

por estar excomulgada, y el “¡ti-rrri-rrin!” de las monedas al caer en el platillo de cristal que pasea por las tres naves, el auriga del señor cura, convertido los domingos en pordiosero... ¡Pobre Eleodoro!, relavado, con el pelo relumbroso de aceite, trasciende, no obstante, a heno y bandolina, a guano y agua florida”.

“Aguarda la repartición del pan divino y no se separa del comulgatorio, la vieja fanática, besucona de suelos, enemiga de “judíos” que sólo doblan una rodilla en los momentos de “alzar”. Más allá sigue el viejecito meticuloso, preocupado de sacudir el pantalón después de hincarse; la costurera endomingada; el tosedor infatigable, el bobo cuyos ojos vagan de la cúpula tachonada de estrellitas negruscas como arañas, al piso del altar a la puerta, convertida al abrirse, en un boquete de claridad; la madre que entre oración y oración, da —para obligarla a atender— pellizcos subrepticios a su chica distraída; la guagua, chupa y chupa alfeñiques, sentadita en una punta de la alfombra; al galopín mañoso, entreteniéndose en clavarle alfileres a las beatas y apabullar sombreros; luego, el soldado de guantes blancos; el ricachón pródigo en protectores saludos a derecha e izquierda; el trasnochador que cabecea; el borracho, alegrado con la “mona”, fiel compañera hasta el martes... y desde allí hasta el sábado; el observador indiferente...! En fin, toda esa anónima y heterogénea multitud, reunida ahí por la fuerza de la tradición, para rezar piadosa por sus necesidades o burlarse de la fe de los demás” (2).

(2) Augusto D'Halmar. JUANA LUCERO. Nascimento. 4 Ed. 1961. Págs. 89-92.

Actualmente existe, sin duda, mayor seriedad en los fieles para practicar el catolicismo, y domina la verdadera piedad litúrgica y el sincero deseo de santificar el día del Señor, prolongación de la Pascua de Resurrección; no faltan tampoco quienes concurren a misa de 11.30 por rutina o "por la fuerza de la tradición" como dice D'Halmar; pero, en realidad, son escasos, porque a esa gente le fastidian las necesarias innovaciones que se han introducido en los templos después del Concilio Vaticano II; ítem más: hay quienes atribuyen a la Ecuménica Asamblea el origen de ese estado de inquietud colectiva que vive la Iglesia en nuestros días, como si no hubiesen existido en su historia épocas peores en sus casi dos mil años de vida.

El mes de María es, desde tiempos inmemoriales, otra de las importantes devociones del barrio. El acto de la noche, se prestaba para que las "patotas" entraran de vez en cuando sorpresivamente a la iglesia, con el ánimo de perturbarlo: algunos jóvenes iban en busca de las muchachas y vice versa; los párrocos, no pocas veces, amonestaban a la juventud para evitar los "pololeos" o requiebros en el templo. A los curas, con buena vista, no les costaba mucho descubrir a quienes se situaban en lugares estratégicos dentro de la iglesia para "pololear" a sus anchas. De acuerdo con la antigua cantinela, que dice: "Piensan los enamorados, — piensan y no piensan bien: — piensan que nadie los mira, — y todo el mundo los ve".

En 1957, una de esas "patotas" de la plaza de Yungay, lanzó un "petardo" al templo, durante el rezo del mes de María. El cura, recién llegado, con 18 años de

experiencia en otra parroquia muy popular, no les dio beligerancia, prosiguió impertérrito la oración dedicada a la Madre de Dios, y el desaguisado no volvió a repetirse jamás.

D'Halmar no cuenta en su novela JUANA LUCERO que él era uno de esos mozos integrantes de las "patotas" de la Plaza Yungay de fines del siglo pasado y comienzos del presente; de las cuales haré mención en el capítulo dedicado a este escritor nacido en el barrio.

El párroco, don Efraín Madariaga, con "las mandas" a Jesús de la Buena Esperanza, terminó la iglesia que dejó atestada de adornos y decoraciones del peor gusto, entre las cuales se destacan por su charrería esas "estrellitas negruzcas como arañas" en la techumbre de que habla D'Halmar.

Así estaba el templo cuando lo frecuentaba el escritor, a fines del pasado siglo.

El 28 de mayo de 1909 se produjo un incendio, que destruyó parte del techo y el altar mayor, tan elogiado por D'Halmar. El cielo de la iglesia quedó desde entonces, hasta ahora, ennegrecido.

Durante veinte años (1905-1925) fue párroco de San Saturnino el Pbro. don Germán Sandoval. Este sacerdote, no paró hasta que, sin duda, con la mejor intención, pero pésimo gusto estético, hizo construir un altar semejante a los escaparates, con pretensiones góticas, que terminaba en un alto templete: todo el conjunto era de material muy basto y pintado de colores chillones.

El señor Sandoval, siguiendo las indicaciones del Padre Tadeo, se paseaba descalzo por los prados de la Plaza Yungay, y murió ahogado en San Antonio.

Este cura recibió de una generosa parroquiana, la suma de doscientos mil pesos en 1910, para erigir un altar a San Saturnino, y levantó el monumento de ladrillo y cemento ya mencionado, en el cual, por una singular paradoja, no cupo la magnífica talla del santo en cuyo honor se había edificado el altar, que en 1968, felizmente desapareció.

El Arzobispo González Eyzaguirre, que no se caracterizaba por su refinamiento artístico, autorizó al señor Sandoval para cometer tamaño atentado e invirtió la fabulosa suma donada, con la cual pudo construir otro templo o una casa parroquial más cómoda e higiénica, en "refaccionar" el altar mayor, en el cual colocó ángeles adoradores de yeso pintorreados.

Sin embargo, el celoso párroco, hizo dos cosas de grande utilidad: puso baldosa en el piso del presbiterio, y adquirió las vidrieras que sirven de retablo en el altar mayor de las imágenes de Jesús de la Buena Esperanza y de San Saturnino; ninguna de las dos sobresale por su hermosura y desdican de todo el conjunto tan espléndido de las demás vidrieras.

Al señor Sandoval sucedió el Pbro. don Juan Bautista González (1925-1931), uno de los puristas más insoportables que he conocido. Llegó en seguida el Pbro. don Oscar de la Fuente Saavedra (1931-1957). Después gobernaron la parroquia, el autor de este libro, el Pbro. Guillermo Ascui, el Pbro. Monseñor Iván Larraín Eyzaguirre.

guirre, quien volvió a llenar el templo de imágenes. En 1969 se hizo cargo de San Saturnino, en calidad de vicario ecónomo, el Pbro. Agustín Lloret, éste ha comenzado la restauración de la iglesia para devolverle la sencillez que tenía en 1966.

RENOVACION CONCILIAR

Desde la fundación de la parroquia hasta 1957, como era costumbre entonces, se fomentó en San Saturnino la piedad extralitúrgica de las novenas, quincenas y triduos a Jesús de la Buena Esperanza y a los santos. La devoción al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, tampoco eran ajenas a la labor parroquial. Durante la misa, las señoras de las sociedades y cofradías, que gozaban de la protección del cura, recitaban el rosario, los oficios del Sagrado Corazón, del Santísimo Sacramento y de la Virgen, o sus devociones particulares. El Sacrificio Eucarístico era algo secundario, sin importancia. No “rezaban la misa” sino “en la misa”, como decía, con tanta propiedad, San Pío X, iniciador de las reformas litúrgicas del presente siglo.

Los parroquianos, personas de óptimo espíritu, ayudaban a los curas con muy buena voluntad y abnegación; y desde 1931, comenzaron a militar en las filas de la Acción Católica. Los laicos carecían de inquietudes apostólicas; pero ellos no eran culpables, porque nunca les habían dado responsabilidades directas en la evangelización del ambiente: no existía, entonces, conciencia en los seglares de que eran miembros de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, por el bautismo, y apóstoles por la

confirmación. Estaban acostumbrados a servir incondicionalmente a los párrocos y a contribuir con sus dádivas al mantenimiento de las obras de caridad paternalista, y del templo. No se les fomentaba tampoco el espíritu de iniciativa: eran elementos pasivos al servicio de su cura, verdadero patrón. Si algún laico se atrevía a emitir una opinión, era considerado intruso e irrespetuoso.

En 1960, tres años después de haber tomado posesión de la parroquia, comencé a restaurar la iglesia, conforme al espíritu de la Encíclica *MEDIATOR DEI*, de Pío XII, código supremo de la Liturgia.

El templo del más puro estilo gótico, de líneas muy definidas, con sus vidrieras multicolores riquísimas, fabricadas en Francia, a fines de la centuria décimonona, se asemeja a las suntuosas iglesias del Salvador, de Santa Filomena y de San José, también ubicada en el barrio, en Agustinas entre las calles de Libertad y Esperanza, perteneciente a las Hijas de San José, Protectoras de la Infancia, congregación fundada a fines del siglo pasado, por el Arzobispo titular de Anazarba y eximio humanista, Monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, grande impulsador de todas las obras de las Hijas de San José.

Los únicos objetos de valor que encontré en San Saturnino son: la imagen del patrono, ya recordada y el crucifijo del altar mayor, prolija y anatómicamente tallado: conserva su policromía; es probablemente quiteño del siglo XVIII. Lo obsequió al templo, el párroco Monseñor Oscar de la Fuente, activo jefe espiritual de Yungay por más de un cuarto de siglo. Valiosas son también la pila bautismal de mármol de Carrara, y las dos



"El templo de San José del más puro estilo gótico".

para conservar el agua bendita, una a la entrada del templo, del mismo material, y la otra de mármol rosado, que está ahora junto a la puerta contigua al zaguán de la casa parroquial. Las puertas son de roble, pero están pintadas.

Afeaban la iglesia los tres altares, el mayor, del cual ya se habló, los dos laterales: de Jesús de la Buena Esperanza y de la Virgen María, que pretendieron hacerlos góticos, y eran sólo amasijos de yeso, tierra y ladrillo, cuyas mesas estaban cubiertas de blanco mármol de Carrara; y como si su fealdad no bastara, fueron embaldurnados con brillantes colores. Los retablos, como el del mayor, se asemejaban a las alacenas. Había otros altares, algunos de ellos ocultaban las vidrieras multicolores. Las imágenes de basto yeso, de todos tamaños y no pocas deformes, entre las cuales había, por lo menos, cinco dedicadas a la Madre de Dios.

Después de la restauración, sólo quedaron tres altares muy simples: el mayor y dos laterales, mesas para el Sacrificio y no escaparates destinados a la colocación de imágenes y floreros; los otros fueron suprimidos. El actual párroco ha dejado sólo el altar mayor, y detrás, separada por una sobria cortina gris, estará la capilla de invierno, en lo que antes era presbiterio.

Las estatuas de yeso se retiraron, porque dañaban la estética del templo ojival: Se dejaron sólo las mejores; el párroco Monseñor Iván Larraín, repuso unas y agregó otras; pero en la actualidad hay únicamente las que había en 1966.

Como el púlpito era un obstáculo para la perfecta visual de los fieles, también fue quitado.

La iglesia, verdadero bosque de palmeras, quedó despejada, airosa y elegante.

Aunque las transformaciones se realizaron no con espíritu iconoclasta, sino de acuerdo con la autoridad eclesiástica, y bajo la competente dirección de dos eclesiásticos arquitectos y peritos en arte sacro, no faltaron las críticas procaces hasta por la prensa; sin embargo, ellas no abatieron el buen ánimo del párroco; "porque me ha devorado el celo de tu casa y sobre mí caían insultos" (3).

El benedictino, don Adrián Nocent, escribe con razón: "Negar que una sana evolución de la liturgia sea indispensable vendría a significar que no es un instrumento viviente de la gracia. Sería tanto como impedir a un niño que se desarrolle, a la cultura que busque nuevas líneas. Una vez más encontramos aquí el fenómeno de bicefalía tan extendido y tan perjudicial para nuestro mundo. Un católico puede ser a los ojos de sus contemporáneos, el más exigente, el más culto, el más inquieto sobre formas actuales en el arte y la literatura, el más encendido ante las realizaciones presentes, el más imbuído de adaptación y de lo funcional, todo ello en el campo profano. Pero podemos encontrar en él, al mismo tiempo, la religión más infantilizada, la más grosera de las inculturas, la más irreluctable tozudez por rutinas faltas de espíritu, el apego más injustificado hacia usos esotéricos eternamente".

"Una liturgia que no evoluciona no es la expresión de un mayor respeto por lo sagrado y por la Tradición.

(3) Ps. 68, 10.

Muy al contrario, es el termómetro infalible de una vida cristiana a marcha lenta que ya no acepta el alimento de la auténtica espiritualidad”.

“Porque desde el momento en que el pueblo cristiano, al apoderarse de la liturgia, pretende encontrar allí el signo viviente y eficaz de los misterios de la salvación, quiere mantener con ella un contacto estrecho y actual, la hace suya; resulta, pues imposible que la liturgia no esté marcada por los sobresaltos del siglo que intenta modelar su imagen” (4).

No pasó mucho tiempo, y el Concilio Vaticano II, feliz y audaz idea del inmortal y bienamado Juan XXIII, en la Constitución Litúrgica, al tratar de “El Arte y los Objetos Sagrados” en el capítulo VII, decreta: “Los Ordinarios, al promover y favorecer un arte auténticamente sacro busquen más una **noble belleza** que la **mera suntuosidad**. Esto se ha de aplicar también a las vestiduras y ornamentación sagrada”.

“Procuren cuidadosamente los Obispos que sean excluidas de los templos y demás lugares sagrados, aquellas obras artísticas que repugnan a las costumbres y a la piedad cristiana y ofenden el sentido auténticamente religioso, ya sea por la insuficiencia, la mediocridad o la falsedad del arte”.

“Al edificar los templos, procúrese con diligencia que sean aptos para la celebración de las acciones litúrgicas y para conseguir la participación activa de los fieles”.

(4) Adrien Nocent. O. S. B. EL PORVENIR DE LA LITURGIA. Estela, 1963.

“Manténgase firmemente la práctica de exponer en las iglesias imágenes sagradas a la veneración, hágase, sin embargo, con moderación en el número y guardando entre ellas el debido orden, a fin de que no causen extrañeza al pueblo cristiano ni favorezcan una devoción menos ortodoxa” (5).

Más aún, la Circular del Episcopado Chileno sobre la aplicación de las reformas conciliares, expresa: “los altares laterales deben ser pocos”, y en “las imágenes debe haber sobriedad en su número y procúrese que sean de materiales nobles, las pocas imágenes de un templo deben estar situadas en lugares arquitectónicamente consultados”.

La circular no fue motivo de vanagloria para el atrevido restaurador de la iglesia de San Saturnino; pero sí de legítima satisfacción y en cierto modo de desagravio.

La Acción Católica fue reorganizada, según las modernas normas pastorales del nuevo Arzobispo, el Cardenal Monseñor Raúl Silva Henríquez. Los apóstoles laicos dieron la misión general de 1963, cuyos halagadores resultados incrementaron la vida litúrgica, el espíritu parroquial y el apostolado laico. A todos los rincones de Yungay llegó la palabra de Cristo, y se formaron las primeras comunidades parroquiales.

Organizó la misión la junta parroquial de Acción Católica, presidida por el hábil y activo ingeniero don René Dintrans Avila, a quien la Santa Sede otorgó la

(5) “Constitución sobre la Liturgia”. Cap. VII, N.os 124 y 125.

condecoración de Caballero de San Silvestre por el feliz éxito logrado en su labor misionera y por sus dilatados años de apostolado.

Se fomentó entre los parroquianos la piedad centrada en la Misa, Sacrificio de la Nueva Alianza, y en el amor y la justicia social, como medios para restaurar la vida cristiana en el barrio.

La parroquia, desde 1960, pasó a ser sede del decanato de "Portales", y a los laicos correspondió parte importante en la estructuración del nuevo organismo que agrupó todas las parroquias del sector, desde San Francisco Solano hasta San Pablo.

Sin embargo, los espíritus pusilánimes, apegados a las formas anquilosadas y rutinarias de la antigua piedad, no perdonan, hasta hoy, a ese párroco "iconoclasta", su labor reformadora. Desgraciadamente las antiguas devociones no lograron cristianizar a Yungay ni a Chile, sino al contrario, le apartaron de la caridad y de la justicia social, en suma, del espíritu del Evangelio.

Era indispensable y urgente, iniciar a los cristianos, miembros del Cuerpo Místico, en la piedad y en la oración litúrgicas, y otorgar responsabilidades a los apóstoles laicos. Para lograr estos anhelos, no podía ser impedimento el hecho de que los católicos estuviesen habituados a ver en los templos altares e imágenes cursis; porque si existen tradiciones respetables, las hay también caducas, y era necesario comenzar alguna vez las necesarias reformas auspiciadas por un Papa octogenario, nacido y formado en la vieja escuela.

Si la actuación del cura no hubiera sido tan discutida, jamás me habría atrevido a insertar aquí las pala-

bras de un dirigente de la Acción Católica, entonces joven estudiante universitario, y ahora brillante profesor de Historia en la Escuela Militar, Alejandro Biondi Foucaut, pronunciadas en la víspera del alejamiento de ese párroco "iconoclasta" del curato de San Saturnino: "Ya desde las filas de la Acción Católica con un puesto de responsabilidad en el Centro de Jóvenes, me tocó ver la preocupación del cura que ya se aleja: cumplir lo que manda el obispo: Someter la propia voluntad en la directiva de apostolado para seguir la del responsable de la diócesis".

"La palabra de Dios, el Evangelio, la misa comunitaria, el esplendor de la liturgia con la participación activa de todos los fieles y la atención centrada en la mesa eucarística, han sido sus principales obras. Pero hay una que nos toca íntimamente a muchos de los que estamos aquí, y es la de la formación de dirigentes laicos en el apostolado secolar. Gracias al esfuerzo y perseverancia de don Fidel se pudo desarrollar un trabajo lento pero efectivo, costoso pero eficiente, pues lo que se moldeaba era la médula del cristianismo, la formación recia de aquellos que siguen a Cristo y no hacen inútil su cruz".

"Al alejamiento de aquellos que apoyaban su fe en el yeso de las imágenes y a la recitación monótona de los devocionarios, se vio el acercarse de otros que encontraron que la virtud teologal no debía demostrarse en esa forma sino en la práctica de la ley evangélica".

"Don Fidel Araneda nos entregó además, una inmensa responsabilidad. La de poder dirigir nosotros el plan pastoral porque a su juicio, conocíamos mejor la

realidad del ambiente, no fue con el ánimo de eludir la
suya sino para poder sentir nosotros que también so-
mos Iglesia y, por lo tanto, partícipes de la Redención
del Señor con nuestro trabajo".

La devoción a Jesús de la Buena Esperanza, que
había contribuido eficazmente a levantar el templo, de-
cayó en forma notable durante los últimos años, aunque
el párroco procuró mantenerla y darle una orientación
evangélica.

VI

LOS CAPUCHINOS

ENTRE LOS vecinos de la nueva población, se encontraba el acaudalado señor don Vicente Larraín Espinosa, hijo de don Martín Larraín Aguirre, de la familia de los Ochocientos y de doña María Espinoza, viuda de La Cotería. Don Vicente era casado con doña María Rosa Portales y Palazuelos, hermana de don Diego, el organizador de la República en forma. El señor Larraín tenía su propiedad en las dos manzanas comprendidas entre la calle de las Monjas Rosas por el norte, la de Santa Ana (Catedral) por el sur; por el poniente la que actualmente se denomina calle Bulnes, y por el oriente la Alameda de los Padres, que desde 1891 se llama Ricardo Cumming.

En 1848 llegaron a Chile los religiosos Capuchinos o Franciscanos Menores (1). Los padres se hospedaron

-
- (1) El 16 de febrero de 1848, el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Chile ante la Santa Sede, y Fr. Félix Lipari, Procurador General de los Capuchinos, firmaron en Roma el siguiente convenio, por el cual se acordaba la venida a nuestro país de los Misioneros Capuchinos: "El abajo firmado, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Chile ante la Santa Sede a nombre de su Gobierno, de la una parte y el Procurador General de la Orden Religiosa de Meno-

primero, durante un mes, en el Convento de la Recoleta Franciscana, donde su guardián, el Padre Francisco Pacheco, cuya fama de santo se extendía por todo Santiago, los acogió con fraternal caridad.

Algunos frailes, invitados por don Vicente Larraín, fijaron su residencia en la amplia casa-quinta de la calle Catedral, ofrecida generosamente por el bienhechor. Poco tiempo después don Vicente y su esposa, sinceros católicos, donaron la propiedad a los Capuchinos. La dueña primitiva de estos terrenos era doña María Rosa Portales, cuya familia fue propietaria de casi todo Yungay. Los religiosos tuvieron en el hogar del señor Larraín, absoluta independencia.

Al poco tiempo, el señor Valentín Fernández Beltrán, donó a los Capuchinos los terrenos vecinos, con los cuales el Convento quedó totalmente aislado de la vecindad.

El 8 de mayo de 1853 se comenzaron a construir la hermosa iglesia y los claustros: aquélla, puesta bajo el patrocinio de San Antonio de Padua, quedó terminada en 1861. El arquitecto fue don Eusebio Chelli, el mismo que hizo la Recoleta Dominica.

res Capuchinos, de la otra, hemos convenido en lo siguiente: 1º Que vayan a Chile doce religiosos de la Orden Capuchina, ordenados en grados superiores, de virtud sólida, de verdadera vocación, y de otras cualidades (de las cuales hemos hablado los abajo firmados) necesarias para el perfecto cumplimiento del piadoso objeto de dedicarse como Misioneros a la conversión de las tribus indígenas que pueblan parte del territorio de dicha República. 2º Que el Gobierno de Chile se encargue de los gastos de viaje de cada uno de los Misioneros desde que sale del Convento, hasta que llegue al punto en el que deberá prestar sus ser-

En junio de 1855, los padres, inauguraron su vida conventual en la planta baja de la casa recién terminada.

Los Capuchinos comenzaron a difundir la devoción a San Francisco de Asís y a San Antonio de Padua: fundaron la Orden Tercera, en la cual alistaron a numerosos vecinos del barrio y de la capital.

Fomentaron también las Misiones y el Jubileo de la Porciúncula. Era incalculable el número de fieles de Yungay que asistían a las misiones. Después de la primera, en el invierno de 1855, y en las que siguieron, que siempre coincidían con el jubileo de la Porciúncula, se acercaron a los sacramentos de la Confesión y Comunión, no menos de tres mil personas.

El templo es amplio y de severas líneas, mide 72,40 por 33,40 m. En el claustro hay algunas telas de la escuela americana, quizá chilenas, carentes de valor artístico, pero interesantes por su ingenuidad y escaso tecnicismo pictórico. El cuadro más hermoso del convento está en la sacristía: representa a Santa Catalina de Sena. Luis Alvarez Urquieta lo atribuye a Ribera; pero Héctor Aravena, tal vez mejor informado, cree que lo

vicios en Chile y que pague igualmente a cada uno desde que comienza a ejercer sus funciones, la suma de veintinueve escudos (o pesos chilenos) al mes, sin contar las utilidades o premios que merezcan y se den a los sacerdotes (según el juicio del Gobierno de Chile) por su buena conducta, celo y asiduidad en el cumplimiento de sus deberes. 3º Que éstos de su parte estén obligados a servir por diez años en la forma y en los lugares de la Misión de Chile, en lo que determine la autoridad competente; más no a hacer clase, ni tener cuidado de colegios, ni de alguna administración. 4º Que el Procurador de los Capuchinos "pro tempore", de acuerdo con el dicho Gobier-

pintó Zurbarán: "Esta obra maestra —escribe en su HISTORIA DEL ARTE— por sus blancos monócronos, corresponde a la serie de figuras de monjes cartujos sobradamente célebre. La modelo es la misma del cuadro reproducido por Caya Nuño e idénticos la vestidura y los objetos que la rodean, si bien la composición es apaisada en nuestro cuadro, mientras que el de Madrid es vertical".

Alrededor de la nueva iglesia y claustro en construcción, edificaron sus casas numerosos vecinos; y se abrieron calles, con lo cual aumentó considerablemente la población.

En 1928, el Arzobispo Mons. Crescente Errázuriz, fundó la parroquia de San Antonio de Padua, desmembrada de las de San Saturnino y Andacollo, y la entregó a los Padres Capuchinos de la calle Catedral.

El nuevo curato vino a aliviar las tareas pastorales de dos párrocos. Durante el año de 1965, el padre Jesús

no, y con la Sagrada Congregación de "Propaganda Fide", pueda, por justas y razonables causas, llamar o reclamar a cualquier Misionero en el periodo de los diez años, y sustituirle por otro. 5º Que las celdas y departamentos de los Misioneros Capuchinos, amueblados con lo necesario para un misionero capuchino, estén separados de las celdas y departamentos de otra orden, cuando acaeciese tener que servir de Misión la misma casa; y que el sostenimiento del edificio sea a cargo de los fondos comunes de la Misión respectiva. 6º Que la expedición de Misioneros tiene que hacerse con la mayor prontitud posible. Y para los efectos convenientes firmaron a la vez en Roma día 16 de febrero de 1848. R. LV. S. Irarrázaval. Fr. Félix de Lipari, Proc. General de los Capuchinos. (Traducción de la copia auténtica en lengua italiana que se halla en el Archivo del Convento de Santiago. Legajo I, Nº 7.



de Azpeitia, párroco de San Antonio de Padua, desempeñó el cargo de decano interino, vacante por la renuncia del primer sacerdote que sirvió este oficio. Posteriormente otros curas capuchinos han ejercido, con grande eficiencia, el decanato en propiedad.

Los sacerdotes jóvenes que han regentado la parroquia de San Antonio de Padua en estos últimos años, están realizando entre su feligresía el Plan Pastoral de la Arquidiócesis, y tienen un grupo de laicos apóstoles muy competentes y bien compenetrados de su misión evangelizadora.

En los primeros años la parroquia regida por los Capuchinos, no cambió el ritmo y continuó con las obras de piedad ya existentes: la Orden Tercera, el Pan de los Pobres, la Adoración Perpetua y otras semejantes. Las Conferencias de San Vicente de Paul, cuya labor es de grande utilidad mientras existan pobres sin ninguna clase de recursos, prosigue su benéfica tarea tanto en la parroquia de San Saturnino como en la de San Antonio de Padua.

En cuanto a las transformaciones del templo, para poner en práctica la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II y otras disposiciones pertinentes, ya está renovado el presbiterio: se separó el retablo de la mesa del altar que ahora ocupa el centro. Quitáronse también muchas de las imágenes que se apretujaban en la iglesia; y el Santísimo Sacramento se guarda en uno de los altares laterales, restaurado con espléndida sencillez.

Después de las innovaciones realizadas en el templo capuchino, los devotos de San Saturnino, que se alejaron

de él para ir a practicar el culto en el otro, con el objeto de contemplar las imágenes de toda la corte celestial, han vuelto defraudados a su antigua querencia.

SANTUARIO DE "CRISTO POBRE"

Fuera de la devoción a Jesús de la Buena Esperanza, hubo en el barrio otra práctica de piedad en honor de "Cristo Pobre", en la Avenida Matucana 540.

A esta casa llegaron, en 1919, las Religiosas "Oblatas Expiadoras del Santísimo Sacramento", congregación establecida en Iquique en 1911, cuya fundadora y primera superiora general, fue Sor Rosa Jaraquemada Walton. Esta religiosa recibió una imagen de "Cristo Pobre", réplica de la existente en Lima, el año 1923. La trajo del Perú un padre capuchino, con intención de darle culto en el templo de la calle Catedral; pero los superiores no la aceptaron, tal vez la encontraron fea; y uno de ellos dijo: "Llévensela a Rosita", la superiora general de las Oblatas, quien la recibió muy gustosa, le hizo fabricar urna, y la empotró en el muro exterior de la casa de Matucana 540.

Cuenta una tradición limeña que el virtuoso padre agustino fray José Figueroa, después de confesar a una moribunda, que habitaba en cierto arrabal de la ciudad de los virreyes, encontró a un hombre enfermo, tendido en ese pantanoso sitio, lo levantó, cargó con él, y lo llevó a su celda del convento: lo colocó en su propia cama. Cuando se dispuso a lavar los pies del pobre, los encontró limpios; lo mismo sucedió con las manos. Al mirar

el rostro del harapiento enfermo, el sacerdote notó que resplandecía, y, en ese mismo momento, escuchó la voz del paciente: "Tú eres mi refugio en mi gran tribulación; Tal es lo que padecen los pobres incurables, que son los más vivos representantes de mis dolores en este mundo"; en seguida el hombre desapareció.

El padre Figueroa, en un solar inmediato al sitio de la aparición, donado por don Antonio de Avila, fundó el "Refugio de Incurables". Se colocó allí una extraña imagen que no es la de Cristo yacente, como era lo natural, porque así vió al pobre el religioso agustino; al contrario, el Redentor aparece en ella sentado en una pequeña columna con la pierna arriba, y la cara apoyada en el brazo derecho. Realmente no es una figura hermosa; sin embargo, tanto en Lima como en Santiago, la gente de todas las clases sociales, la veneró largo tiempo y le atribuyó milagros.

En 1926, se organizó en la Av. Matucana, la Cofradía de Cristo Pobre. El primer viernes de enero de 1927, recibieron la medalla 35 cofrades, y se inscribieron 61 personas en los registros de la institución. Su primer director fue el Pbro. don Alberto Cotapos Santander, quien, secundado por un grupo de señoras de la aristocracia santiaguina, fomentó con mucho entusiasmo la devoción.

Los cofrades se reunían mensualmente; eran numerosas las mandas o votos que hacían los santiaguinos a la imagen de origen limeño. Eran tantos y tan generosos los devotos, que en doce años (1926-1938), las religiosas construyeron una iglesia semigótica, de material sólido, en la cual se venera a "Cristo Pobre".

De todas partes del país, acudían los fieles el día viernes, a la misa de las diez de la mañana, para pedir favores a "Cristo Pobre".

A raíz del fallecimiento del Pbro. señor Cotapos (1935), la devoción decayó notablemente, y en la actualidad son muy escasos los católicos que la practican. En general, durante el último cuarto de siglo, se ha intensificado en la Iglesia la vida litúrgica, y la mayoría del pueblo, con alguna cultura religiosa, se inclina en favor de la devoción a la Misa y a la Virgen María, y han abandonado los antiguos ejercicios piadosos que se apoyaban fundamentalmente en el culto a las imágenes de Cristo y de los santos.

VII

LA PLAZA DE YUNGAY. OTROS JARDINES. LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA

DURANTE más de cuarenta y cinco años, hasta 1888, el campo de Yungay fue sólo un tupido bosque de eucaliptus. Lentamente, a través de 80 años, se ha convertido en la Plaza de Yungay o del Roto Chileno.

Entre los viejos árboles que embellecen el histórico paseo, hay un frondoso seibo de follaje perpetuo, cuyos rojos racimos de flores aparecen en noviembre; al caer sus pétalos sobre prados y caminos de la plaza, quedan cubiertos como de una alfombra purpúrea.

Al atardecer, los primeros vecinos de Yungay se reunían a conversar bajo los árboles del campo. Tres meses después del triunfo del 20 de enero, el 5 de abril de 1839, aniversario de la batalla de Maipo, el Presidente Prieto y su ministro Mariano Egaña, firmaron el decreto "para perpetuar la memoria de la gloriosa victoria y transmitir a nuestra más remota posteridad un testimonio de la gratitud nacional", mandaban trazar un paseo público, a la entrada del camino de Valparaíso, que se denominaría "Campo de Yungay".

En 1861, los vecinos aún le daban el nombre de "Plaza Portales". El domingo 20 de enero de ese mismo año, se inauguró la pila octógona, y entonces comenzaron a arreglarse las calles del barrio. En el aniversario de la batalla, la fiesta comenzaba en aquella época, con una Misa y Te-Déum en la iglesia de San Saturnino. En esa ocasión el primer párroco de Yungay, Pbro. Pedro Juan Buttafoco, en su discurso del templo, hizo referencia a la nueva pila: "Ilustres señores: Los estimables y piadosos feligreses de este curato y junto con su Pastor, dan las más expresivas gracias al señor Intendente de la capital de Chile, don Francisco Bascuñán Guerrero, a los beneméritos y egregios miembros de la Ilustre Municipalidad, en fin, a toda la noble oficialidad, por haberse dignado venir a Yungay, a la "testa" de los verdaderos patriotas, con el fin de solemnizar con su presencia este día memorable para Chile. La elevación de la pila, en la plaza Portales, es uno de los hechos memorables de este día. Sí, señores, los vecinos de Yungay conservan indeleble la memoria hacia todos aquellos que han tenido a bien cooperar en una obra eminentemente benéfica y cuya gratitud será imperecedera. Plegue al Señor que sea precursora feliz de otras tantas y tantas, que se necesitan para la futura prosperidad de este pueblo y que la simpatía y la protección del "augusto jefe" (1) de la inclita nación chilena y de sus altos y nobles comitentes hacia los buenos habitantes de este lugar (Yungay) digno

(1) El Presidente de la República, Manuel Montt, que era entonces muy discutido por los católicos y el clero, presidido por sus jefes, el Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, y los obispos de Concepción, La Serena y Antofagasta.

de eterno recuerdo para que todo noble corazón chileno no desmaye jamás; tal es nuestra esperanza". Al comenzar y al concluir el Te-Déum, había salvas menores de artillería; las primeras se escuchaban a la salida del sol, y las últimas a la hora del crepúsculo. Con el tiempo éstas han sido suprimidas.

A las 5.30 de la tarde estaban formados en la plaza Portales: cuatro piezas de artillería montada, medio batallón Buin, dos compañías del batallón cívico N° 5 con su bandera, y una compañía brigada de gendarmes, todas con sus bandas de músicos. Mandaba las fuerzas el segundo jefe del batallón Buin 1° de línea, sargento mayor, graduado teniente-coronel, Rafael del Fierro. Al terminar la fiesta formaban las tropas en una columna general, en la Alameda Matucana, y desde allí desfilaron hacia sus respectivos cuarteles.

Casi medio siglo más tarde, el 7 de octubre de 1888, el Intendente de la capital, don Prudencio Lazcano, recién nombrado para el cargo, inauguró el monumento al soldado chileno.

Esta estatua sustituyó al Arco de Triunfo que se proyectaba levantar y en el cual se grabaría esta inscripción: "El pueblo chileno consagra este monumento a las glorias del Ejército de Chile, que bajo el mando del general Bulnes hizo la Campaña del Perú y triunfó en Yungay".

La construcción de la Plaza de Yungay, fue ideada después del 20 de enero de 1839; pero sólo vino a ser una realidad de los nuevos triunfos de Chile en la segunda guerra contra el Perú y Bolivia. (1879-1884).

El entusiasmo popular por las heroicas proezas de nuestro Ejército en el Perú, movió al Gobierno a erigir de inmediato el monumento al soldado anónimo.

De todos los proyectos presentados, se escogió el de Virginio Arias (1855-1941), quien después de la guerra del Pacífico perfeccionaba su arte escultórico en París.

La estatua descansa sobre una basta gruta de piedras superpuestas. El bronce representa a un trabajador chileno en traje de jornalero y nunca el artista pensó idealizar en él al Roto, sino al soldado: en el brazo derecho sostiene el fusil y apoya su mano izquierda en la cadera. Su postura es arrogante, pero no exenta de esa altiva y viril sencillez del hombre de nuestro pueblo. "A sus espaldas hay una gavilla de trigo con una hoz entre sus mieses". Precisamente la imagen de lo que algunos chilenos del pueblo llaman "un roto choro". La inscripción dice: "Chile agradecido a sus hijos por sus virtudes cívicas". En parte alguna se habla del roto chileno. Tal vez por el atuendo que lleva la imagen, el pueblo la denominó, desde su inauguración: estatua del Roto Chileno; y a la plaza se le da, igualmente, este nombre, que no será tan fácil desarraigarlo del lenguaje popular.

Joaquín Edwards Bello, nuestro excepcional cronista, vecino del barrio por largo tiempo, hasta su trágica muerte, dice: "Vista sin prejuicios, el joven de la estatua parece un buen muchacho, tal vez un minero. Recordemos que Ranquil, el pueblo natal del escultor, se encuentra en el departamento de Lebu, entre Cañete y Arauco. Lo mejor de la estatua es la actitud pacífica y graciosa del adolescente. El joven trabajador arrancado de sus labores para la necesidad de defender a la patria.

No hay agresividad bélica en la actitud. El autor no le puso Roto Chileno, sino "El Defensor de la Patria". Cuando la compró el gobierno para colocarla en la plaza de Yungay, el 20 de enero de 1888, alguien, no se sabe quién, le puso Estatua del Roto Chileno, cosa que disgustó al escultor. Doña Marcelle Arias Albert, hija de éste, contó el caso en LAS ÚLTIMAS NOTICIAS del 21 de enero de 1953. (2).

La escultura de Arias, había sido laureada con Mención Honrosa en la Exposición de París en 1882; y dos años más tarde, en 1884, obtuvo el Premio en la Exposición Nacional de Santiago.

La ceremonia de la inauguración del monumento fue presidida por el Intendente Lazcano, y el regidor de la Municipalidad, José María Benítez. Ambos pronunciaron discursos; también habló el gramático, purista y profesor, más tarde académico de la Chi'ena, Enr'que Nerca-seaux y Morán.

El pueblo, que llenaba la plaza y las calles adyacentes, cantó el Himno de Yungay, de José Zapiola: "Cantemos la gloria del triunfo marcial / que el pueblo chileno obtuvo en Yungay"; y otro muy popular, ya olvidado, cuyo coro dice : "Cantad, ciudadanos, hermanos, cantad, que hoy Chile al soldado levanta su altar".

Joaquín Edwards Bello, conocedor de tantas historias y anécdotas e inventor de otras, cuenta que la inaugu-

-
- (2) Joaquín Edwards Bello, estaba equivocado, la inauguración de la estatua no fue el 20 de enero de 1888, sino el 7 de octubre del mismo año.

EL SUBTERRANEO DE LOS JESUITAS Y OTROS MITOS. Joaquín Edwards Bello. Zig-Zag. 1966. Pág. 189.

ración del monumento debió ser el 20 de enero de 1888; pero don Ricardo Matte era "contrario a la idea de levantarlo", por lo cual, Juan Rafael Allende (3), en el número 519 de EL PADRE PADILLA, publicó una caricatura y esta estrofa: "¿y el rotito de Yungay? / Ese pobre se quedó / con los crespos hechos hasta / que vuelva a salir el sol" (4).

De los versos del músico y poeta Allende, se desprende que antes de la inauguración de la estatua, efectuada el 7 de octubre de 1888, la nombraban del "Roto Chileno". ¿El periodista, al hablar de "el rotito de Yungay", se haría eco del decir popular o él dedicaría el monumento al Roto?

Arias es autor de otras obras escultóricas: de la estatua al general Manuel Baquedano, por ejemplo, en la plaza de este nombre. La obra es desproporcionada, carente de valor artístico. Muy hermoso, en cambio, es el "Descendimiento", que está a la entrada del Palacio de Bellas Artes: es justamente admirado por la nitidez de sus líneas y buena anatomía.

LA QUINTA NORMAL

En 1840, Yungay comenzó a poblarse de jardines: unos públicos y otros existentes en el interior de las

(3) Juan Rafael Allende Astorga (1850-1909). Periodista desde muy joven, adquirió fama en el ejercicio de su profesión. Fundó y dirigió, fuera de EL PADRE PADILLA, otros periódicos. "EL PADRE PADILLA", Nº 598. 22-9-1888.

(4) Joaquín Edwards Bello, obra citada, página 190.

nuevas y suntuosas residencias del barrio. Recordaré el de los Capuchinos; el "Hamburgués", ubicado en la esquina de Libertad y Compañía, y el de la bella casa-quinta de la familia Matte-Pérez, ubicada en la calle Catedral, donde se cultivaban las mejores rosas de Yungay.

Párrafo aparte merece la Quinta Normal de Agricultura.

Ya en el Mensaje Presidencial del 1º de junio de 1841, el Presidente Joaquín Prieto, se regocijaba de que la Sociedad de Agricultura fuese dueña "de un pequeño fundo en las cercanías de la capital para el estudio práctico de una ciencia que está en relación inmediata con el ramo más importante de la riqueza nacional". Estas palabras del documento presidencial son como la Fe de Bautismo de la Quinta Normal.

Al año siguiente (1842), el Ministro de Hacienda, Manuel Rengifo, en su Memoria anual, manifiesta que junto a esa quinta y a su jardín botánico "se ha plantado una calle de 30 varas de ancho, que debe comunicar en rectitud el camino de Valparaíso con la Cañada o Alameda de las Delicias". Así nació la actual Avda. Matucana.

Claudio Gay, el naturalista-historiador, fue quien inició, con grande espíritu artístico, la plantación de pinos, abetos, lucinas y "otros árboles de alta estatura, orgullo de las selvas de la vieja Europa". Se colocó también allí el álamo traído a Chile un cuarto de siglo antes por el célebre historiador franciscano, fray José de Javier Guzmán.

De aquel tiempo datan los primeros carretones para recoger las basuras en Santiago. En esa época se construyó un "trillo" o máquina trilladora.

El Gobierno, antes de crear la Quinta Normal, compró los terrenos de la chacra de José Santiago Portales y Larraín, padre de los Portales y Palazuelos, dueños de todo el antiguo barrio de Yungay. Los terrenos se entregaron a la Sociedad Nacional de Agricultura para que fundara en ellos "el campo de experimentación, la enseñanza agrícola y los viveros de plantas que se deseaban propagar en Chile" (5).

La Sociedad designó administrador de la nueva Quinta Normal de Agricultura, al agrónomo francés Leopoldo Perrot, quien le dio algún impulso: se plantaron muchos árboles; pero la Quinta no logró el auge esperado por el Gobierno, lo cual se atribuyó a descuido de Perrot, quien fue reemplazado en 1849, por el agrónomo italiano Luis Sada, llegado al país el mismo año, para hacerse cargo de la dirección de la primera escuela práctica de Agricultura. "Pero —como escribe el historiador Encina—, en el fondo el fracaso provenía de que los servicios que se deseaba organizar en la Quinta, en realidad eran del resorte del gobierno y no de una Sociedad privada de fomento. Comprendiéndolo así el ministerio encabezado por don Antonio Varas, resolvió tomar a su cargo la Quinta y confiarla al ministerio de Hacienda, servido a la sazón por don Jerónimo Urmeneta. Por decreto de 13 de febrero de 1851 se declaró que la Quinta quedaba colocada bajo la dependencia exclusiva del

(5) Francisco Antonio Encina. HISTORIA DE CHILE. Tomo XII. Pág. 527.

Gobierno. El mismo decreto reglamentó en 44 artículos la organización de los servicios y escuelas que se deseaba crear" (6).

Se fundaron cursos de agricultura: uno elemental de veterinaria, de química agrícola, de botánica y de los fundamentos de agricultura propiamente tal, que incluían las asignaciones de economía y administración; el otro curso sería práctico, uno especial de escuela para formar mayordomos y peritos labradores. Los cursos durarían cuatro años. La Escuela Práctica de Agricultura se inauguró con 30 alumnos. En 1876 el primero de éstos cursos se transformó en el Instituto Agrícola y de Agronomía.

La Quinta Normal siguió siendo campo de experimentación agrícola, vivero de árboles y plantas y especialmente de las industriales, entre ellas, la morera, destinada a la crianza del gusano de seda, que en esos años despertaba mucho interés" (7). Dicho paseo no perdió el carácter público que le había asignado la Sociedad Nacional de Agricultura.

En 1880 se cultivó la betarraga y el Sorgo o Zahína, y en 1882 el tabaco.

Desde 1869, y hasta hace muy poco tiempo, se celebraba en la Quinta la exposición anual que actualmente se efectúa en el campo Los Cerrillos.

Durante el período de la guerra del Pacífico trabajó

(6) Id. Pág. 527.

(7) Id. Pág. 528.

en la Quinta Normal, la comisión destinada a adquirir caballos para el Ejército.

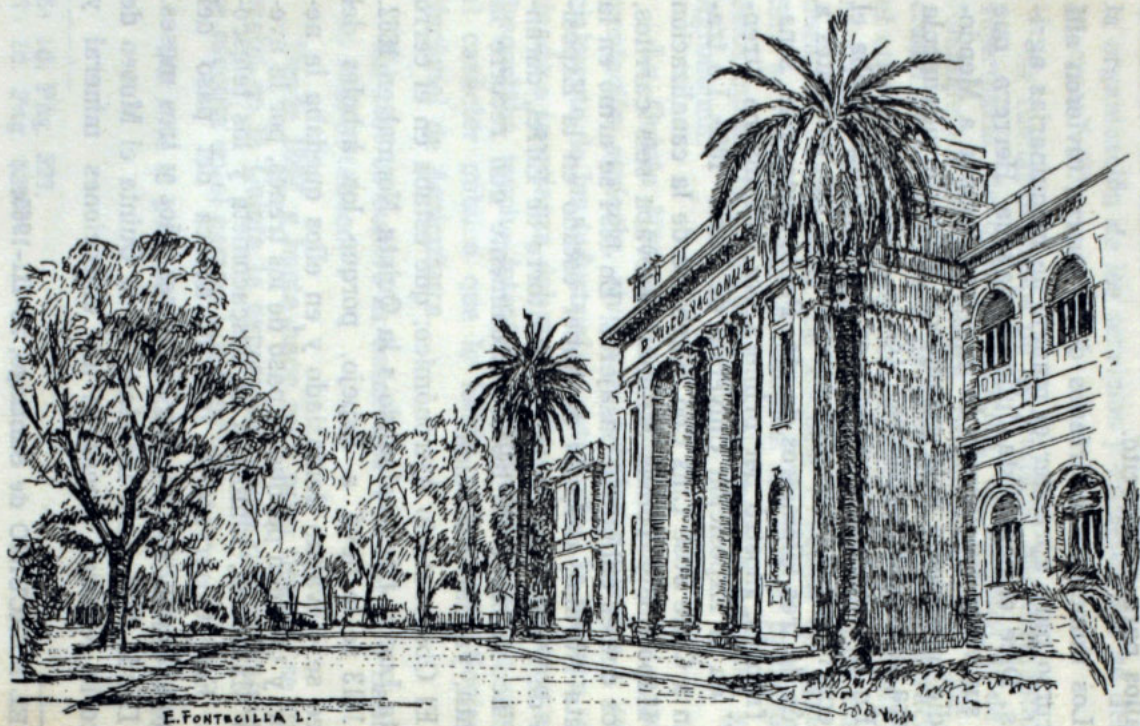
Los numerosos huérfanos de la guerra tuvieron allí un curso para aprender el manejo de maquinarias agrícolas. Dice el periodista Julio Arriagada Herrera que "de sus viñas fue llevada la que, trasplantada a Mendoza, dio nacimiento a la gigantesca industria vitivinícola de esa provincia argentina" (8).

En las antiguas exposiciones de la Quinta estaba el ferrocarril Decauville que conducía a los visitantes a través de tres kilómetros de vía. Pablo Decauville, senador francés, mostró por primera vez este mismo "trecito" en la Exposición Universal de París 1889. Lo trajeron a Chile José Luis Coe, ingeniero de la canalización del Mapocho, y Tomás Stillman. Llevaba seis carritos, en los cuales cabían 60 pasajeros. En 1894 se armó en la Quinta Normal, después de haber estado en la Exposición de París, junto a la famosa torre de Eiffel, durante cinco años. (1889-1894). Actualmente aún recorre la Quinta, ya muy reducida.

El Observatorio Astronómico, que estaba en el cerro Santa Lucía, fue trasladado a la Quinta Normal en 1862. En 1913 se le llevó a Espejo, porque los árboles del paseo se elevaban demasiado y en ellos quedaba la neblina, y también porque al paso de los trenes, por la avenida Matucana, temblaba el buscacometa y los telescopios. Este Observatorio, informó acerca del paso del cometa Encke, que vuelve cada tres años y tres meses.

Desde 1886, está instalado en la Quinta el Museo de Historia Natural. Fuera de las colecciones mineral y

(8) EL MERCURIO de Santiago, 28-III-1965.



"Desde 1886 está instalado en la Quinta el Museo de Historia Natural".

zoológica se llevaron allí los restos de un plesiosauro encontrados en la isla de la Quiriquina, y dos esqueletos de mastodontes, aparecidos cuando se vació artificialmente la laguna de Tagua-Tagua, en 1841. También incrementaron el patrimonio del Museo unas momias indígenas, la momia de una princesa egipcia, que vivió hace 24 siglos. En estos últimos años se exhibe embalsamado, frente a la puerta de entrada del Museo, Ulk, el fiel amigo y compañero del dos veces Presidente de Chile, Arturo Alessandri Palma. Era un perro grande, largo, de hermosa piel amarilla clara, elegante y fino, al cual el visionario estadista, hábil político y leal amigo, amaba entrañablemente.

Hasta poco antes del centenario (1909) de nuestra Independencia, estuvo en la Quinta Normal, el Museo de Bellas Artes.

Al Zoológico, creado allí, llegó el primer elefante, proveniente de Europa, donde lució sus gracias.

La generación de mi madre, de la cual quedan poquísimas sobrevivientes, recordaba con nostalgia, el tradicional paseo de las tardes, en los imperiales coches victoria, de hace más de medio siglo. Los elegantes mozos de entonces, "bien trajeados" donde Pineaud, de "chaqué", lanzaban flores, desde sus carruajes, a las jóvenes, vestidas con largos ropajes primaverales, y tocadas de amplios sombreros emplumados.

VIII

HOSPEDERIA DE SAN RAFAEL, ASILO EL SALVADOR. LA "LOQUERIA". EL CUERPO DE BOMBEROS. COLEGIOS. TEATROS

UNO DE los fundadores del barrio, José Cumplido, caballero que por la austeridad de su vida hacía honor a su apellido, fundó en unión de los comerciantes españoles Manuel Puerta de Vera y José María Anríquez, la Hospedería de San Rafael, ubicada en la avenida Matucana 983, donde actualmente está la parroquia de San Pablo, creada en 1929. El terreno fue comprado a doña Dolores Portales, una de las más poderosas terratenientes de Yungay, el año 1856, al precio de un real la vara, (doce y medio centavos).

Al medir el terreno sucedió un hecho tragicómico: la señora Portales tenía a su servicio, un mestizo de confianza, apellidado Verdugo, a quien su ama apodaba "el chinito", porque le llevaba al templo la alfombra sobre la cual ella se arrodillaba. El criado era también calesero. Los tres compradores del terreno: José Cumplido, José María Anríquez y Manuel Puerta de Vera, fueron a medir la propiedad acompañados de "el chinito", en calidad de representante de doña Dolores. En ese momento, por unos centímetros más o menos, se produjo

una discusión entre los compradores y "el chinito". Cuando éste se inclinó para medir el terreno, una vaca, que allí pastaba, en ese momento, pateó al "chinito" en la boca y le botó la mitad de los dientes.

HOSPEDERIA DE SAN RAFAEL

La fundación de la Hospedería tuvo su origen en un suicidio: entre los años de 1855 y 1860, existía al costado de la Iglesia Catedral, el hotel "Del Comercio". Allí se reunían los más exaltados propagandistas de las ideas revolucionarias que conmovieron a Francia en 1848, y después divulgadas por toda América. Entre esos personajes figuraban: Eusebio Lillo, Manuel Recabarren, Benjamín Vicuña Mackenna y Francisco Bilbao, un juez de apellido Ugarte, y otros jóvenes de menor importancia. A éstos los vigilaba un tal De la Jara, dueño del negocio de chanchería, existente en la calle de la Bandera, próxima a la panadería de las Fierro, ubicada entre San Pablo y Zañartu. De la Jara, conocido con el sobrenombre del "chanchero", era, según decía don César Rossetti, apaleador rentado por el Gobierno de Manuel Montt.

José Cumplido poseía un negocio en la calle del Puente; y, diariamente montaba su caballo y se iba desde la plaza de Yungay, donde vivía, a atender el negocio. La cabalgadura quedaba, durante el día, en una especie de posada que había en la plaza del Ajo, más o menos en el mismo sitio ocupado ahora por la Estación Mapocho. A ese redondel iban a vender los ajos los comerciantes de Santiago y de sus alrededores. El vecino

Cumplido, cuya residencia se consideraba, entonces, muy distante de la capital, para ahorrarse el viaje a su casa, almorzaba en el hotel "Del Comercio". Un día, al dar las doce el cañón del Santa Lucía y mientras don José Cumplido almorzaba, se le acercó un individuo de aspecto extranjero, y, sorpresivamente, le pidió dinero prestado para cancelar la deuda contraída por su hospedaje en el hotel. El señor Cumplido pensó que se trataba de un ocioso, aficionado a vivir a costa de los demás, y le negó el dinero. El hombre advirtió a don José que si no se lo facilitaba, se suicidaría allí mismo. Aunque no dio importancia a la amenaza, momentos después sintió una detonación, salió, junto con los demás comensales a la calle, y encontró tendido sobre el pavimento, con una herida en la sien izquierda, al mismo individuo que le había solicitado el préstamo.

Desde ese momento, el señor Cumplido, atormentado por el remordimiento, de inmediato conversó con sus amigos Puerta de Vera y Anríquez, huéspedes también del hotel, en los momentos del suicidio, y les propuso la fundación de la Hospedería de San Rafael, con el objeto de ofrecer alojamiento y comida, a los indigentes chilenos y extranjeros. Aceptada la idea, se pusieron en campaña para realizarla.

Asesoró a los filántropos, el Padre Francisco Pacheco, de la Recoleta Franciscana, ya mencionado en estas Crónicas. Este buen fraile mendicante, tenía una Sociedad de Obreros, llamados "los pechoños", dedicados a construir templos, capillas y edificios para las instituciones de caridad. Entre las pequeñas iglesias edificadas por "los pechoños", en aquel tiempo (1850-1860),

figura la para mí inolvidable de San Francisco Solano, sede de la parroquia de este nombre, en la cual ejercí la cura de almas 18 años, que fueron los mejores de mi vida sacerdotal. Allí dejé las primicias de un largo apostolado parroquial de más de un cuarto de siglo. Otras capillas levantadas por las manos de los obreros del Padre Pacheco son: La Viñita, o Todos los Santos, al pie del Cerro Blanco, en la Avenida Recoleta, hasta hace poco sede de la parroquia del mismo nombre; la del Sagrado Corazón de la Alameda, también templo parroquial hasta hoy; y el antiguo de Santa Filomena que sirvió al curato hasta que don Ruperto Marchant Pereira construyó el actual de estilo gótico.

El Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, por decreto del 23 de octubre de 1858, aprobó el proyecto provisorio, hecho por los cofrades de la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús de la parroquia de San Saturnino de Yungay, para establecer la Hospedería de San Rafael, contigua a la capilla de este nombre, erigida por el mismo prelado el 8 de octubre del año anterior.

La capilla y hospedería las construyeron los “pechoños” del Padre Pacheco.

Uno de los promotores de la Hospedería fue don Manuel Puerta de Vera, el mismo vecino, a cuya petición el Gobierno encargó a Eusebio Lillo, el nuevo Himno Nacional, menos ofensivo que el anterior, para el pueblo español.

La Hospedería de San Rafael daba gratuitamente habitación y alimento a todos los pobres que no poseían dinero para pagar el alojamiento en los hoteles. Tenía varias salas con camas. La institución realizó una dila-



"Alameda Matucana esquina de Huérfanos".

tada labor social en el barrio; fue administrada, generosamente, por el propio señor Cumplido hasta el fin de sus días.

Un suelto de crónica de EL MERCURIO, en 1910, recordaba que la Hospedería de San Rafael tenía, a la fecha, más de medio siglo. Ella sirvió a los pobres, tal vez, hasta 1920; tuvo fama aun en Europa. Desde esa fecha, no existe en nuestro barrio, una obra semejante; las hospederías, fundadas en estos últimos cincuenta años, son negocios como cualesquiera otros, salvo las mantenida por el Ejército de Salvación que hospedan a numerosos desvalidos.

EL ASILO DEL SALVADOR.— LA “LOQUERIA”.— COMPAÑIA DE BOMBEROS

El 1844, al crearse la parroquia de San Saturnino, se estableció el Asilo “El Salvador”, al costado poniente de la Alameda Matucana, en un terreno contiguo a la Quinta Normal, entre las de Compañía y Huérfanos. Tenía una capillita con su torre, en la cual había un reloj, cuyos minuterios o saltillos, no se movían desde 1910 a 1915, como para señalar a los ingratos moradores del viejo barrio, que ya habían pasado los años de auge y esplendor de la villita de Yungay, y, en poco tiempo más, comenzaría el éxodo de los vecinos hacia la parte alta de la ciudad (1930).

Frente a la quinta de doña Delfina Astaburuaga de Castillo, en la esquina suroriente de Santo Domingo y Herrera, en el sitio ahora ocupado por la Séptima Comisaría de Carabineros, estaba en 1844 la Casa de Orates, llamada por el pueblo “la loquería”.

La Novena Compañía de Bomberos, fue fundada en 1892 en la calle de Santo Domingo esquina de Libertad, frente a la Plaza de Yungay, por el vecino don Aniceto Izaga. En esta esquina estuvo el primer cuartel de la Compañía, que tan valiosos servicios prestó al barrio, hasta el 16 de febrero de 1895, en que se trasladó a un edificio de la calle Compañía esquina de Maturana, demolido no ha mucho y reemplazado por el actual, moderno y elegante. El terreno lo donó su fundador don Aniceto de Izaga. Los vecinos señores: Casimiro Domeyko Sotomayor, Guillermo Pérez de Arce Adriaola y Manuel Pérez Valdivieso, colaboraron con el señor Izaga en la fundación de la Novena Compañía.

ESCUELAS.— LICEOS.— TEATROS

En la calle de la Catedral, antigua de Santa Ana, esquina de Sotomayor, se establecieron en 1855 los Talleres San Vicente de Paul, los mismos que actualmente están en Toesca 3090. En esta escuela han aprendido diversas artes manuales numerosas generaciones de obreros chilenos. Los vecinos del Llanito de Portales mandaban hacer sus trabajos en los Talleres.

Más o menos en 1875, se creó, en la calle Catedral cerca de la Quinta Normal, la Escuela de Minería, gracias a la actividad del sabio vecino don Ignacio Domeyko.

En la calle Compañía 3151 está, desde hace largos años, la Escuela Normal de Preceptoras.

En 1890 se fundó el Liceo Miguel Luis Amunátegui, en la calle Moneda entre Esperanza y Maipú. Su pri-

mer Rector fue el humanista portorriqueño, don José María de Hostos. En este establecimiento se han educado casi todos los niños y jóvenes del barrio. Actualmente lo dirige el escritor don Miguel Angel Vega.

La señora Díaz de Vargas, mantuvo durante medio siglo en la calle Sotomayor esquina de Santo Domingo, el Liceo Chileno, que después se trasladó a la vieja casa del obispo José Manuel Orrego y más tarde de don Enrique Grez, en la esquina norponiente de Rosas con Sotomayor y cuyos nuevos dueños lo titularon Liceo Catedral-Chileno.

Las Religiosas de las Carmelitas de la Caridad fundaron, hace más de cincuenta años, un colegio primario y secundario de mujeres, en la calle de la Compañía esquina de Bulnes.

Los Padres Capuchinos establecieron hace mucho tiempo un colegio gratuito para niños, cuya matrícula ha venido creciendo considerablemente. Lo regentan las Religiosas Terciarias Franciscanas de la Madre del Divino Pastor, y está ubicado en Santo Domingo 2332.

Las Hijas de San José, Protectoras de la Infancia, dirigen una escuela y un liceo en la calle Agustinas entre Libertad y Esperanza, que educa a numerosas niñas del barrio y de otros sectores de la capital.

Hay otros establecimientos de educación particular y algunas escuelas, entre las cuales se destaca la N° 207, de la calle Catedral 2827, que dirigió durante más de treinta años, la distinguida normalista, señorita Blanca Hurtado Cubillos, quien fue tan querida de sus alumnas como estimada en el barrio.



El teatro nacional cobró extraordinario auge en la primera mitad del siglo pasado: se construyeron salas de espectáculos y actuaron en ellas compañías chilenas y extranjeras; así lo dice el erudito Padre Alfonso Escudero, O. S. A., en su ensayo sobre **EL TEATRO Y SUS PROBLEMAS EN CHILE** (1). Nuestro barrio también contribuyó al incremento del teatro nacional. El señor Raimundo Cisternas levantó, a fines del siglo pasado, la sala "Erasmo Escala" en la calle Libertad, a un paso de la antigua cancha de carreras, hoy Avenida Portales, y en él —recuerda Vicuña Mackenna— se daban de tarde en tarde, espectáculos ingeniosos, gozados y aplaudidos por los feligreses de aquella popular parroquia.

"El vecindario con picardía —dice Sady Zañartu—, antiguo vecino de Yungay, abreviaba el nombre por "Teatro Escala" para compararlo con el de Milán (2).

Otra sala de espectáculos, dedicada, principalmente, al cine, muy concurrida por los vecinos, durante más de sesenta años, fue la llamada "Novedades", establecida en la calle Cueto, próxima a la de Agustinas o Avenida Portales, que en los últimos años, ya muy venida a menos, antes de cerrarse para siempre, se tituló "Diego Portales".

Un teatro de categoría en el barrio, construido a fines del pasado siglo en la calle Libertad esquina de Santo Domingo, frente a la plaza de Yungay, era el "Zig-Zag", donde se dieron películas y ensayaban los artistas aficionados hasta que la sala fue destruida por un incendio en 1954 o 1955.

(1) **AIEOHEIE AISTHESIS**. 1º. Pág. 26.

(2) "Barrio de Yungay". **REVISTA EN VIAJE**.

En ella, mientras se proyectaban las películas, solía tocar el piano, en 1908, según la costumbre de la época que duró hasta 1930 más o menos, el niño Jorge Délano Frederik, cuya familia era vecina de la calle Catedral. En su humorística obra YO SOY TU, Coke, recuerda con simpatía y gracejo, el viejo y maloliente cine, y cuenta una festiva anécdota, a propósito de su actuación en él, y que merece ser recordada en estas Crónicas. Para solaz de los lectores, prefiero transcribir las páginas pertinentes del celebrado libro de Jorge Délano: "Mientras el resto de la familia cultivaba la música clásica, yo me había hecho amigo del pianista del Teatro Zig-Zag, de la Plaza de Yungay. La sala era una especie de bodegón impregnado del desagradable aroma que exhala el "pichí" de gato y donde las pulgas asaltaban a los asistentes con avidez de políticos en busca de votos. Panchito, el pianista, una vez obscurecida la sala para empezar la proyección de vistas, me cedía su asiento ante el desafinado piano, y yo seguía con la interpretación musical de las películas. En seguida Panchito abandonaba discretamente el Teatro y encaminaba sus pasos a alguna filarmónica, en donde se ganaba sus "cortes" y "extras". Debo advertir que yo no sabía una nota de piano, y me batía a puro oído, tratando de seguir el estilo del maestro Navarrete, pianista español del Teatro Royal, de moda en aquella época. Como no podía ejercitar mis atroces melodías en casa, por temor de escandalizar a mis hermanas, ensayaba en el propio teatro después de salir del colegio".

"Una noche, a la hora de los postres, sonó la campanilla de la puerta de calle. La sirvienta, después de

abrir, llegó al comedor con el siguiente recado: “Un caballero que viene en coche, pregunta si está el “maestro del piano”.

—“Dígale al señor —ordenó mamá— que debe estar equivocado, porque aquí no vive ningún “maestro de piano”.

“Me levanté bastante azorado y expliqué a mi familia que era a mí a quien buscaban. Abandoné tan precipitadamente el comedor, que no tuve tiempo de observar la estupefacción de mis parientes. El administrador del teatro, en persona, había ido a buscarme para que lo sacara de un tremendo apuro. Panchito no aparecía, y el público estaba armando la más estruendosa algazara, porque la función sin música, no podía empezar. Accedí ante las súplicas del desesperado empresario y trepamos a la victoria, que nos condujo a todo galope”.

“Dudo de que algún “pianista” haya sido recibido con una ovación más entusiasta en el palco escénico. Interminable me pareció mi viaje por el pasillo central hasta el piano. Una vez sentado en el piso, aguardé con ansiedad que la sala se obscureciera para empezar mis incalificables interpretaciones. Pero ¡Horror de horrores! El programa anunciaba la infaltable “sinfonía por la orquesta”.

“El violín y el clarinete me saludaron con el respeto que se debe al maestro, y uno de ellos, pasándome un álbum de música, me preguntó qué pieza deseaba tocar. Mientras tanto, el público permanecía en recogido silencio, aprestándose para escuchar la esperada sinfonía.”

“Yo no toco por música —les expliqué a los integrantes del trío—, así es que síganme como mejor puedan”.

“La modulación de mi voz debe haber tenido la entonación con que el héroe les gritó a sus soldados :“¡Los que sean valientes, que me sigan!”

“Mis torpes dedos “chapurrearon” un vals de moda. El violín y el clarinete hicieron esfuerzos desesperados para acompañarme. Yo traté de abreviar en lo posible esta sinfonía que posiblemente hoy habría sido considerada como una obra maestra de música moderna, dejándola más inconclusa de lo que Schubert dejó la suya” (3).

El Teatro “Electra”, actualmente del Sindicato de la Compañía Chilena de Electricidad, Catedral 2702, esquina de Sotomayor, y por lo mismo ahora se llama Sichel, era en sus buenos tiempos, por lo menos hasta 1930, muy frecuentado por los jóvenes y niños del barrio; más tarde, por lo anticuado, dejó de ser cine. En nuestros días se celebran las asambleas y otros actos culturales del Sindicato de la Compañía de Electricidad y de los de otras instituciones.

La televisión arruinó el último cine del barrio Yungay: el “Diego Portales”, que desde hace poco más de cuatro años está convertido en bodega de una firma comercial.

(3) YO SOY TU. Biografía de Coke. Escrita por Jorge Délano. F. 2ª Ed. Numerada. 1954. Zig-Zag. Págs. 94-95.

I X

CANCHAS DE CARRERAS.— CARRITOS DE SANGRE.— COBRADORAS.

EN LA CALLE Cueto, al llegar a Mapocho, cerca de la cancha de carreras, había una casa de modesta fachada, en cuya parte baja estaba el negocio del francés Benito Lapierre. En la conversación, este caballero, viniera o no al caso, hablaba de la guerra franco-prusiana: tenía la esperanza de la revancha. Era muy conocido en el barrio: todos le admiraban por la pericia con que daba la partida en las carreras de caballos a la chilena, efectuadas entonces en ese lugar, verdadero campo apartado de la ciudad, y ya casi fuera del céntrico sector de Yungay.

El barrio vio circular los primeros carritos de sangre en 1875: corrieron por la calle de la Catedral, hasta la entrada de la Quinta Normal, en Matucana. La estación de estos tranvías estaba en calle Chacabuco esquina de Romero, y hasta 1959, quedaban restos de galpones. El nuevo medio de transporte se estableció para facilitar al pueblo su llegada a la Exposición inaugurada en la Quinta Normal en 1875. Ella dio el nombre a la actual calle de Exposición, anteriormente llamada camino de Melipilla. Muchos de estos carritos fueron que-

mados, a pocos metros del Palacio de la Moneda en 1888, en señal de protesta por una posible alza de tarifas. Tales desmanes fueron atribuidos al vecino del barrio don Malaquías Concha y al Partido Demócrata, cuya fundación fue obra de este político y de dos compañeros suyos: los señores Artemio Gutiérrez y Angel Guallo (1887). Alguien dijo que este partido es "como el abuelo del Partido Comunista".

Los tranvías de sangre fueron reemplazados, en la parte céntrica de la ciudad, por los eléctricos, al comenzar el siglo XX. Aquellos circularon en los barrios hasta 1930. Recuerdo que en 1928, estos carritos aún hacían un recorrido, desde la antigua Plaza Italia (hoy Baquedano), seguían por General Bustamante, Bilbao; y, si mal no recuerdo, llegaban hasta la Avenida Pedro de Valdivia, a la sazón los extramuros de Santiago. Muchas veces viajé en ellos, con mi madre y hermanas, cuando íbamos a la quinta de don Francisco Tagle Ruiz Tagle y de doña Carmela Santelices de Tagle, ubicada en la Avenida Manuel Montt al llegar a Bilbao. Los caballos eran unos "pingos" tan flacos que inspiraban lástima.

Estos carritos tenían imperial (1): el valor del pasaje, en la parte de abajo, donde viajaba la clase alta, era de una ficha colorada y, en la imperial, ocupada por los "rotos" y colegiales, se pagaba una ficha negra, cuyo valor era de dos centavos. De aquí proviene el verso, tan conocido por nuestros padres y abuelos:

(1) "Imperial" se llamaba la parte superior del carro.

"Allá va, ya va
una ficha negra
y otra colorá, y
una conductora
que no vale ná".

En 1928, el pasaje era de diez centavos arriba y veinte abajo.

Las pintorescas y graciosas cobradoras de estos carritos y de los eléctricos que circularon después, entre otros el N° 11 por la Avenida Providencia, apenas cubrían su cabeza con pequeños sombreros de hule negro ladeados que dejaban libres sus inmensos moños.

Las cobradoras tenían una figura tan ridícula y grotesca que eran el hazmerreír de los niños y jóvenes de aquella época.

X

INDUSTRIAS. - NEGOCIOS. - LA MONEDA CIRCULANTE. VENEDORES AMBULANTES

LA FABRICA DE CAFFARENA.

UNA DE LAS INDUSTRIAS más antiguas y prestigiosas del barrio, es la fábrica textil, fundada en 1920, en San Pablo 1510, por don Blas Caffarena Chiozza, oriundo de Génova (Italia), y, dos años más tarde, colocada en Compañía 2614 y Cueto 374, en pleno corazón de Yungay, donde funciona actualmente.

Don Blas Caffarena Chiozza, cuenta en sus deleitosas y bien escritas "Memorias" (1) la trayectoria de su laboriosa y accidentada vida, desde que llegó a Iquique en 1888, donde fue empleado, primero en el negocio de un pariente, hasta el establecimiento de la "Fábrica de Medias" en Santiago el año 1920, y el acrecentamiento de ella.

En el norte, lo sorprendió la Revolución fatídica de 1891, que redundó en graves perjuicios para la independencia económica del país, y cuya perniciosa trascen-

(1) **MEMORIAS**, de Blas Caffarena Chiozza. Santiago de Chile. 1953. Imp. Wilson. Catedral 3007.

dencia comprendió sagazmente el señor Caffarena: "Después de ocho meses terminó la Revolución con la batalla de Concón, y la muerte de Balmaceda. Comenzó la ruina de Chile, pues los ingleses, ya dueños de la situación, sacaron de Tarapacá; todo el oro blanco por espacio de más de veinte años, sin dejar a Iquique un solo recuerdo, ni en la Beneficencia ni el Hospital, donde tantos obreros murieron en las arduas faenas del salitre y de la minería" (2).

Don Blas, con razón, culpa a los ingleses de la Revolución: "ellos le vendieron las armas a los revolucionarios, con su escuadra y principalmente con su acorazado Waspite, ayudaron y guiaron la escuadra chilena" (3).

El hábil industrial italiano se encariñó con Chile, e hizo venir al país a sus padres.

Los reveses de la fortuna, trajeron a nuestras playas al señor Caffarena; y esas mismas vicisitudes económicas lo llevaron aquí de un lugar a otro: Iquique, Antofagasta y Arica; también estuvo en su patria, adonde fue a contraer matrimonio con una distinguida señorita italiana, doña Ana Morice.

Párrafo aparte merece esta señora: ella, con su carácter suave e insinuante, supo llevar a su marido, que era de un temperamento fuerte, y, por lo mismo, difícil.

Lo ayudó eficazmente a rehacer la fortuna: sin la colaboración inteligente, sagaz y moderada de su compañera, a don Blas no le habría sido tan fácil triunfar.

(2) Id. Pág. 23.

(3) Id. Pág. 23.

Para los obreros y operarias, como para el personal de empleados, la señora Ana fue verdadera madre. En el barrio ejerció la caridad sin medida y silenciosamente.

En Yungay fue querida, respetada y popular.

El señor Caffarena residió después en Arequipa. Volvió a nuestro país y se radicó en Arica con un negocio que se incendió como los anteriores. Se le redujo a prisión, perdió todo cuanto poseía y fue declarado en quiebra. Abatido, pretendió buscar refugio en el juego de azar; pero un hombre trabajador de personalidad tan recia, no se habituó en ese ambiente. Desesperado, desmoralizado, porque no tenía fe; y era de los que renegaba de la Iglesia Católica y del clero, hizo un viaje a Nueva York (1917), en plena guerra europea, en busca de la huidiza fortuna. Allá la encontró definitivamente, en las máquinas de tejer Scott Williams, cuyo uso aprendió a los 51 años (4). Aquí en Chile, nunca pudo manejar las viejas máquinas de tejer oxidadas, existentes en las bodegas de su pariente en Iquique.

Para practicar trabajó en la fábrica de Nueva York. Luego dirigió sus pasos a Filadelfia, adonde se trasladó el 2 de abril de 1918, casi al fin de la gran conflagración europea.

En esa época comienza la aversión de don Blas por los bancos y sus gerentes, que en el curso de su vida llegó a convertirse en una verdadera obsesión.

En Boston vio trabajar las máquinas de teñir; en Nueva York visitó las de anilinas.

(4) Nació, según propia confesión, en Pegli, provincia de Génova, el 20 de noviembre de 1869.

En junio de 1918, encajonó sus máquinas y demás materiales de trabajo, y se embarcó para Chile. "Llegaba a Iquique con la fe de tener que rehabilitarme, y tratar con mi nueva experiencia adquirida en Estados Unidos, de formar un nuevo y sólido hogar" (5). En la ciudad nortina se asoció a un cuñado, don Andrés Morice; y, no sin grandes dificultades, instaló una pequeña fábrica de "Medias de seda natural con algodón" (6).

Superó las dificultades. Todo iba muy bien; pero su ambición era venirse a Santiago, para fundar aquí una modesta fábrica. Aunque su cuñado no quiso acompañarlo, se embarcó con su familia, la esposa y siete hijos, el 22 de enero de 1920.

Después de mucho andar, encontró una casa adecuada, en San Pablo 1510. La tomó en arrendamiento en cuatrocientos pesos, y en ella, con la ayuda de su esposa, estableció la fábrica y el hogar. Habilitó a su hijo José, aún menor de edad, para poner la fábrica a su nombre: él estaba todavía declarado en quiebra.

Los gerentes, sus irreconciliables enemigos, negaron a don Blas, todo crédito.

En tres años, secundado por doña Anita y unos ocho o diez operarios, la producción de la industria textil Cafarena aumentó considerablemente; sin embargo, un nuevo incendio, y la copiosa lluvia del invierno de 1921, amenazaban de nuevo su ruina económica.

No se arredró y buscó otra casa, para instalar la fábrica; la encontró en 1922, en Compañía 2614 y Cueto

(5) MEMORIAS ya citadas, Pág. 117.

(6) MEMORIAS ya citadas, Pág. 119.

374, donde permanece hasta nuestros días (1972). Obtuvo en alquiler las dos propiedades en ochocientos pesos. Adquirió nuevas máquinas; y la industria logró extraordinario auge y prestigio: la producción de medias se vendía inmediatamente.

En 1936 canceló, por fin, a sus acreedores, y se convirtió en un poderoso y solvente industrial; pero la lucha con los gerentes de Bancos no mermaba.

Al poco tiempo, compró las casas de Compañía y Cueto, y luego adquirió otras al lado y al frente, para ensanchar el negocio, que ya no sólo fabricaba medias, sino también calcetines y toda clase de prendas de vestir textiles. En las nuevas propiedades edificó casas para sus hijos.

Un obrero que trajo de Francia, le formó un sindicato: los trabajadores instigados por su jefe, comenzaron a sabotear la fábrica. Al poco tiempo, después de un pleito, despidió al francés y a algunos operarios. Los que continuaron, resolvieron disolver el sindicato; y la fábrica "quedó más tranquila, aumentó la producción y las ventas, y seguí un buen tiempo sin molestia alguna" (7).

Con su situación "segura y muy sólida" (8) realizó un segundo viaje a Europa en 1938.

En 1953, publicó sus MEMORIAS. Es lamentable que sus hijos y nietos no difundan esta obra, porque fuera de estar escrita en correcto castellano y en forma muy amena, sin pretensiones literarias, ella revela el es-

(7) MEMORIAS ya citadas, Pág. 147.

(8) MEMORIAS ya citada, Pág. 147.

fuerzo de un hombre de trabajo que fue un autodidacto, y desafió con valor y entereza al infortunio, hasta obtener el más completo triunfo con la industria creada en nuestro barrio, que constituye hoy una magnífica fuente de riqueza y un grande honor para Chile.

Actualmente la fábrica, comenzada con unos pocos obreros, cuenta con cuatrocientos cincuenta, bien rentados, con toda clase de asistencia social y casa de vacaciones. Esta industria es una de las poquísimas, quizás la única, que hasta 1971 no tuvo sindicato, y en la cual existió la más completa y ejemplar armonía entre patrones y obreros. Durante trece años, sólo vi reciprocidad de afectos entre la familia Caffarena y sus empleados y obreros; pero, desgraciadamente, la primera huelga de 1971, enfrió por unos días, esas cordiales relaciones de antaño.

Aunque don Blas Caffarena, fallecido en 1956, no simpatizaba con el clero, el sacerdote cronista y vecino de Yungay, deja testimonio de su admiración por su honrado espíritu de trabajo, inteligencia e incansable tenacidad; y, más que todo, por esa herencia de amor al obrero que legó a sus laboriosos hijos y descendientes, y que fue reconocida y estimada por los trabajadores hasta 1971.

NEGOCIOS

En la esquina de Rosas y Libertad, el señor Juan Bautista Echeverría tenía su domicilio y la fábrica de cigarrillos "La Vascongada", famosa en Yungay, de la cual fue dueño, después, don Benjamín Tallmann, quien

mantenía también allí mismo una cancha de box, donde se entrenaban Luis Vicentini, Manuel Vera, Beiza y otros.

Entre los años de 1926 y 1927, los "pijes" de la plaza Yungay, iban a la de Brasil, y allí eran mal recibidos por los muchachos de su misma edad, ante el temor de que les sedujeran a sus "pololas". Con este motivo, había riñas y pugilatos entre ambos bandos, semejantes a los que existían en ese tiempo entre los cadetes de la Escuela Militar y los jóvenes asiduos a la plaza Brasil. Luis Bravo Leay, uno de estos últimos, recuerda que Luis Vicentini, Manuel Vera y Beiza, adiestraban en el box a los de la plaza Yungay, para defenderse de sus competidores. Entre esa juventud estaban, además de Luis Bravo Leay, Lorca, Bennet, Oyarzún, Amenábar, Miller y otros, según los recuerdos de Bravo, al único del grupo que conocí y del cual soy amigo.

En la esquina de la calle Libertad y de Rosas, estaba el almacén del señor Verbal, que se suicidó en el mismo lugar, ocupado más tarde, y, hasta hace poco, por una cigarrería, cuyo local se incendió. A continuación, hacia la avenida Matucana, tenía su tienda un señor de apellido Godoy; y luego estaba la gran casa de don Carlos Manterola, casado con una de las hijas de don José Cumplido. Posteriormente estuvo en ese mismo sitio el célebre mercado "Los Paperos", de propiedad del mismo señor Cumplido. Allí, en su residencia, los hijos de este progresista vecino de Yungay, que no fueron a la guerra de 1879, reunieron algunos obreros para formar una compañía, conocida con el nombre de "Los

paperos". Después estuvo en ese local el teatro Zig-Zag, y, finalmente, el emporio de una señora Cruz. De los almacenes de don César Rossetti, se hablará en el capítulo XIV.

LA MONEDA CIRCULANTE

La moneda circulante en la época de la formación del barrio Yungay era: el real, que valía doce centavos y medio; la peseta, cuyo valor era de dos reales; el medio equivalía a seis centavos; el cuartillo de plata, a tres centavos; y el peso de plata, a ocho reales.

Nominalmente existía la mitad: centavo y medio; después circulaba el centavo; el chico y el medio. Todas estas monedas eran de cobre.

La ficha negra tenía un valor de dos centavos, y la ficha colorada, de cinco.

VENEDORES AMBULANTES

En la época de la modelación del barrio (1840-1860), había pocos negocios. En general las ventas eran a domicilio: los comerciantes pasaban a hora determinada, o fija: a las 10 de la mañana salían a la calle numerosos carniceros, provistos de canastos con bordes muy bajos, en los cuales llevaban la carne. Al grito de "carne gorda", salían los vecinos a comprar. Entre las 11 y las 12, pasaban los "aguateros", y se anunciaban muy entonados: "aguateroooos..." Frente a las escuelas se apostaban los vendedores de alfeñiques o "bastones", de 25 centímetros. Alcancé a conocer estos "bastones", mi

madre los hacía exquisitos para sus hijos. Actualmente existe la misma costumbre colonial: son innumerables los vendedores de dulces que esperan la salida de las clases, frente a los colegios y liceos. A la misma hora se vendían las empanadas "caldúas". A las dos de la tarde, aparecía el "pan de huevo", a dos centavos la unidad; en seguida la substancia de ave, también a dos centavos el blanco trozo del tamaño de una caja de fósforos. Al caer la tarde, otro comerciante gritaba: "Pan de grasa tostadito". En algunas esquinas del barrio, se vendía leche al pie de la vaca, o con aguardiente. Casi entrada la noche se veía en la penumbra al tortillero, con el canasto de arco metido en el brazo, y en la mano el farolito de luz mortecina: "Tortillaa, tortillaas buenas, el tortillero"... En seguida se escuchaba el eco del motero: "Moteroo"... , "Mote mei"... , "pelao el mei", "calentito". En mi ya lejana niñez, cuando llegamos a vivir en la entonces solitaria avenida Providencia (1911) y hasta bien entrado el siglo (1921), aún se escuchaban los gritos de los vendedores de "tortillas calite"... , y de "mote mei"... que ponían una nota de vetustez colonial en la hoy elegante y poblada avenida Providencia, uno de los barrios al cual inmigró la gente de Yungay. Finalmente, se oía la voz del traficante de chancho: "Los huesitos de chancho cocido".

Durante más de medio siglo, y hasta hace muy poco, transitaba por el barrio un vendedor de frutas, hosco y sin gracia, que llevaba los productos en las alforjas de su caballo blanco.

El frutero caminaba lenta y silenciosamente junto a la cabalgadura.

La antítesis de este tranquilo vendedor ambulante, era la famosa "vieja fresca de los dulces frescos", o "la vieja de los dulces frescos", como se autodenominaba, al anunciar su mercancía con el grito estridente y cómico de prolongada frase: "Aquíiii vieneee la viejaaaa frescaaa de los dulceee frescoco", o yaaa llegarooon loo dulceee frescoco".

Largos años pasó diariamente por todas las calles de Yungay, vendiendo sus alfajores de gran tamaño. Actualmente, ya muy anciana, algunos vecinos la han visto, con su canasto de dulces, por la calle San Pablo; pero siempre camorrera: le busca pelea a los niños y a los obreros de las construcciones.

Don César Rossetti contaba que todos o casi todos los vendedores ambulantes, eran rateros conocidos, llevaban afilado cuchillo al cinto, y en cualquier eventualidad o disputa con algún cliente, se lo metían hasta la "cachita".

XI

EL COLERA-MORBUS

EL GOBIERNO de Balmaceda se inició en 1885 bajo fatídicos auspicios. Ese año, en octubre, apareció en Buenos Aires el cólera-morbus. Las autoridades argentinas suprimieron, por inútiles, los cordones sanitarios internos, y la epidemia se propagó violentamente a Rosario, Córdoba y Mendoza. El 4 de diciembre de 1886, las autoridades chilenas cerraron la frontera de Uspallata, pero todo fue en vano: los pobladores de esas provincias huían despavoridos del contagio; burlaban la vigilancia policial fronteriza, y atravesaban los escarpados cerros cordilleranos.

En los últimos días del año 1886, aparecieron los primeros casos de cólera en el villorrio de Santa María de Aconcagua, cerca de San Felipe. En enero y febrero ya los enfermos eran miles: en Putaendo, Los Andes, Quillota, Santiago, Victoria, Melipilla y Valparaíso, hubo una terrible mortandad. En marzo se extendió hasta Rancagua, Cachapoal y Talca; y, en abril, los coléricos invadían Concepción, Coelemu, Lautaro y Arauco: vale decir, toda la zona central del país estaba contagiada.

Se improvisaron lazaretos públicos y privados. El

Gobierno gastó \$ 1.007.075,88, de aquel tiempo, esto es de 18 peniques, para combatir el mal.

El cólera-morbus, es una enfermedad infecciosa, originaria de la India, que se presenta con vómitos, calambres y agotamiento general del organismo y, muchas veces, sorpresivamente; sus víctimas, no pocas veces mueren en la calle.

El barrio Yungay fue uno de los más azotados por la epidemia, hubo verdadera consternación pública. Los enfermos caían en la calle, y, en seguida, eran recogidos en improvisadas camillas, y conducidos a diversos lazaretos.

Las colonias extranjeras residentes, formaron brigadas que, con grande abnegación, se empeñaban en atacar el mal: los españoles, italianos y alemanes se esmeraron para establecer sus respectivos lazaretos, muchos instalados en cobertizos destartalados con sus camas.

La inquietud de la población de Santiago aumentaba cada día: los vecinos protestaban contra los médicos de la ciudad, entre los cuales estaba el inolvidable doctor Augusto Orrego Luco, a quien apodaban el Brujo de la Cañadilla. Los obreros, y, en general, la gente de escasos recursos miraban con recelo el método curativo empleado por los profesionales; sin embargo, su labor fue extraordinariamente sacrificada: trabajaban día y noche para conjurar la epidemia.

Las farmacias del barrio Yungay, como las de Recoleta y La Cañadilla, ostentaban vistosos letreros en los cuales se leía: "Médico gratis a cualquiera hora ofrece esta botica".

El lazareto de la colonia alemana, estaba construido provisoriamente en la calle Esperanza N° 91. Allí mismo hubo antes una fábrica de cerveza, cuyo propietario era un distinguido caballero alemán, con descendencia en la actual sociedad santiaguina. Poco antes la casa había sido asaltada por gente desconocida, sin producir mayores daños. Intervinieron unos jóvenes Ureta, vecinos de la cervecería, quienes, al oír ruido en la fábrica, abrieron rápidamente una brecha en el muro de adobe colindante y, revólver en mano, llegaron al lugar del suceso: dispararon, y los malhechores huyeron despavoridos, no sin antes haber vejado a los hijos del dueño del negocio.

Al frente del lazareto vivía otro alemán muy respetable, don Gustavo Druske, que era dueño de una pequeña fábrica de vinagre en la calle Esmeralda esquina de Claras (ahora de Enrique Mac-Iver); el señor Druske no hablaba castellano, de tal manera que el vecindario difícilmente se entendía con él.

El lazareto de Esperanza, estaba ubicado en un punto estratégico muy próximo al cementerio de los coléricos, situado en la margen norte del río Mapocho, entre las calles de Libertad y Esperanza. Se había erigido en un sitio eriazó cuadrilongo de 150 metros de largo por 40 de ancho. Por orden de la autoridad, en ese lugar eran sepultadas las víctimas de la epidemia.

Durante unos cuatro meses, principalmente en el verano, morían, en el barrio Yungay, veinte coléricos, más o menos. Apenas caían atacados del mortífero mal, los enfermos chilenos eran conducidos al lazareto común, y los extranjeros a los establecimientos similares que mantenían las propias colonias.

En los cementerios General y Católico, no se podía sepultar a los coléricos; a éstos se les enterraba oculta-mente en la noche.

En el lazareto alemán, prestaba sus servicios nocturnos un músico militar llamado Galifardo. Noche a noche, en un vehículo tirado por caballos, conducía los muertos al cementerio, desde el lazareto. Antes de emprender su lúgubre tarea, calentaba el cuerpo con una buena dosis de aguardiente. Galifardo era un chileno mulato, alto, feo, ligeramente encorvado, veterano de la guerra de 1879, en la cual había servido como músico de un cuerpo movilizad, de buen talante, conversador impenitente, amigo de la chirigota, y borracho consuetudinario. En los momentos libres, daba vuelta la rueda de un molino de aceite que poseía el industrial italiano Manuel Delpiano.

Una lluviosa noche de julio, le tocó llevar al cementerio siete cadáveres, en el carretón; y, en el trayecto, a cortos intervalos, escuchaba una leve queja, a la cual respondía: "Cállate, no más; te me entregaron como muerto, y como muerto te llevo; allá en el cementerio te las arreglarás con el sepulturero"; y a modo de estribillo repetía: "Añañaca, añañaca, la flor de la albahaca, con la que venís que estai vivo, cuando a mí me consta que estai muerto"; "querís saber más que el doctor". En el fúnebre viaje continuaban los ayes lastimeros; y, cuando llegó al portón del cementerio, Galifardo exclamó: "¡Se me arrancó uno!" Como el sepulturero sabía que a Galifardo le gustaba el mosto y era chaco-tero, pensó que se trataba de una broma; pero al contar los cadáveres, amortajados en sacos paperos de aspille-

ra, verificó que en realidad faltaba uno, y no quiso firmar el recibo. En ese momento, se armó una pelotera a la chilena, que terminó con el regreso de Galifardo al lazareto. Cuando llegó, Druske, encargado del establecimiento, dormitaba sobre un sillón; no le dio importancia al hecho relatado por el cochero, y guardó en el bolsillo el recibo, sin firmar del sepulturero.

Momentos después vio con grande asombro, que Galifardo revisaba muy atentamente las camas, para ver si podía encontrar el muerto que le faltaba y presentarse con los "siete" en el cementerio; pero comprobó que todos estaban con vida. Resolvió echarse al hombro al más pacífico de los coléricos, y salió con él; mas el paciente, aterrado, comenzó a gritar en tal forma que Druske despertó; sin embargo, como no hablaba castellano, no pudo entenderse con Galifardo. Al día siguiente el enfermo amaneció sano, restablecido.

El sepulturero, y el señor Druske, discutieron agriamente en la calle: la disputa terminó cuando aquél insultó al ciudadano alemán, y éste le contestó con un expresivo: "gracias".

Diariamente las autoridades enviaban carretones con agua cocida, para repartirla gratis al vecindario.

La epidemia continuó haciendo estragos: un historiador dice que la estadística oficial del Registro Civil "arrojó un total de 28.432 defunciones producidas por el cólera-morbus".

XII

DOS AVENTUREROS EN EL BARRIO YUNGAY

EL FALSO MEDICO JOSE INDELICATO

ENTRE los años de 1834 a 1841, moró en el barrio, en casa del abuelo del señor César Rossetti, el italiano José Indelicato, que se hacía pasar por médico, y polemizaba con el protomédico doctor Guillermo Blest. Este funcionario jamás permitió a Indelicato el ejercicio de la medicina, a pesar de haberlo solicitado insistentemente.

Un día se pusieron de acuerdo con su huésped, para visitar a don Diego Portales, a fin de que intercediera ante el doctor Blest en favor de la porfiada solicitud del seudomédico italiano.

Portales, cuando venía de Valparaíso a la capital, se hospedaba en casa de los Urizar Garfias, ubicada frente a la plazuela de Santa Ana. Allí el futuro Ministro y terrible hombre de los hechos, tenía una habitación para exhibir las cosas que vendía: yerbas, tabacos y géneros. Don Diego los recibió una mañana otoñal. El señor Rossetti hizo la petición, en nombre de su amigo que aún no hablaba castellano; pero Portales, que, tal vez es-

taba informado de los malos antecedentes de Indelicato, rechazó la petición con su acostumbrado sarcasmo e ironía. El señor Rossetti había tenido negocios con el estanquero porteño y pensó que podía acogerlo bien.

Al salir de la casa de los Urizar Garfias, el falso médico muy airado, prorrumpió con voz profética: "Cuesto birbone ha de morir asesinado".

Como no le fue posible ejercer en nuestro país la profesión de médico, Indelicato se dedicó al periodismo, cuya práctica era más fácil, porque la prensa aún estaba en pañales.

Don Ramón Briseño sostiene en la "Estadística Bibliográfica de la literatura chilena", que José Indelicato redactó EL FILANTROPO, periódico cuyos dos únicos números aparecieron editados en la Imprenta de la Independencia los días 3 y 10 de septiembre de 1834. Raúl Silva Castro, en su prolija obra PRENSA Y PERIODISMO EN CHILE (1812-1956) (1), niega que el seudo facultativo italiano hubiese escrito en EL FILANTROPO; en cambio, atribuye a este sujeto la redacción de EL FAROL, que editó doce números, desde el 31 de agosto hasta el 16 de noviembre de 1835, en la Imprenta "La Araucana". Según otros autores, la redacción de este periódico estuvo a cargo de Juan Francisco Meneses, Victorino Garrido y Fernando Urizar Garfias, integrantes los tres de la tertulia de Portales. Silva Castro coincide con Benjamín Vicuña Mackenna, quien, en la biografía de

(1) Ed. de la Universidad de Chile. 1958. Pág. 118.

Portales, afirma que "fue redactor exclusivo de EL FAROL el médico italiano don José Indelicato". El mismo historiador califica al falso médico de "aventurero de nota" venido a Chile, procedente de la República Argentina, país en el cual dejó "una triste reputación". Agrega que "según un manifiesto publicado contra él, por el protomédico de Córdoba, el doctor español don Francisco Martínez Doblaz, (2) Indelicato había llegado a Córdoba en 1833 y échase notar por sus insidias sociales y las cábalas de su profesión, pues, según cuenta Martínez Doblaz, le propuso, en Buenos Aires, hacer una campaña para curar sólo por el sistema de juntas, a fin de ganar el cuádruplo del horario regular, diciendo que los médicos no debían curar tanto los cuerpos como los bolsillos de los enfermos".

"A estos antecedentes se debió, sin duda, que el redactor de EL BAROMETRO, don Nicolás Pradel, denunciase a Indelicato, poniendo en su papel un feo mascarón, al pie del cual se leían estas palabras: "El italiano José Indelicato, bien conocido por sus crímenes en Palermo, Milán, París, Montevideo, Buenos Aires, Córdoba, y últimamente en Chile, etc."

"Decíase, además, de voz vulgar, que Indelicato tenía en la espalda una marca de fuego por haber envenenado al duque de Módena u otro personaje italiano. Mas, él se sometió a un examen decretado por el protomédico o el Intendente de Santiago, a petición suya, y resultó ser falso este cargo. Acusó ante el jurado a Pra-

(2) Impreso en Tucumán, el 1º de setiembre de 1835, y reproducido por EL BAROMETRO, periódico de Chile, el 9 de abril de 1836.

del, y éste fue condenado por injurioso. Por lo demás, era hombre de indiscutible talento, fino, intrigante y agente sumamente a propósito para instrumento de un gobierno sigiloso. Garrido le daba sólo los temas de sus artículos; y a este fin había sacado de la Biblioteca Nacional, con autorización del gobierno, un ejemplar del célebre periódico LA MINERVA FRANCESA, en que se publicaron por una sociedad de literatos, como de Jouy y otros notables, artículos sobre política, costumbres, etc. Otro tanto habían hecho los redactores de EL HAMBRIENTO en 1828, pidiendo ayuda a su primo (como él lo llama), EL GRANIZO, un periódico satánico que entonces se publicaba en Buenos Aires.

“En definitiva, Indelicato, tuvo que abandonar la prensa y el país, pues el mascarón de Pradel, la marca de fuego, y hasta su propio nombre, que los corrillos traducían por no delicado, eran armas capaces de derribar en Santiago la reputación de un santo, y mucho más de un médico envenenador y libelista” (3).

Por su parte, don Ramón Sotomayor Valdés, historiador fidedigno, refiriéndose al destierro de Nicolás Pradel, redactor de EL BAROMETRO, coincide con Vicuña Mackenna en que Indelicato no llevaba la tal marca en su cuerpo, como lo habían atestiguado los galeños santiaguinos, después de un prolijo examen; la denuncia “no hizo más que excitar la chismografía de la capital”, concluye el grave don Ramón (4).

Raúl Silva Castro, siempre bien informado, cree que José Indelicato sucedió a don Manuel José Gandarillas

(3) “DON DIEGO PORTALES”, 2ª Ed., Págs. 246-247. Nota

(4) HISTORIA DE CHILE. T. II. Págs. 228-229. Nota.

en la redacción de EL ARAUCANO, y esto se desprende —a juicio suyo— del siguiente suelto: “El gobierno ha tenido a bien encargar a un nuevo redactor la parte del interior de este periódico”. ¿Quién fue ese nuevo redactor? Al parecer, José Indelicato, que estuvo poco tiempo en Chile, que fue centro de no pocos comentarios desapasionables. La permanencia de Indelicato fue corta. En el propio diario se leía el 18 de septiembre de 1835, la siguiente noticia:

“El que acaba de encargarse de la redacción de la parte interior de este periódico, se ha retirado por motivos de salud. El 27 de noviembre había sido reemplazado por Indelicato en EL ARAUCANO.

Raúl Silva Castro opina “que habiendo fracasado Indelicato en la redacción, Portales creyó conveniente entregársela a don Andrés” (5).

El doctor Augusto Orrego Luco, no obstante, da a Indelicato el título de “doctor”, en sus RECUERDOS DE LA ESCUELA, al hablar de los periódicos; pero lo hace en forma zahiriente, despectiva: “Tenemos derecho —dice— para prescindir del CRITICON MEDICO, Revista publicada por Parsaman en 1840 y del que aparecieron cuatro números. Es un panfleto en contra de Blest, y prescindir también de EL FILANTROPO, del que publicó dos números en 1837, el doctor Indelicato. Son hojas sueltas arrojadas al viento del escándalo” (6).

Orrego Luco concuerda con Briseño en que Indelicato redactó EL FILANTROPO; pero el ilustre médico,

(5) LA PRENSA PERIODICA EN CHILE. Pág. 171.

(6) Pág. 51. Nota. Separata de la REVISTA MEDICA.

político y escritor se halla tanto o más errado que el viejo bibliógrafo, porque el periódico no se publicó en 1837, sino en dos números, el 3 y el 10 de septiembre de 1834 y en sus páginas no hay la menor alusión al doctor Blest.

Me inclino a creer, con Benjamín Vicuña Mackenna y Raúl Silva Castro, que el falso galeno italiano no redactó jamás **EL FILANTROPO**.

EL QUIMICO NIGROMANTICO ALFREDO PARAFF

El 30 de mayo de 1876, arribó a Valparaíso, procedente de California, el alsaciano Alfredo Paraff, químico-nigromántico. Venía acompañado de su compatriota y socio Francisco Rogel. Paraff era portador de una amplia recomendación oficial del cónsul general de Chile en California, don Francisco 2º Casanueva, y además traía una carta de este funcionario a su hermano Carlos, residente en Valparaíso. Estos antecedentes, sumados a la excepcional simpatía, cordialidad, labia e ingenio del astuto extranjero le abrieron aquí todas las puertas e inspiró confianza a hombres tan respetables como a don Miguel Cruchaga Montt, Uldaricio Prado, Francisco Puelma, Agustín Edwards Ross y Eduardo Mac-Clure, quienes no vacilaron en formar una sociedad con Paraff.

El alsaciano era un químico nigromántico, un famoso y diestro prestidigitador, quien decía ser inventor de un "procedimiento para extraer grandes cantida-



des de oro de minerales que no convenía explotar por los métodos conocidos. En especial, el invento de Paraff era aplicable a los minerales de cobre. Su secreto consistía en un reactivo de su invención". Un país tan productor de cobre como Chile, podía "estar seguro de hacerle competencia a California con todo el oro que podíamos beneficiar. El oro extraído de las escorias alcanzaba a uno o dos por ciento" (1).

El embaucador, secundado por Rogel, "con su singular "cuento del tío", engañó no sólo a los chilenos ya mencionados y a otros más, recordados por el historiador Francisco Antonio Encina en el tomo XVI de su HISTORIA DE CHILE, sino al Presidente Aníbal Pinto, y a su Ministro de Hacienda Rafael Sotomayor Baeza, ambos se mostraban muy interesados en el invento: de su buen éxito dependería el término de la grave crisis económica de Chile. Engatusó también a hombres de habilidad y experiencia como Manuel Montt y Antonio Varas. Aquel conversó dos horas con Paraff y declaró, a quien quería oírle, que "pocos hombres le habían interesado en más alto grado". Con inexplicable candor, don Aníbal Pinto decía: un señor Paraff, "cree haber encontrado un procedimiento para separar el oro que, según él, contienen nuestros minerales de cobre y plata, especialmente los primeros. Se ha asociado con Cruchaga, Puelma, Ovalle, Olivares, Uldaricio Prado y otros; han hecho sus ensayos en pequeño con buen resultado, según dicen ellos mismos, y, últimamente, ensayaron en gran

(1) "Los Chilenos en San Francisco de California". Roberto Hernández. Valparaíso. 1930. Imp. San Rafael.

de, con igual resultado. Si Paraff no ha descubierto el procedimiento para extraer oro de los minerales de cobre, es seguro que tiene uno para extraer el buen sentido de sus compañeros, pues cada uno se cree ya millonario. Cruchaga me decía en días pasados que en el presente mes exportaríamos pastas por valor de \$ 700.000. Algunos de los interesados, para obtener los fondos que necesitaban para compra de minerales y ensayos, han vendido lo que tenían por lo que les daban. El público poco crédito da a esta novedad, que parece cuento de las mil y una noches" (2).

De los pocos que no cayeron envueltos en las redes del alsaciano fueron: don Agustín Edwards Ossandón, que "encontró el negocio demasiado bueno", y el sabio vecino de nuestro barrio, Ignacio Domeyko, a quien Paraff visitaba con frecuencia en su laboratorio de la calle Cueto. El embaucador, pretendía interesar al Rector de la Universidad, y afamado químico, en sus hallazgos e inventos. A menudo le llevaba piedras con partículas de oro legítimo, pero el perspicaz Domeyko, jamás dio crédito a Paraff, porque éste nunca quiso hacer los experimentos en presencia suya.

El químico de marras se hizo famoso en Santiago. El músico Fabio de Petris, compuso una polka que se publicó con el título de "Oro Paraff". Había "sombrosos Paraff", "cuellos Paraff"; y se cuenta que un restaurante de la calle Ahumada esquina de la calle del Chiri-

(2) Francisco A. Encina. HISTORIA DE CHILE. T. XVI. Ed. Nascimento. Pág. 42.

moyo, ahora Moneda, preparaba una sustanciosa “sopa Paraff”.

Su celebridad llegó hasta Bolivia, donde obtuvo una concesión por nueve años, en mayo de 1877, para explotar los yacimientos de metales que se encontraban abandonados en la confianza de que esas “investigaciones podrán dar ensanche a los trabajos mineralógicos en el país con probabilidades de grandes medios a la riqueza pública”.

Era tanta la fama de Paraff que algunos chilenos entusiastas e ignorantes, lo creían inventor de la parafina.

“En el mismo mes de julio —refiere el historiador Encina—, el descubrimiento de Paraff acaparó en tal medida la atención pública, que, intrigas políticas, luchas teológicas, crisis, déficit fiscal, cuestión de límites, diluvios, terremotos, precio del cobre, malas cosechas, desaparecieron de la conciencia colectiva. La primera víctima del entusiasmo delirante fue el propio Paraff. En las calles y en los teatros, se le hacía objeto de tales muestras de admiración, que casi le imposibilitaban los movimientos necesarios para la atención de sus asuntos. La sociedad de Santiago lo agasajó en forma sin precedentes”.

“El descubrimiento repercutió en la Bolsa y las transacciones. Los que tenían propiedades y valores que realizar, se apresuraron a quebrar los precios para invertirlos en acciones de Paraff. Los que tenían capitales ocultos, para comprar haciendas y casas al tercio de su valor se apresuraron a invertirlos, antes que la su-

perabundancia de oro en el mundo los rebajara a la quinta o a la décima parte de su antiguo poder de compra" (3).

Don César Rossetti recordaba haberle oído decir a don Julio Zegers que el supuesto invento de Paraff, produjo, en Santiago, una grande especulación, la cual influyó notablemente en la crisis financiera de 1873-1878.

Lo que convenció a los pocos incrédulos rebeldes sobre la bondad del negocio del alsaciano, fue una desconcertante noticia: el químico, y Rogel, su secretario, habían fundido, según el nuevo método, dos barras de oro por las cuales el Banco Nacional les dio la fabulosa suma de \$ 18.583.85. Esto aconteció el 7 de junio; el 20 se entregaron a Tesorería de la Casa de la Moneda, 777 cóndores sellados con el oro de Paraff. El primero, el inventor lo entregó personalmente al crédulo Presidente Aníbal Pinto. Al día siguiente, el generoso inventor enviaba al Primer Mandatario, 100 cóndores para que los repartieran entre los pobres... Esta actitud colmó de felicidad al Jefe del Estado, y acabó por trastornar a los escasos enemigos de Paraff.

"El verdadero prestidigitador no era el propio Paraff, sino Rogel, su ayudante, individuo listísimo que se hacía pasar por semiidiota, y que durante las manipulaciones agregaba oro a los crisoles sin que nadie hubiese logrado sorprenderlo" (4).

Don César Rossetti me contaba que había escuchado a su padre, lo mismo que después he leído en las pági-

(3) HISTORIA DE CHILE. Pág. 43.

(4) HISTORIA DE CHILE. Francisco A. Encina. T. XVI. Pág. 44.

nas del historiador Encina. Don Casimiro Domeyko Alamos, recuerda también haberle oído a su padre que el sabio don Ignacio atribuía a Rogel la paternidad del invento, y la destreza para hacer el truco.

Mas, el cobre convertido en oro, dejó de brillar muy pronto: como en Chile no faltan los hombres cuerdos y perspicaces, uno de ellos, parece que don Ignacio Domeyko, descubrió las patrañas de Rogel. Don Casimiro Domeyko Sotomayor, hijo de don Ignacio, el sabio, refería a los suyos que el secretario de Paraff era un tanto pánfilo, y echaba polvo de oro a las piedras y cenizas, ardid en el cual fue sorprendido, tal vez por el sabio polaco o por su mismo hijo Casimiro.

Alguien denunció a Rogel a la policía; ésta comprobó la estafa, y de inmediato, Paraff y su socio fueron encarcelados, el 29 de septiembre de 1877, a pedido del Promotor Fiscal, don Robustiano Vera.

La patraña quedó descubierta: las acciones comenzaron a bajar en forma alarmante, y la gente embaucada se arruinó.

EL ESTANDARTE CATOLICO, del 3 de septiembre de 1877, preguntaba maliciosamente: "qué era del invento de Paraff", e insertaba las siguientes estrofas:

"Hasta de cóndores, queda
una mula de alquiler
se iba hacia la Moneda;
mas, tanto empezó a correr,
que apenas el caminante
la podía detener".

—Pero en breve cesa el brío
y en vez de avanzar, recula
el animalejo impío:
su sabia no disimula,
el dueño, y dice por fin:
este macho no es mi mula!”

Isidoro Errázuriz, con su pluma incisiva publicó un editorial en LA PATRIA de Valparaíso, bajo el título de “¿Cuándo soltará Montt a Paraff?”

En él se burla sin compasión de la ingenuidad del monttvarismo que favoreció al químico nigromántico.

Don Manuel Montt era Presidente de la Corte Suprema, y en su absolución definitiva había puesto Paraff su esperanza.

El 21 de enero de 1879, el juez don Tiburcio Bisquert condenó a Alfredo Paraff, de 34 años de edad, y a don Francisco Rogel, de 47, a cinco años de presidio menor, contados desde el 29 de septiembre. El fiscal de la Corte, don Francisco Ugarte Zenteno, pidió se mantuviera la sentencia. El 25 de abril de 1879, recién empezada la guerra del Pacífico, inició la vista de tan espectacular causa. Una nueva argucia de Paraff iba a echar por tierra la severa sentencia del juez Bisquert. Con grande asombro de todos, alegó en favor del reo, nada menos que el connotado pelucón don Carlos Walker Martínez, quien pidió la revocación de la sentencia de primera instancia o que sobreyera el proceso contra Paraff y Rogel. El fondo del alegato del señor Walker Martínez era que “la ley pareja no es dura”, y si se condenaba a

Paraff y a Rogel, ¿por qué se excluía de la cárcel a todos sus socios? Es decir, a don Miguel Cruchaga y otros caballeros respetables. La vista del fiscal quedó pulverizada, como dijo Walker Martínez, después que el abogado defensor dio lectura a las cartas de Antonio Varas y Aníbal Pinto, sobre el invento del químico alsaciano, cuando éste se hallaba en el cénit de su gloria.

“No estaba yo —expresó Walker Martínez— en el número de los turiferarios que hacían coro al eco inmenso de aplausos que embriagaba a este nuevo César de la ciencia; ni yo para buscarlo entonces dejé el modesto retiro de mis trabajos profesionales; pero me veo a su lado con gusto; porque hago una acción buena, cuando se halla solo, oprimido, insultado ásperamente por los mismos que antes lo elevaban a la condición de un semidios, y desnudo de ese brillo alucinante que dan el oro y los aplausos. Este antecedente abona la verdad de mi palabra”.

El orador forense fue ovacionado, como pocas veces se ha visto en nuestros tribunales, y, desde entonces hasta su muerte, figuró entre los mejores y más brillantes abogados del foro nacional.

En realidad, es indiscutible que Walker Martínez alegó sagazmente, porque tan culpables de la estafa eran su autor Paraff, como los incautos que lo habían secundado; y quienes, como el Presidente Pinto, el ex Presidente Montt, Antonio Varas, y otros, lo aplaudieron.

La Corte modificó la sentencia, con el voto en contra del Ministro Valenzuela, y condenó a Paraff a cinco

años de relegación en Valdivia, y absolvió a Rogel, su cómplice.

Poco después, iniciaron juicios contra el embaucador, algunos de los que salieron chasqueados por la estafa de Paraff, que ocasionó una pérdida de un millón de pesos oro, la cual, como se ha visto, agravó la crisis económica de aquellos días. Entre los demandantes figuraba don Gonzalo Bulnes Pinto, sobrino del Presidente Pinto, quien perdió \$ 45.000 oro de 18 d.

Don Miguel Cruchaga Montt, abogado y economista liberal, de talento y prestigio, fue uno de los que perdieron toda su fortuna. Era el principal accionista de la sociedad formada por el astuto Paraff: su pasión por las minas lo indujeron a invertir en la aventura del alsaciano, toda su cuantiosa fortuna de \$ 240.000 de 1877. Cuando la gente salía a la calle para atajar a los accionistas con el objeto de pedirles que les vendieran la mitad de una acción de las 212 en que se dividía el capital de la empresa, "el único que no vendió ni la más pequeña fracción de su cuota en la fabulosa empresa, fue el socio principal, don Miguel Cruchaga, pues aún no estaba tan seguro del éxito de ésta como para comprometer en ella capitales de terceros. Así también, cuando poco después, se descubrió el pastel, quedó redondamente en la calle, pero nadie pudo acusarlo de haber arrastrado a nadie en su fracaso".

"Miguel Cruchaga era un hombre joven; no tenía aún cuarenta años, pero no pudo reponerse de tamaño golpe. Murió diez años más tarde, abatido y arruinado,

mas sin protestar contra lo que él veía como la voluntad de Dios" (5).

Don César Rossetti recordaba que el gobierno de Pinto dejó escapar al aventurero Alfredo Paraff, en premio por haber descubierto un procedimiento para adaptar la cápsula de un rifle en otro, invento que fue utilizado durante la guerra de 1879. Don Ignacio Domeyko era de la misma opinión del padre de don César Rossetti: la autoridad dejó salir del país al químico nigromántico en recompensa por su descubrimiento.

(5) EL PADRE ALBERTO HURTADO. Alejandro Magnet. Ed. del Pacífico. Santiago. 1954. Pág. 20.

XIII

SALTEOS EN EL BARRIO

EN EL apartado y tranquilo rincón colonial de Yungay, sus moradores vivían atemorizados por las bandas de maleantes nocturnos que recorrían el barrio para asaltar las casas-quintas.

Fueron tantas las acometidas, que la policía guardaba sus precauciones.

El año 1890, vivía en la calle Chacabuco, a pocos metros de la casona de don Eusebio Lillo, la señora Virginia de Hoffmann, y su hija homónima. Ambas se dedicaban a la fabricación de café de higos. Para moler los ingredientes ocupaban a un sujeto de apellido Salas, antiguo empleado de don José Rossetti. Después de algún tiempo, Salas dio aviso de que se retiraba para buscar una ocupación mejor pagada. Los comerciantes pidieron al criado que dejara él mismo un reemplazante. Terminó el mes, llegó el nuevo empleado, y el anterior ocupó el último día en tramar con él el asesinato de las dueñas de casa.

Después de la cena, la madre fue a cerrar la puerta de la calle; y al pretender colocar la barra, fue herida

por el nuevo empleado. De inmediato llamaron a la hija, y, muy cariacontecidos, le dijeron que la señora había sufrido un ataque. Cuando aquella se acercó, con una vela en la mano, para ver a su madre, los facinerosos se lanzaron sobre ella y la asesinaron.

Al día siguiente, los vecinos se dieron cuenta de que no había movimiento en la residencia de la familia Hoffmann. Don Manuel Rodríguez, teniente coronel de Ejército, vecino de la calle Catedral esquina de Chacabuco, se introdujo al patio de la casa del crimen y vio un horrendo cuadro. A la sazón estaba construyéndose la casa de la calle Catedral esquina nororiente de Matucana, propiedad de don David Mac-Iver. Por allí escaparon, en la madrugada, los delincuentes. Un suplentero del barrio avisó a la policía que había visto saltar por los andamios a dos individuos que llevaban un paquete o bolsa, y se alejaron por los potreros de la Quinta Normal.

Los detectives encontraron, pocos días más tarde, a los asesinos, quienes fueron condenados a la pena capital. La sentencia ordenaba ejecutarlos en el sitio mismo del crimen. Una tarde de noviembre de 1890, los reos fueron ajusticiados, junto a la puerta de la casa del crimen. En aquella época había menos burocracia judicial, y los procesos duraban muy poco tiempo.

Don César Rossetti, que me relató este trágico suceso, presencié el fusilamiento, siendo niño de trece años, desde un árbol de la quinta de don Eusebio Lillo.

Gracias a la vigilancia policial, se frustró un salteo, del cual escapó toda la familia Domeyko Alamos. En 1891, después de la lamentable derrota del Presidente Balmaceda, llegó a la solariega mansión de don Casimi-

ro Domeyko Sotomayor, hijo del sabio don Ignacio, un caballero desconocido del dueño de casa y de su familia. Este señor se presentó a "Ñor Ramón", empleado de los Domeyko, como comprador de la histórica propiedad. Don Casimiro salió al encuentro del recién llegado, y le manifestó que la quinta no se vendía; pero le invitó a pasar a su escritorio, y allí el extraño visitante se dio a conocer: "Soy el jefe de la policía secreta —dijo— y para que nadie sospechara me fingí comprador de su casa: vengo a ponerlo sobre aviso de un asalto que tienen en proyecto aquí.

En ese tiempo la persona que deseaba ingresar en la policía secreta, debía denunciar previamente algunos salteos: Un vecino de la calle Cueto, al norte de Santo Domingo, de apellido Rojas, tal vez de profesión zapatero, tuvo conocimiento del salteo y fue a denunciarlo a la Policía de Seguridad. Estos "soplones" eran apodados "bomberos", probablemente porque "echaban al agua" a los salteadores. El jefe rogó al señor Domeyko que facilitara su casa para perpetrar el salteo, con el objeto de prender a los temibles bandoleros. "Esta gente va a llegar —dijo el funcionario policial— en cualquier momento por la calle Cueto. Los asaltantes habían estudiado muy bien el terreno, y no entrarían por el fondo de la quinta, que llegaba entonces hasta la misma plaza Yungay, por temor a los perros bravos, unos mastines alemanes inmensos, pavorosos, cuidadores de la casa. A través del "bombero", agregó el detective, mandaré "comisionados" que vigilen la casa diariamente.

El fin del salteo era robarse la valiosa colección de minerales, dejada por el olvidado sabio don Ignacio Do-

meyko, muerto dos años antes (1889). Los salteadores las tenían por piedras preciosas.

Cierto día los detectives avisaron a don Casimiro, que los bandidos se dejarían caer esa noche. Al frente de la familia Domeyko vivían los Sutil Prieto y los Ossa; y allí se parapetaron los policías civiles a fin de sitiar a los asaltantes y ultimarlos.

En San Pablo esquina de Brasil, se habían apostado "pacos", o guardianes con uniformes azules, montados, para que, cuando sintieran el tiroteo, salieran al encuentro de los bandidos y los mataran.

Por orden del jefe de policía, nadie salió de la casa de los Domeyko aquella noche. Don Luis Alamos Cuadra, hermano de doña Dominga Alamos de Domeyko, esposa de don Casimiro, pernoctó allí, y acompañó a la señora en el comedor. Para adquirir valor rezaron el Rosario. A medianoche, comenzaron a llegar uno a uno, los salteadores, calzados con alpargatas para no hacer ruido. Los "comisionados" o agentes policiales, estaban ocultos en las residencias de los Domeyko, de los Sutil y de los Ossa.

Las señoras de las tres casas estaban atemorizadas.

Los bandidos pretendieron barrenar una de las ventanas, y por ahí querían meter una barreta para palanquearla y penetrar en la casa; la ventana era firme y no cedió a los golpes; el ruido fue grande; sin embargo, los asaltantes hicieron un segundo esfuerzo, más violento que el primero, pero sin resultado.

Los malhechores se desanimaron y quisieron huir, aunque el "bombero" los incitaba a que permanecieran

en sus puestos de combate. No pudieron escapar porque los agentes de policía estaban ocultos y salieron detrás de ellos. A la una de la madrugada, en la calle Cueto, entre Santo Domingo y Rosas, comenzó un tiroteo formidable entre detectives y salteadores. Don Casimiro se entusiasmó, salió a la calle, y persiguió a uno de los asaltantes que corría hacia la calle Rosas; lo vio caer y, en el momento en que se inclinaba para auxiliarlo, el bandido se levantó con el puñal en la mano: en ese momento, un "comisionado" tiró del vestón al señor Domeyko, y ultimó a culatazos al malhechor.

En la refriega hubo seis salteadores muertos; el "bombero" también cayó derribado por una bala. A todos los condujeron en un coche al cuartel de policía: "fueron por lana y salieron trasquilados".

XIV

TERTULIA EN EL ALMACEN DE D. CESAR ROSSETTI

EN EL HISTORICO barrio Yungay, hubo un singular y concurrida tertulia que hizo época: en el almacén de abarrotes de don César Rossetti (1877-1962), ubicado primero en la calle García Reyes esquina norponiente de la calle Catedral (1894-1914); y, después en esta última esquina de Libertad (1914-1962), se reunieron, durante largos años, los vecinos más connotados de la localidad.

Cuando fui nombrado cura de San Saturnino, el 1º de noviembre de 1957, don César Rossetti era el más antiguo de los parroquianos. Su padre, el italiano don José Rossetti, al llegar a Chile se dedicó a la industria naviera, por lo cual hacía continuos viajes a Corral, Callao y Guayaquil. La esposa de don José quiso conocer Lima, y en aguas peruanas, en un barco italiano, nació César, quien fue llevado a la ciudad de los virreyes. La familia regresó a Chile el mismo año.

La memoria prodigiosa de don César Rossetti era un verdadero archivo, que guardaba con fidelidad los más hermosos recuerdos de Yungay desde 1882, cuando él frisaba en los cinco años.

El viejo vecino, no sólo recordaba exactamente los

hechos de los cuales fue actor, sino también aquéllos que le transmitió su padre. El antiguo comerciante del barrio, era un varón sencillo, humilde, recto, cristiano viejo y desinteresado. Poseía una vasta cultura, hablaba varios idiomas; y, en su juventud, estudió leyes en calidad de oyente. En la Universidad, fue compañero de don Galvarino Gallardo Nieto. A su negocio vetusto y ruinoso de los postreros años de su vida, acudían pobres y ricos, gente culta y basta; pero él no hacía distinciones: a todos atendía con igual bondad y gentileza. Tras el mostrador, vestido con modestia, y siempre risueño, mostrando el único colmillo que le quedaba, escondía humildemente su recia cultura humanística, ennoblecida por una gran simpatía y sencillez. Quien lo veía, atendiendo su negocio, no sospechaba la reciedumbre de su polifacético saber, ocultado bajo la pobre indumentaria del hombre de trabajo, de cuerpo diminuto, rostro enrojecido, pequeños ojos azules adormilados, de temperamento alegre y bonachón.

El carácter afable de don César y la generosa hospitalidad brindada por él a sus huéspedes, justificaba el hecho, poco común, de que su almacén fuera, en los buenos tiempos (1894-1925), el centro de una animada tertulia que hizo época en Santiago.

Alrededor de las nueve de la noche, comenzaban a llegar al negocio los contertulios: se reunían allí, hasta las dos o tres de la madrugada, parroquianos de las más diversas profesiones e ideologías: don Eusebio Lillo Robles, que era el más anciano de los asistentes; los coroneles Estanislao del Canto, Luis Solo de Zaldívar y Ricardo Castro; los generales Rafael Soto Aguilar y Diego

Dublé Almeida; los escritores Alfredo Irarrázaval Zañartu, Paulino y José Alfonso y Juan Agustín Barriga, el más ático de nuestros oradores académicos y parlamentarios, que frecuentaba diariamente el barrio; don Patricio Larraín Alcalde y don Malaquías Concha; el violinista colombiano Manuel Arias, que vivía en Catedral esquina de Libertad; don José María Solano, escritor del mismo país, quien venía a Yungay, desde otro punto de la capital; y los cultos hijos de Italia, Enrique Piccioni y Aníbal Visconti, ambos hacían giras para divulgar la filosofía positivista.

Don César dejaba la atención del negocio a un hermano, y, como dueño de casa, presidía la tertulia. Los concurrentes se sentaban en duros cajones vacíos, y todos se sentían a sus anchas, cómodamente, como en los sillones más confortables.

Tanto a don Eusebio Lillo como a don Paulino Alfonso, les disgustaba la reunión a puertas abiertas, o con muchas personas. El autor de la Canción Nacional, decía al anfitrión: "cierre la puerta, don César, eche a la gente para afuera". En aquel tiempo la población de Santiago, no era mucha: en una cuadra vivían cuatro familias, máxime en los barrios nuevos, donde abundaban las quintas. Sus moradores se recogían al anochecer: a las nueve ya nadie transitaba por la calle y los negocios estaban desiertos.

Entre los años de 1894 y 1900, la conversación giraba en torno de la inútil Revolución de 1891: entonces estaba vivo el recuerdo de la sangrienta y enconada guerra fratricida, que creó nuevos problemas, sin solucionar ninguno de los que causaron la Revolución, excepto la liber-

tad electoral, para cuyo establecimiento no era necesario desencadenar un conflicto armado, porque ella se habría impuesto de todas maneras. Los contertulios militaban en distintos campos políticos y discutían con animosidad; mutuamente se recriminaban: Lillo se había mantenido neutral en la lucha. La madre de sus hijos, la señora Mercedes Luco Herrera, era parienta cercana de doña Emilia Toro Herrera, esposa del mandatario sacrificado. El coronel Del Canto, revolucionario intransigente; Juan Agustín Barriga, de los más temibles diputados opositores, hasta el último fue enemigo de la amnistía a los balmacedistas, otorgada por el Congreso. Alfredo Irrázaval Zañartu tenía, como toda la gente de su raza, aversión a Balmaceda, y Malaquías Concha, ferviente admirador del desafortunado estadista. Aquel representaba a la fronda aristocrática que precipitó al país a la torpe aventura de la guerra entre hermanos, y el otro al pueblo admirador del Presidente constitucional. Ambos jóvenes cambiaban frases picantes, en las cuales se distinguía Irrázaval, cuya ironía punzante y sangrienta es bien conocida en las letras y en la política chilenas.

El general Diego Dublé Almeida, y el coronel Luis Solo de Zaldívar, detestaban al coronel Del Canto, antipatía que era recíproca. Si el veterano de 1879 y ex jefe del Ejército congresista llegaba al almacén, y encontraba allí a sus compañeros de armas, se iba "por no patearlos". Del Canto era "amatonado", decía don César, y Dublé, muy fino, "de tinte aristocrático", gentil, y su conversación estaba salpicada de datos y anécdotas.

Don César Rossetti se había identificado tanto con Yungay, que en la época de su repentino fallecimiento,

era su vecino más antiguo y caracterizado. Aunque nunca perdió la nacionalidad italiana, y los peruanos le consideraban compatriota, tuvo por Chile un amor sincero y profundo.

Pocos meses antes de morir, el señor Rossetti me entregó un borrador, escrito de su puño y letra, en el cual anotó brevemente los últimos recuerdos del barrio, en especial acerca de la primitiva fiesta del Roto Chileno, a la que él asistió desde 1888, hasta la de 1962. De ella se hablará en el próximo capítulo de este libro.

Mi antiguo parroquiano y recordado amigo, inicia esas reminiscencias con romántica nostalgia: "¡Qué tiempos aquéllos! Bajaremos a la tumba recordándolos, y llevaremos en la retina de nuestros ojos, la visión de haber vivido una época feliz y llena de encantos, que por desgracia no veremos más".

X V

FIESTA DEL ROTO CHILENO: 20 DE ENERO

DURANTE todo el año, la vida del barrio Yungay, desde su fundación hasta nuestros días, transcurre en su tradicional quietud provinciana. Sólo se altera el 20 de enero, aniversario de la batalla de Yungay. En esa ocasión, primero en la avenida Portales, entre las calles Cueto y Sotomayor, y, desde 1889, en la Plaza de Yungay, se celebraba la típica fiesta.

Hasta la inauguración de la estatua (1888), que posteriormente se denominó del Roto Chileno, la misa era celebrada en el templo parroquial de San Saturnino. Desde esa fecha hasta ahora, se efectúa en la plaza, en presencia de las autoridades de la provincia y de la guarnición militar, como cuando se hacía en la iglesia. La Misa la oficiaba, invariablemente, el párroco hasta 1966, quien pronunciaba una alocución patriótica alusiva al triunfo de las armas chilenas en Yungay.

Hasta el 20 de enero de 1888, la fiesta se realizó en la vieja cancha de carreras, existente en el costado norte de la actual avenida Portales, entre las calles Cueto y Sotomayor: el sitio se cerraba con un cerco de tablas, y en el interior se instalaban las fondas y otras diversiones

populares. Los negocios eran adornados con papeles de colores y faroles chinoscos, y, durante la noche, reinaba una alegría muy criolla. Allí se vendía el rico y "cabezón" ponche en leche. Los asistentes bebían, bailaban y cantaban sin control. Sorpresivamente se interrumpía la algarazara: se escuchaban los gritos lastimeros de algún herido, acribillado por el cuchillo belduque del desalmado que se aprovechaba de la fiesta para "hacer de las suyas". La jarana se reanudaba con mayor entusiasmo cuando aparecía "el paco de punto". Con un buen vaso de ponche compraban al paco azul de largos bigotes; y allí "no había pasado nada".

En la parte exterior del cercado, se colocaban grandes carretas tiradas por bueyes, llenas de exquisitas frutas nacionales. En árguenas de cuero, se veían los amarillos nísperos, vendidos a quince cobres el ciento; las rosadas frutillas de Renca a veinte cobres la docena; los plátanos de Lima, costaban cinco centavos cada uno, y tampoco faltaban las rojas y jugosas sandías de Nos.

Desde el 20 de enero de 1889, después de la inauguración de la estatua, en la antigua Plaza Portales, más tarde Yungay, la fiesta se realiza en este paseo alrededor del monumento de Virginio Arias.

En la mañana, el párroco, hasta 1966, y desde entonces un capellán militar, celebra la Misa de campaña, en presencia del intendente, del alcalde, de las Fuerzas Armadas, y de un escaso público, si el 20 de enero no cae en día domingo. La Municipalidad coloca el tradicional "palo encebado" con premio para el muchacho que llegue a la cumbre. En la tarde, ofrece al pueblo diversos

espectáculos, y el paseo se ve animado por una compacta muchedumbre que baila y canta, poseída de inusitado entusiasmo. Hasta hace unos diez años, se vendían empanadas, vino, bebiças, ponche, frutas, dulces y otros comestibles; pero después, sólo se venden bebidas, dulces y otras golosinas.

Actualmente la fiesta se realiza sin carretas, ni “pacos azules”, ni “caldúas”, ni vino; pero con camiones cargados de bebidas gaseosas, y bajo la vigilancia del abnegado Cuerpo de Carabineros que siempre, como en todas las cosas, se lleva la peor parte.

En los siete años que presencié la celebración del 20 de enero, a pesar de la falta de bebidas alcohólicas y causeos, nunca mermó el entusiasmo, y pude admirar la cultura de nuestro pueblo, durante el día y la noche, jamás vi el menor desorden. Lo único que lamenté y sigo deplorando es el triste estado en que quedan los hermosos y bien cuidados jardines del histórico paseo.

La gente, en su mayoría forastera, abandona la plaza en la madrugada. En la mañana del 21 de enero, el séibo de flores encarnadas, los aromáticos magnolios y demás árboles están mustios y melancólicos; los prados y jardines pisoteados. En fin, la exuberante plaza, gime pidiendo el agua reconfortante y la mano del jardinero que le devuelvan la vida. Son las huellas del Roto Chileno que ha celebrado su fiesta tradicional.

XVI

VECINOS DEL BARRIO YUNGAY

CON EL AUMENTO de población, el barrio Yungay entre los años de 1870 y 1930, se llenó de gente ilustre. En este penúltimo capítulo, recordaré a algunos de sus más célebres moradores y en el último a las familias que formaron la vecindad, cuyos apellidos vienen a la memoria del cronista, sin ánimo de selección ni tampoco, por cierto, con afán de hacer una guía telefónica.

DON IGNACIO DOMEYKO (1802-1889)

Uno de los vecinos más caracterizados fue el sabio polaco Ignacio Domeyko Ancuta (1802-1889), hijo de Hipólito Domeyko y de Karolina Ancuta. Sus antepasados, de la nobleza polaca, eran dueños de extensos dominios cerca de Wilna de Lituania, que la familia conservó hasta 1939, y donde nació también el poeta Mickiewicz.

Las armas de la familia Domeyko-Kontrym, de la casa Dangel, "colocadas bajo cimera, son tres plumas de avestruz, de plata, banda de gules cargada de dos hojas de vid, de sinople perfiladas de oro; sobre él una corona con tres hojas de trébol y dos perlas, que es de señor en Polonia" (1).

(1) Noticias tomadas de un estudio de don Raúl Vial.

Ignacio nació en la época de la ocupación rusa; y en 1817, a los 15 años, se incorporó como alumno en la Universidad de Wilna, su tierra natal, famosa en Europa.

El adolescente tenía una figura de príncipe, aunque no era alto: apostura elegante, ojos azules y buenas facciones. El mismo año de su entrada al plantel superior formó parte de la numerosa y recién organizada institución LOS FILOMATES y FILARETES. Allí fueron sus compañeros muchos jóvenes que más tarde se destacaron en Polonia: Michiewicz y Tomás Zan, el filósofo, entre otros. La sociedad era apolítica; sin embargo, sus miembros actuaban secretamente por lo cual los rusos los motejaban de revolucionarios; la misma cantilena de todos los tiempos: los gobiernos culpan de alborotadores a quienes les hacen oposición.

Domeyko era alumno distinguido de astronomía, álgebra, química y física, y el rector, el sabio Juan Snia-decki, lo distinguía especialmente.

Novosiloff, el ruso gobernador de Wilna, encarceló, en 1820, a numerosos jóvenes, entre los cuales se contaban Domeyko y su amigo Mickiewicz. Veinte estudiantes fueron detenidos por el zar moscovita. La familia del futuro sabio, logró librarlo del exilio, con tal que permaneciera en su pueblo natal, ajeno a las actividades públicas, y sometido a la vigilancia policial.

En seguida el joven Domeyko se radicó en los dominios de su tío y homónimo, en Lituania, donde se entregó al cultivo del agro y a los estudios de su predilección; alternaba en las honestas diversiones propias de la juventud: representaciones teatrales, fiestas sociales y otros pasatiempos semejantes. Los quehaceres y entretenimientos hacían más llevadera la nostalgia de su patria.

El ideal de todos los polacos era y es sacar a ese país del permanente cautiverio ruso: el general Klapowski comandaba las fuerzas de la revolución libertadora de mayo de 1830, e Ignacio Domeyko dejó a los suyos para ir a servir de ayudante al jefe de las fuerzas. En las primeras acciones bélicas, ganaron los polacos; más el 26 de mayo de 1830, fueron derrotados en la batalla de Ostrolenka, y Rusia gobernó a la sufrida Polonia con todo el rigor de quienes se ensañan contra un territorio conquistado. Los polacos huyeron ante la sádica persecución. Domeyko y sus amigos emigraron primero a Dresde y después a París, en agosto de 1832.

En la capital francesa asistió a los cursos públicos en Thenard, Dumas, Beaumont, Dulong, Pouillet y Bendant. Escribió un ensayo sobre LA EMIGRACION DE LOS ALEMANES A RUSIA, en el cual alude sarcásticamente a lo acontecido en Sax, con cuyo gobierno los rusos entraron en negociaciones diplomáticas para que abandonara la ciudad el escogido grupo de políticos allí refugiados. Estudió en la Escuela de Minas de París, y en 1837 obtuvo el título de ingeniero de minas, después de dar testimonio de su preparación en excelentes pruebas. En seguida sus maestros lo recomendaron a los señores Koechlin, de Alsacia, con el objeto de que estudiara las minas de hierro de Bboune Fontaine. Pero Polonia era la gran preocupación de Domeyko.

A fines de 1837, Domeyko aceptó el ofrecimiento que le hizo Carlos Lambert en nombre del gobierno chileno, para venir a enseñar química y mineralogía en el liceo de La Serena. El mozo amaba su vocación de maestro, creía que en ninguna otra podía realizarse mejor un hombre de estudio con cualidades externas para la do-

cencia; además tenía grande interés en conocer la cordillera de los Andes, que estimaba una de las maravillas del mundo.

Hecho el contrato, con los ojos empañados por las lágrimas nostálgicas de su amada y lejana Polonia, el sabio se embarcó para Chile el 2 de febrero de 1833 en Boulogne, de Francia. Pero antes, el hombre generoso, con los tres mil pesos oro que le entregó Lambert, adquirió los útiles necesarios para instalar un laboratorio de física y química; y libros y muestras de minerales. Arribó a Buenos Aires en marzo de 1833, y después, tras una larga y dura travesía a lomo de mula, bajo la espesa nieve y el intenso frío, llegó muy pobre a Coquimbo, en julio de 1833. La Serena lo recibió con un fuerte temblor, de éstos que nuestra tierra ofrece continuamente para espanto de los extranjeros que la visitan.

Dejó la cabalgadura, sobre la cual atravesó la ansiada montaña andina, en La Serena, la bella, recogida y aristocrática ciudad, adornada por los fragantes chirimoyos, papayos y claveles, y allí comenzó Domeyko su magisterio en el liceo, creado por O'Higgins en 1821.

Pero en un país donde los hombres nacían guerreros y mineros, y la aristocracia, dueña del gobierno de la República, sólo fomentaba la vocación para las carreras liberales, el profesor polaco de mineralogía y química fue mirado con cierto desdén por los marianos: el Ministro Egaña y el intendente Edwards (2).

A una voz se preguntaron ambos magnates: ¿a qué venían a enseñar mineralogía a Chile? Para ser mineros los chilenos no necesitaban lecciones. El sabio po-

(2) Mariano Edwards, Intendente de Coquimbo.

laco tuvo grandes dificultades al comienzo de su labor; pero él no se desanimó: continuó impertérrito y sereno su tarea, y al fin triunfó. Los ministros de Instrucción, más visionarios e inteligentes que Egaña, daban cuenta en sus memorias anuales de los progresos impulsados por el maestro. En 1840, el nuevo intendente Juan Melgarejo, escribía al Ministro Manuel Montt acerca de los "méritos y servicios del profesor don Ignacio Domeyko, que, promoviendo con tanto celo los conocimientos que interesan más de cerca a la prosperidad pública, se ha hecho acreedor a una especial distinción del gobierno". Desde entonces el Ministro Montt y el sabio polaco fueron muy amigos.

Domeyko añoraba a su amada Polonia, sufría con las noticias de las prisiones en masa de tantos compatriotas suyos, y de los trabajos forzados a que otros eran sometidos en Siberia.

"EL ARAUCANO" publicó en 1840 la primera Memoria en la cual el profesor polaco daba cuenta de su labor en el magisterio.

Cuando el correo le traía cartas y noticias de Polonia, se encerraba a leerlas para que nadie le viera padecer por la patria lejana, tan cruelmente martirizada. Con paciencia ponía su esperanza en Dios, a quien suplicaba la libertad de su tierra.

Sin embargo, no perdía el tiempo en lamentaciones inútiles: en 1841 escribió un largo y concienzudo trabajo sobre "El modo más conveniente de reformar la enseñanza secundaria". El Ministro Montt invitó a Domeyko a conferenciar con él, en Santiago. En 1843 conversaron largamente y el sabio le expuso con claridad el plan ya conocido por Montt. El estudioso y culto polaco había

podido comprobar, desde su llegada al país, el incipiente estado en que se encontraba la educación nacional.

Amanda Labarca, en la HISTORIA DE LA ENSEÑANZA EN CHILE (3), dice: que Domeyko "Precisaba los conceptos sobre los tres grados diferentes de la enseñanza; dio a conocer los adelantos europeos sobre la materia, y al análisis acompañaba un plan de mejoramiento que llamó tanto la atención de las autoridades, que le dieron los honores de la publicidad en los N.os 26 y 27 de EL SEMANARIO, correspondientes a diciembre del 42 y enero del 43".

"Domeyko trazaba un plan de humanidades en que, junto al latín, la gramática y la filosofía, únicas disciplinas obligatorias entonces para el aspirante a estudios superiores, se incluían las ciencias y los idiomas vivos".

"El rector, don Antonio Varas, aprobándola con algunas reservas y modificaciones, le dio su venia para convertirlo en decreto supremo de 25 de febrero de 1843. No era sencilla la tarea de implantarlo, por que aún faltaban en Chile maestros idóneos. Varas como rector, y Montt como Ministro del ramo, empeñáronse de todos modos por realizarlo, a la medida y al paso de las circunstancias".

José Victorino Lastarria, en sus sectarios y egolátricos RECUERDOS LITERARIOS, por cuyas páginas desfilan los nombres de casi todos los extranjeros que de uno u otro modo contribuyeron en Chile al progreso de las letras y de las ciencias, entre los años de 1837 y 1877, ignora total y absolutamente al católico Ignacio Domey-

(3) HISTORIA DE LA ENSEÑANZA EN CHILE. Publicación de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. Imp. Universitaria. 1939. (Págs. 117-118).

ko; sin embargo, hace mención del decreto del 25 de febrero, por cierto sin mencionar a su inspirador, y dice: "En ese año, el Instituto organizó de nuevo la instrucción elemental o preparatoria de las profesiones científicas, según el decreto de 25 de febrero, que prescribía que en los seis años del curso se estudiaran, por el orden que establecía, los ramos siguientes: 1º lenguas, latina, castellana, inglesa y francesa; 2º, dibujo; 3º, aritmética, álgebra, geometría y trigonometría; 4º, religión; 5º, cosmografía, geografía e historia; 6º, elementos de historia natural, física y química; 7º, retórica y 8º, filosofía, estableciendo además una academia de ejercicios literarios para los alumnos del sexto año, que debían cursar literatura latina con ejercicios por escrito, filosofía mental y moral, e historia de América y en especial de Chile". Renglones más adelante, escribe que el plan "estaba destinado no sólo a preparar de un modo conveniente a los que se consagraban a estudios superiores, sino principalmente a dar a los que no siguieran profesiones científicas, una instrucción más extensa y práctica que la que antes recibían, dedicando seis años, por el plan de 1832, al estudio del latín, del español, del francés y de la geografía".

Finalmente dice que el plan sólo se aplicó bien "al principio" y más tarde se dio "un desarrollo latísimo a los estudios de memoria, principalmente en historia, y de convertir los científicos en el aprendizaje de vastas teorías sin aplicación; de modo que en el día ha fracasado aquella importante innovación de 1843, y la instrucción que se adquiere en el curso preparatorio casi no prepara para nada, ni al que se dedica a una profesión científica, ni al ciudadano que limita su instrucción a las humani-

dades, creyendo que con ella se habilita para vivir en la sociedad moderna" (4).

Antonio Varas expresa que Domeyko "no ha podido mirar con indiferencia los vicios de nuestro sistema de enseñanza, y ha querido llamar la atención hacia ellos de la autoridad suprema, indicando los medios de conseguirlos, con un celo e interés que no siempre encontramos en los que tienen con Chile las relaciones que nos ligan al señor Domeyko".

Por esa misma época, el Gobierno editó cuatro textos de estudio, escritos por el reformador de los cursos secundarios: de mineralogía, geología y geometría subterránea".

Con todos sus defectos, en la aplicación práctica, el nuevo plan, contribuyó en forma decisiva al incremento y prestigio de las carreras científicas que tanto auge adquirieron en Chile, a partir de la reforma de Domeyko. Como es natural, ella fue el punto de partida de todas las innovaciones hechas en los estudios secundarios durante los siglos XIX y XX.

Durante los períodos de las vacaciones del verano, el profesor del liceo de La Serena, hacía viajes de estudio, al norte y sur del país, sólo o con algún alumno. En 1845, acompañado de su discípulo Miguel Munizaga visitó el territorio Araucano. A raíz de esta excursión publicó la ARAUCANIA Y SUS HABITANTES, obra desconocida por los chilenos, pero muy elogiada por Andrés Bello: el rector de la Universidad de Chile manifestó que en estas páginas, su autor armonizaba las cualidades

(4) RECUERDOS LITERARIOS. 2ª Ed. Santiago de Chile. 1885. Págs. 222-224.

del sabio y del hombre de letras. El libro fue traducido al alemán y al polaco y de él se hicieron varias ediciones.

Cuando conocí esta obra, jamás la había oído mencionar. Su lectura fue para mí una revelación del eximio araucanista y hombre de letras. En 121 páginas evoca algunos recuerdos del viaje a las provincias sureñas. El libro fue publicado el mismo año de 1845, por la Imprenta Chilena, en rica cartulina.

Domeyko se refiere a la situación de los indios araucanos y a su porvenir.

ARAUCANIA Y SUS HABITANTES tiene prólogo del mismo autor y tres partes. Manifiesta sincera admiración y cariñoso respeto por los naturales, “descendientes de los Lautaros, Colocolos, Caupolicanes, que han logrado llenar de admiración al poeta e imponer respeto a los valientes” (pág. 2).

En la primera parte estudia la situación física y la naturaleza de las provincias ocupadas por “la fornida raza”; en la segunda se ocupa del estado moral en que se encontraban a la sazón (1845) los araucanos; y en la tercera se refiere a las causas que, hasta entonces, se oponían a la civilización de los naturales, y propone diversos y oportunos medios para reducirlos pacíficamente.

Abundan en la obra bellas descripciones de nuestros paisajes sureños. Retrata a Penco, por ejemplo, con el estilo sencillo del verdadero escritor: “En la orilla de esta última bahía (Talcahuano) yace en sus ruinas el infortunado Penco, orgullo de los pasados conquistadores, la cuna primera del cristianismo en el sur de Chile. Un pequeño fuerte con su león y castillo baten todavía en vano las desenfrenadas olas, y unas pocas familias de pescadores levantan allí sus chozas en medio de los es-

combros de los antiguos templos y cuarteles, mientras la capital, heredera de aquel pueblo, renace por segunda vez en su movedizo suelo, relegada a vivir a tres leguas de la bahía”.

Para conservar el recuerdo de las bellezas naturales del sur, de sus habitantes indígenas y de sus costumbres, dibujó al lápiz y pintó acuarelas con la mano fina y segura del artista, dotado de grande y agudo espíritu de observación.

Al hablar del estado moral, de los usos y costumbres de los araucanos, cita con frecuencia al único historiador que hasta entonces había estudiado, aunque muy sumariamente, a ese pueblo, el abate Juan Ignacio Molina en su HISTORIA CIVIL DE CHILE (SAGGIO STORIA CIVILE DE CILE).

Piensa Domeyko que los indígenas creían y siempre creyeron en Dios “creador de todo el mundo y en la inmortalidad del alma: por lo mismo que son hombres, siempre han tenido la seguridad que nosotros, pero no el mismo conocimiento. Por esta falta de conocimiento, admitiendo ellos dos principios, el Ente bueno y el Ente malo, consideran todo bueno en poder del primero, como todo lo malo del poder del otro” (págs. 45 y 46). En este punto, concuerda con el abate Molina. Asegura que los indios en 1845 eran como los retrató el capitán-poeta en LA ARAUCANA.

“Ágiles, desenvueltos, alentados
Animosos, valientes, atrevidos.
Duros en el trabajo, sufridores
de fríos mortales, hambres y calores”.

Cuando estudia las causas que impedían la civilización de los naturales, cree que la principal fue el abandono en que los tuvieron, el Gobierno y las autoridades. En seguida, para reducir y civilizar a los aborígenes, propone la educación moral y religiosa: "Allí está —dice en la última página— el hermoso campo en que ejercitará sus virtudes y religioso celo el sacerdote chileno; allí tendrán el hombre de Estado, el más noble objeto para sus meditaciones y desvelos, el soldado ocasiones bellas para ensayar su valor cívico y su patriotismo y la juventud chilena un espacio inmenso para sus más nobles aspiraciones" (pág. 121).

El espíritu del dominico obispo de Chiapa, Bartolomé de las Casas, y del jesuita Luis de Valdivia, hablaron, después de tres siglos, por los cristianos labios de Ignacio Domeyko.

En una nota de la página 114, el autor recomienda al celo del Supremo Gobierno, el proyecto del "señor Filipi", por el cual se traería de la parte católica de Alemania, unas doscientas familias para establecerlas en el sur. Este señor "Filipi", cuyo apellido castellanizó Domeyko, es Bernardo Philippi Krumurede, hermano del sabio Rodolfo Amando, quien vino a Chile por iniciativa de don Bernardo. El deseo del explorador berlinés no se realizó porque los obispos de Munster y Paderborn prohibieron a sus feligreses emigrar a nuestro país; los colonos que vinieron después fueron casi todos protestantes.

Dos hermosos mapas del territorio araucano completan el volumen. Los dibujos y acuarelas no fueron incluidos; están aún inéditos, en poder de don Casimiro Domeyko Alamos.

Cuando Domeyko escribió ARAUCANIA Y SUS HA-

BITANTES, nadie, fuera del abate Molina, lo había hecho antes. José Toribio Medina, Ricardo E. Latcham y Tomás Guevara, historiadores de los araucanos, ni siquiera habían nacido. La obra del sabio polaco, escrita con amenidad y auténtico patriotismo, sin pretensiones literarias, posee además de sus muchos méritos, el muy valioso de ser la primera que se refiere únicamente a la vida de los indígenas sureños. Es un estudio histórico y científico, casi inédito, que ningún chileno debiera ignorar. La edición única se agotó hace más de un siglo. No les falta razón a los que se quejan del famoso "pago de Chile"; todavía es tiempo de reparar tamaña ingratitud. El Gobierno está obligado a publicar las obras completas de Domeyko e incluir en ellas sus memorias y los dibujos y pinturas a las cuales hice referencia. Las pocas páginas traducidas del polaco al castellano, demuestran que su autor no sólo era sabio sino también hombre de letras, cuyo estilo es tan bello y castizo como el del mejor maestro de nuestro idioma.

Sobre ARAUCANIA Y SUS HABITANTES, Arturo Aldunate Phillips, autoridad en la materia, emite un juicio muy elogioso: "es la demostración de su amplísima personalidad, mezcla de sensibilidad poética y de devoción científica; y así cada día sorprendía a sus amigos y colegas con una nueva curiosidad o un nuevo problema incorporado a sus preocupaciones" (5).

Con el objeto de mantener el fuego de los hornos en las minas, para los cuales se aprovechaba la vegetación de las provincias del norte, Domeyko, justamente alar-

(5) Discurso pronunciado en el homenaje en la Universidad de Chile. 1952.



E. FONTGILLA L.

La casa de Domeyko



mado, ante el peligro de que allí cambiara el clima por falta de árboles, utilizó el carbón de piedra.

Ya la fama del polaco chileno había llegado a Europa: las revistas científicas y literarias, como la de DEUX MONDES, le designaban con el título de "El sabio Profesor de Coquimbo".

En 1846, Domeyko, después de entregar sus clases a dos de sus mejores alumnos, llamado por el Gobierno, se trasladó a la capital de Chile, donde fijó su residencia.

Toda la población de La Serena deploró la partida del joven profesor, y hasta ahora su nombre es recordado allí con veneración. Una calle se llama Ignacio Domeyko.

Santiago, en aquella época, era una aldea grande, que se estaba urbanizando.

El maestro polaco adquirió, dos años más tarde, una quinta en el nuevo barrio Yungay. La compró al francés Eugenio Molou, que huía de la policía francesa por haber robado joyas a la actriz Marce. Pagó por la propiedad "tres mil pesos en plata y onzas de oro sellado moneda corriente", según dice la escritura, firmada ante el escribano público Juan Nicolás Silva el 9 de febrero de 1848. Está ubicada en la calle Cueto, antes N° 55, ahora 572, al llegar a Santo Domingo. Esta es la "hermosa casita de campo, rodeada de jardines" de que hablaba el sabio en una carta a sus parientes de la amada Polonia.

La quinta está actualmente dividida: el área ocupada por el ilustre polaco no ha cambiado substancialmente; un parte estaba edificada, la otra interior la construyó el mismo don Ignacio, poco después de adquirirla; en nuestros días (1972) la ocupa la viuda de su nieto don Casimiro Domeyko Alamos. La otra ala de la casa, la más vieja, después de muerto don Ignacio Domeyko, fue mo-

rada del Pbro. Hernán Domeyko Sotomayor, hijo del sabio. Desde el fallecimiento de este sacerdote, es dueño de ella don Ciro Salazar Monroy, integérrimo ex Ministro de la Corte Suprema de Justicia, marido de la señora Ana Domeyko Alamos, única nieta de don Ignacio. Ellos la hicieron demoler, y el arquitecto don Mario Valdivieso Bañados les construyó (1935) una nueva, donde hoy viven.

En Santiago, Domeyko integró el grupo de los extranjeros que prestaban sus servicios a la incipiente República: Andrés Bello, Andrés Gorbea y Juan Mauricio Rugendas, a los cuales se sumaron después Claudio Gay, Carlos Guillermo Moesta, Juan Stevenson, Gabriel Ocampo, Amado Pissis, Guillermo Blest, Lorenzo Sazié, Rodolfo Amando Philippi y Raimundo Monvoisin, a quienes tanto deben las letras, las artes y las ciencias de nuestro país.

El polaco escribió artículos en EL ARAUCANO, EL SEMANARIO, LA REVISTA DE VALPARAISO, EL MUSEO DE AMBAS AMÉRICAS, EL PROGRESO, EL CREPUSCULO y LA REVISTA DE SANTIAGO.

El Presidente Bulnes hizo entrega a Domeyko de la suma de dos mil pesos, para compensarle los gastos hechos en las numerosas investigaciones científicas encomendadas por el Gobierno. En aquella época el profesor exiliado disponía sólo de los cincuenta pesos mensuales que ganaba como secretario de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, cargo para el cual fue elegido el 28 de junio de 1843.

En la capital, Domeyko fue acogido cordialmente en los círculos científicos, literarios y sociales, en los cuales ya era conocido y estimado.

Durante los viajes a través del territorio nacional, había estudiado las aguas termales de Apoquindo, Cauquenes, Tinguiririca, Chillán, Panimávida y Catillo, en las cuales descubrió maravillosos secretos medicinales. Estudió también las aguas que bebían los santiaguinos.

Vacante la clase de mineralogía en el Instituto Nacional, el Gobierno designó para regirla al creador de estos estudios en Chile. Al inaugurar la cátedra, atraídos por la fama del maestro, estuvieron presentes y le escucharon embelesados: Andrés Bello, Francisco de Borja Solar, rector del Instituto Nacional, Andrés Gorbea, decano de la Facultad de Matemáticas, y algunos representantes del Gobierno.

En los diarios de la época, Bello, Juan Nepomuceno Espejo y José Victorino Lastarria, comentaron elogiosamente la primera clase de Domeyko, y elogiaron sus condiciones de hombre de ciencia y la "dicción sencilla, fresca y al mismo tiempo enérgica que caracterizan su estilo". José Victorino Lastarria, quien, como Espejo, no era católico militante, atribuyó, con justicia a Domeyko "la gloria de haber fundado en Chile de una manera formal y estable el estudio de las ciencias. Antes de él, el plan de estudios científicos carecía de esas ramas, cuyo cultivo va a dar al país un provecho incalculable".

Organizó el gabinete de mineralogía en el Instituto Nacional, y en su casa de la calle Cueto poseía una valiosa colección de minerales que actualmente se guarda, como preciada joya, en la Escuela de Minas de La Serena. Inició, además, otras colecciones: las existentes en la Quinta Normal y en la Universidad de Chile.

El tiempo pasaba, pero el patriota polaco vivía preocupado por la suerte de su tierra; "golpeaba —como él

decía— las duras piedras de la cordillera para apagar con su ruido los ecos del dolor que sufría por las desgracias de su patria”.

Entretanto, nuestra joven República debía a Domeyko la modernización de la enseñanza oficial de humanidades, y las investigaciones en la naturaleza física y mineral, y ya era tiempo de tributarle un homenaje de reconocimiento: el Gobierno, por decreto del Presidente Bulnes y del Ministro Manuel Camilo Vial, le otorgó la carta de ciudadanía chilena, sin perder la polaca, el 28 de octubre de 1848.

En 1847 fue designado miembro conciliario del Consejo de la Universidad. Dos años más tarde, después de organizar la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de nuestro Instituto Superior Universitario, fue elegido primer decano.

El 5 de julio de 1850 contrajo matrimonio con doña Enriqueta Sotomayor Guzmán, joven de 15 años, y en opinión de su marido, “hermosa, buena como un ángel, que correspondió ‘a mi amor y se decidió a compartir mi buena o mala suerte’”. Enriqueta era hija de Juan de la Cruz Sotomayor Fontecilla, uno de los fundadores del barrio y de doña Gertrudis Guzmán y Avaria, quienes contrajeron matrimonio el 15 de septiembre de 1830. El matrimonio Sotomayor-Guzmán vivía en la calle Catedral entre Esperanza y Maipú. Cuando contrajo nupcias, Domeyko ya era un hombre de 48 años y muy connotado, porque lo casó nada menos que el propio Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso (6).

(6) Juan de la Cruz Sotomayor Fontecilla, según el genealogista Raúl Díaz Vial, es descendiente de Baltazar Sotomayor y Bermúdez, fundador del linaje, nacido en

El sabio vivía feliz con su esposa, en espera de los tres hijos: Ana, Hernán y Casimiro, que llegaron, uno tras otro, entre los años de 1851 y 1863, fecha esta última del prematuro fallecimiento de su mujer, en la flor de la edad: "yo gozo de excelente salud; escribía a sus parientes de la invadida Polonia, y no tengo motivos para sentir mi situación. No pudiendo estar junto a ti, prefiero vivir a tres mil leguas, antes que vivir en la frontera de mi patria; de nada carezco aunque no soy rico, ni deseo serlo".

Pontevedra (Galicia), c. en 1673, en Chile con Agustina Pérez de Valenzuela y Vásquez de Arenas. Otro genealogista, Guillermo Cuadra Gormaz, al referirse a Juan de la Cruz Sotomayor Fontecilla, dice: "Añadiremos que se decía sobrino de don Lucas, don Juan de la Cruz Sotomayor, que tuvo descendencia en doña Gertrudis Guzmán y Avaria, con quien celebró nupcias en 1830". Gertrudis Guzmán Avaria, era hija de Juan Enrique Núñez de Guzmán González de la Sierra e Ibáñez, teniente coronel de la Independencia, y de Rosario Avaria y Ortiz de Zárate. Rosario era hermana de Manuel José, c. c. Petronila Maturana y Feliú (padres de los Avaria Maturana, c. c. Luco Maturana y Araneda Silva, antepasados en línea recta materna, y paterna dos veces, del autor de estas CRONICAS); de Petronila, c. c. Diego Jaraquemada y Alquizar; de Mercedes, c. c. Juan Francisco Cuevas Santelices, (antepasados entre otros de los Valdés Cuevas y Ortúzar Cuevas); de Dolores, c. c. Pedro Aldunate Toro; de Manuel Francisco, c. c. Dolores Luco y Herrera, hija de Francisco Javier Luco y Aragón, en su primer matrimonio con Ana Josefa Herrera Barros; Ramón Esteban, c. c. Mercedes Leal; Joaquín, sacerdote (1791-1844) cura int. de San Lázaro (1819-1821). En 1829, obtuvo en concurso la parroquia de Ñuñoa, y después renunció. Ejerció en Santiago, ministerio libre; Ana Josefa, c. c. José Vigil y Toro y con el general de la Independencia y Ministro de Estado, Santiago Aldunate y Toro (antepasados de los Aldunate Bascuñán, Aldunate Phillips y otros; José Martín, c. c. Ignacia Santelices y Agüero.

“El último año hice edificar un departamento (1850) bastante cómodo, que habitamos ahora, y todos los domingos la familia de mi mujer y mis amigos vienen a vernos”.

La carta revela el alma del cristiano ejemplar que vive del espíritu evangélico.

El departamento, al que se refiere Domeyko, es la parte interior de la vieja casa de la cual ya se habló.

El sabio distribuía su tiempo en preparar las sesiones de las facultades de Medicina y de Matemáticas, en sus clases, en la formación del gabinete de mineralogía y en la jefatura de la sección superior universitaria; en ella organizó la Biblioteca Científica, que llegó a tener más de quince mil volúmenes y fue famosa en América Hispana.

Por aquel mismo tiempo, creó las escuelas de Arquitectura, Escultura y Pintura.

En 1853, a propuesta suya, se dictó el decreto que organizó los estudios de ingenieros geógrafos, civiles, de minas, arquitectos y ensayadores generales. Abarcaban álgebra superior, trigonometría esférica, geometría de tres dimensiones, teoría de las sombras y perspectiva, física superior, química general, cálculo diferencial e integral, topografía y geodesia, principios de mecánica y nociones de astronomía. Los estudios de ingeniería civil eran la continuación de los mencionados, agregando un cuarto año en que se enseñaba puentes y caminos, dibujo de máquinas y aplicación de geometría al corte de piedra y de madera, arquitectura, mineralogía y geología.

Los ingenieros de minas debían estudiar los ramos comunes de los geógrafos y de los civiles, exceptuando

la geodesia y el cálculo diferencial e integral. En cuarto año se completaba la instrucción con los ramos de química, física, docimasia, principios de metalurgia, mineralogía, geología y mensura de minas.

Los estudios de los ensayadores eran más breves: abarcaban aritmética, álgebra, geometría elemental, gramática castellana, geometría, religión, francés e inglés, física, química inorgánica y mineralogía.

El curso de arquitectura también era corto; pero se exigían seis meses de práctica, bajo las órdenes de un profesor.

Además, los alumnos debían asistir a un taller de dibujo anexo a los ramos de matemáticas.

Antes de ingresar a la Universidad para estudiar estas nuevas carreras, organizadas y fomentadas por Domeyko, los jóvenes aspirantes debían ser sometidos a un examen acerca de las materias pertinentes que aprendieron en el curso secundario. En el 5º año se debía estudiar química en la forma más experimental y en el 6º física, siguiendo el mismo método.

Bajo la superior dirección del sabio, estas carreras científicas comenzaron a prestigiarse y a ser apreciadas: los jóvenes se matriculaban en gran número, en las diversas escuelas, a medida que transcurría el tiempo y avanzaba el siglo XIX.

El varón abnegado, y entusiasta propulsor de estos estudios, renunció a su sueldo de delegado universitario, para que la Universidad enviara a perfeccionar sus estudios al viejo mundo a dos alumnos: uno de ingeniería de minas y otro de civil. Este emolumento era de mil pesos mensuales. Uno de los primeros mandados a Europa fue el ingeniero don Luis Zegers Recasens, después

profesor de la Universidad. Sucedió a su maestro en la cátedra de Física que regentó 42 años.

Los estudios científicos del polaco honraban las páginas de las mejores revistas del mundo, y la Universidad de Yajelónica de Cracovia, le otorgó el título de Doctor en Medicina, y la Academia de Ciencias de la misma ciudad le concedió el diploma de académico. El nombre de Domeyko era citado con admiración en todos los trabajos de geología y mineralogía escritos entonces en Chile.

Arturo Aldunate Phillips, en el homenaje rendido al sabio en la Universidad, decía: "Por otra parte, diversas publicaciones suyas en Europa habían dado a conocer su nombre de hombre de ciencia y sus notables investigaciones y trabajos. El "nautilus Domeykus", nueva especie de fósil; la "viola Domeykana", especie de violeta descubierta en Chile por Gay; la "Domeykita" arseniuro de cobre encontrado por primera vez en los Andes y muchos otros, son nombres que demuestran el respeto que el sabio polaco había adquirido en el mundo científico" (7).

Mientras en el Polo Sur, Domeyko cobraba fama y renombre, Polonia cerró sus puertas al hijo que tanto la glorificaba en el extranjero, porque no quiso ser contado en el número de los sabios rusos.

En veinte años de residencia aquí, el sabio se identificó con nuestra patria, amó a sus hombres y a la naturaleza con su clima singular y maravilloso, sus selvas, sus bosques, su fauna, sus flores y minerales.

(7) ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. Año CXII. II, III y IV trimestre, 1953. N.os 90, 91, 92.

Escribió más de 300 estudios sobre mineralogía, y un centenar acerca de geología, paleontología, física, química, metalurgia y pedagogía.

Desde aquí, estimulaba a sus compatriotas en la lucha por su independencia de Rusia y pedía al cielo la liberación de la martirizada Polonia.

A la muerte de Andrés Bello (1865), en 1866, fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

El 8 de octubre de 1867, casi dos meses después del fallecimiento de don Manuel Antonio Tocornal (15-8-1867), inmediato sucesor de Bello, Ignacio Domeyko, aureolado con el merecido prestigio de sabio y de humanista, fue elegido rector de la Universidad de Chile. Ese año tuvo por contendor a don Antonio Varas. En 1872, obtuvo 69 votos de los 79 del claustro pleno. Durante cinco períodos ocupó el primer lugar de la terna, y fue designado rector por el Presidente de la República.

De Domeyko, cristiano íntegro en la vida privada y pública, podría hacerse el mismo elogio que él hizo en la tumba de aquel otro insigne extranjero, de quien fue tan amigo: Andrés Bello, cuyo enciclopédico saber contribuyó a formar nuestra nacionalidad y se compadecía perfectamente con su fe cristiana: "El gran deseo que me anima, me decía en la efusión de la amistad con que me honraba, es que la ciencia en América se halle siempre unida con la fe, inseparable de la religión, hija de la palabra de Dios. Bello ha legado este pensamiento a la juventud chilena, estampándola en su vida y en sus obras. El eminente sabio halló sus últimos consuelos en esta misma fuente divina en que durante su vida buscaba fuerza y razón".

Guillermo Feliú Cruz, historiador erudito y serio,

exaltó el catolicismo de Domeyko en solemne ocasión: "Domeyko en materia de ideas religiosas las tenía muy sólidas y firmes. Su acción rectora no fue señalada por actos de proselitismo ni de tendencias sectarias. La Universidad de Chile permaneció abierta a todas las corrientes y a todas las ideas. Ello probó que existía una moral solidaria intelectual y científica, que nada tenía que ver con las creencias íntimas y personales de sus miembros. Domeyko honró así la emancipación espiritual" (8). Es el más bello y elocuente homenaje que puede tributarse a un verdadero cristiano.

Durante los 17 años de su rectorado, se iba, desde su domicilio a la oficina, cabalgando, pero, por cierto, no en traje de montar, sino vestido con elegante levita negra y cubierta la portentosa cabeza con sombrero o "tarro" de pelo, del mismo color. Tenía coche, sin embargo, prefería el caballo.

El Rector de la Universidad controlaba en esa época toda la enseñanza, desde la primaria hasta la superior. Domeyko, sin inmutarse por el excesivo trabajo, orientó la educación pública según sus ideas en la materia y principios cristianos. Procuró poner en práctica su sistema en los estudios secundarios, los cuales reformó en 1881; estableció desde el 4º hasta el 6º años, un plan especial que formaba el curso preparatorio de matemáticas. Creó también plazas de repetidores o ayudantes que sirvieran para hacer interrogaciones a los alumnos acerca de las lecciones orales de los profesores.

(8) Discurso pronunciado por Guillermo Feliú Cruz, en nombre de la Universidad de Chile y de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, en el homenaje rendido a Domeyko en la Universidad de Chile, en 1952.

res, y para dirigirlos en los trabajos gráficos y manipulaciones.

En estos tres lustros, adelantaron grandemente las ciencias físicas, matemáticas y mineralógicas. Hubo un aumento considerable de alumnos en todas las escuelas de las facultades científicas. Durante su rectorado, los estudios universitarios de este tipo quedaron definitiva y firmemente arraigados en Chile.

Ya muy entrado en años el tercer Rector de la Universidad del Estado, entonces tan prestigiosa, vino a Chile su sobrino León Domeyko. El joven se enamoró de su prima Ana. En el segundo viaje, el tío Ignacio le entregó en matrimonio a su única hija: era la dádiva que el sabio ofrendaba a su patria en testimonio de gratitud filial. (1877).

En aquel tiempo, como dije en la parte pertinente, llegó al país (1876), procedente de California, el estafador Alfredo Paraff, que se hacía pasar por químico, y contaba el "cuento del tío", a quien quería oírle. Según el alsaciano Paraff, todas las piedras de Chile tenían oro y, mediante un truco suyo y de su secretario Francisco Rogel, hizo creer a mucha gente en su invento. Domeyko no se entusiasmó con el famoso químico de marras, nunca le creyó; y no es improbable que hubiese sido él quien lo desenmascaró. Lo visitaba con mucha frecuencia en el laboratorio de la calle Cueto y pretendía convencerlo; pero nunca logró su anhelo.

En el invierno de 1883, el octogenario Rector de la Universidad, renunció a su cargo. Un año antes pretendió hacerlo; pero el Claustro Pleno no consintió. El 9 de julio de 1883 fue elegido su sucesor, don Jorge Huneeus. El Congreso le otorgó una renta vitalicia anual de \$ 6.000.—

Algunos meses después, el 24 de mayo de 1884, en el vapor *Britania*, se embarcó para Europa, rumbo hacia la añorada patria. No quería cerrar los ojos para siempre, sin ver a su tierra tan querida. Por rara coincidencia, en mayo salió de Polonia, en otro mayo de 1838, vino a Chile, y en un tercer mayo salía de aquí para ir a despedirse del suelo donde nació. Iba con sus dos hijos: dejó la casona de Cueto, preparada para el pronto regreso. Le despidieron elementos oficiales, sus compañeros de magisterio, muchos ex alumnos y numerosos amigos. "Con ojos húmedos y el corazón oprimido —dice— descendí en mi triste y sombrío camarote". A su edad un viaje tan largo era una hazaña; sin embargo, la nostalgia de su patria le infundió ánimo y pudo realizarlo sin tropiezo. Llegó a París en julio, con la salud resentida. En Burdeos lo esperaban sus hijos León y Ana. En el viaje a Polonia, todo le fue indiferente: su único deseo era ver la tierra de sus amores: "Oh, mi tierra —decía Domeyko— oh, mi patria bien amada, yo te saludo después de cincuenta y tres años de destierro. Tú eres para mí lo que la salud para el soldado herido, que después de una larga convalecencia se levanta más fuerte que antes; lo que la libertad para el patricio encerrado largos años en una prisión sombría".

En Polonia lo aguardaban los parientes y los pocos amigos sobrevivientes de su juventud; lo recibieron las Universidades y Academias y la prensa le dedicó elogiosos artículos. *EL PAIS*, escribía: "Estamos admirados, creíamos encontrarnos con un viejo de 82 años y he aquí que Domeyko en cada una de sus palabras y gestos revela la fuerza y la energía que tenía en su juventud, en los tiempos de lucha, y que le han ayudado a soportar

53 años de destierro, y hacer conocer su nombre y el de su patria en lejanos países”.

En el homenaje de la Universidad, donde recibió al ex Rector de la de Chile, el profesor de física, sabio Kontchinski, el anciano contestó conmovido en palabras entrecortadas, que más tarde él evocaba emocionado: “Sólo recuerdo que habiéndose alguien extrañado de mi correcta pronunciación, después de haber pasado tantos años en un rincón apartado del mundo, le contesté vivamente: ¿cómo queréis, señores, que haya olvidado mi lengua cuando durante todo ese tiempo que he vivido lejos de mi patria, he pensado en polaco, he orado y amado en polaco”. Los diarios de ese país y los de San Petersburgo, publicaron las palabras del viejo ingeniero químico.

“Ardía mi corazón en deseos de ver aquella casa en que nací, en que pasé los primeros tiempos”, expresaba Domeyko el 9 de agosto de 1884: pocos días después sus claros ojos azules, vieron por fin Lituania, y su ciudad natal de Wilma. En esa nación fue recibido por su cuñado, el mariscal Antonio Wierzbonski. En su tierra presencié fiestas y recibió homenajes inolvidables.

Viajó a Alemania: allí, Bismark, que era casado con una parienta del sabio, mandó invitar a tan connotado huésped, para que le hiciera una visita; pero el estadista había pronunciado un discurso, en el cual atacó a Polonia. En esta circunstancia, a la invitación del Canciller de hierro. Domeyko respondió: “hay la misma distancia entre mi hotel y la casa de Bismark”, y rechazó la invitación.

De ese Imperio pasó a París, para visitar a los compatriotas y amigos que estaban allí exiliados. Se detu-

vo, en seguida, en Roma, donde encontró a Semenko, su antiguo compañero de armas en la guerra de 1831, más tarde fundador de la Congregación de los Resurreccionistas, de la cual era superior en 1884, con residencia en la Ciudad Eterna. Este sacerdote presentó a Domeyko, al Papa León XIII: el sabio iba acompañado de su hijo Hernán, quien, después de esta audiencia pontificia, comenzó sus estudios de latín y ciencias eclesiásticas, bajo la dirección del cardenal Procchi, uno de los vicarios de Roma.

Regresó a Cracovia, y desde esa urbe, con el P. Semenko, partió en viaje a Tierra Santa. De paso por Constantinopla, fue atendido por Edem, Pachá, Ministro de Negocios Extranjeros del Imperio, que había sido compañero suyo en la Escuela de Minas de París: Edem, era "un joven turco, hermoso, de ojos negros, noble y simpático que gustaba mucho conversar conmigo de ciencias y política", decía Domeyko. Tan grande fue su emoción en los lugares santos, que llegó a exclamar: "Ya no soy viajero, sino peregrino", e interrumpió, extasiado, el diario de viaje.

El 31 de julio de 1887, ya estaba otra vez en Roma, donde asistió, ese mismo día, a la ordenación sacerdotal de su hijo Hernán, en la celda en que murió San Ignacio de Loyola. En Pascua de 1888, el anciano venerable, conmovido hasta las lágrimas, presenció en la Catedral de Cracovia, la Primera Misa cantada de Hernán, que tuvo la delicadeza de celebrarla en la tierra de su padre. "¡Los cantos del coro —dijo— la inmensa reunión de fieles, todo fue para mí una gran gracia y un beneficio de Dios, tener a mi edad, momentos como éste!"

Volvió a Chile, con su hijo Casimiro, ingeniero de

minas como su padre. En Polonia quedó Ana y en Roma el sacerdote, que regresó poco después. Este iba a Polonia con frecuencia, y allí aunque había prohibición para celebrar misa, el Pbro. Domeyko la oficiaba diariamente escondido en Zibour.

En noviembre de 1888, don Ignacio estaba en su casa de la calle Cueto, en la cual falleció, dos meses después, el 23 de enero de 1889.

Murió pocos meses antes de que el Presidente Balmaceda fundara el Instituto Pedagógico, ideado por Domeyko en 1843.

Los restos fueron velados en su casa y después en la Catedral, donde se efectuaron solemnes exequias el 26. Antes de cerrarse la urna, el hijo sacerdote cubrió los restos mortales con tierra de Polonia, traída desde Francia en 1838; y que le fue entregada por el más ilustre compatriota suyo en aquella época, Federico Chopin.

En el cementerio despidieron al sabio, altos personeros de todos los poderes públicos: don Ramón Barros Luco, Ministro de lo Interior y años después Presidente de Chile, cuya futura esposa era parienta de la mujer de Domeyko, en nombre del Gobierno; Pedro Lucio Cuadra, por el Senado; el Dr. Adolfo Valderrama, Secretario General de la Universidad, en representación de este Instituto, y varios otros oradores.

El nombre del ilustre polaco quedó sepultado en el olvido hasta que en 1952, con motivo del sesquicentenario de su nacimiento ocurrido el 31 de julio de 1802, se rindió homenaje a su memoria: hubo un acto en el salón de honor de la Universidad, en el cual hablaron varios oradores; la Cámara de Diputados le recordó en sesión especial, el 6 de agosto; el Consejo Universitario, el 25 de

junio, resolvió editar las Memorias de Domeyko, acuerdo que aún no se cumple, y el Instituto de Conmemoración Histórica colocó una lápida en la puerta de la casa de la calle Cueto 572, ceremonia en la cual tuve el honor de exaltar la personalidad del connotado vecino de nuestro barrio.

Chile, tiene, por lo menos, dos deudas que saldar con Domeyko: hacer la edición de sus obras completas y levantarle un monumento en Santiago, ojalá junto a la Universidad que él rigió. Sería también muy laudable que el Estado adquiriera la casa de la calle Cueto para convertirla en Monumento Nacional y Museo en el futuro. Respecto a la estatua, existe una ley que manda erigirla.

La historia ha dado al sabio el lugar que corresponde en nuestra vida nacional: Francisco Antonio Encina elogia "la admirable labor realizada por Domeyko" en el tomo XII de su HISTORIA DE CHILE; pero, como es costumbre en este escritor, ameno intérprete de nuestra historia, para exaltar a don Manuel Montt desestima la reforma del maestro polaco (9). Un notable hombre de ciencia, el catedrático e ingeniero civil, don Ramón Salas Edwards, después de hacer un bello y largo elogio del sabio, en la Universidad de Chile en 1952, sintetizó su vida en una palabra: "Domeyko es armonía" (10).

Ignacio Domeyko nació en Lituania, "en la casita blanca rodeada de verde", y murió en la capital de Chile, en otra "casita hermosa de campo rodeada de jardi-

(9) HISTORIA DE CHILE. T. XII. Págs. 507-519.

(10) ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. Número conmemorativo del Centenario de la Universidad de Chile. Prensas de la Universidad de Chile. Año CI. Año 1943. N.os 49, 50, 51 y 52. 4ª Serie. Pág. 388.

nes", en la cual fundó su hogar, escribió sus obras y concibió sus sapientísimos planes para levantar la educación de su segunda patria, de la que es uno de sus primeros y más activos e inteligentes promotores.

Quiero terminar esta semblanza de don Ignacio Domeyko, con las emotivas palabras de despedida a nuestra tierra, antes de partir a la suya, en 1884: "Adiós, Chile. Te doy gracias por mis 46 años de vida laboriosa; por tu hospitalidad; por la dignidad de ciudadano que tú me has dado; por la familia, la consideración y el afecto que he encontrado en tu nación; gracias por el bienestar de mis últimos días; por los consuelos y goces espirituales de que Dios me ha llenado en tus iglesias, con los que ha sostenido mi vejez" (11).

DON EUSEBIO LILLO (1826-1910)

En la calle Chacabuco esquina de Santo Domingo, vivió el poeta y servidor público don Eusebio Lillo. La centenaria casona, que la picota demolió hace poco, fue edificada en 1860, bajo la dirección del abogado don Santiago Cumplido Jaime, esposo de Luisa Lillo Luco, hija del poeta.

Lillo descendía del funcionario español Jinés de Lillo y Gil y de doña Beatriz de la Barrera Vergara y era hijo de don Agustín Lillo y de doña Dolores Robles y Alvarez de Toledo, quienes contrajeron matrimonio el 3 de enero de 1827; pero don Eusebio declaró haber nacido el 14 de agosto de 1826, cuatro meses antes del matrimonio de sus padres. Estudió en el Instituto Nacional, donde fue

(11) Memorias, V. facs. I, Pág. 9.

compañero de los futuros historiadores, escritores, poetas y novelistas de renombre, casi todos nacidos entre 1825 y 1831: Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, Ambrosio Montt Luco, Joaquín Blest Gana, Guillermo Blest Gana, Pío Varas y Alberto Blest Gana.

Don Miguel Luis Amunátegui Aldunate decía que Lillo no fue un alumno distinguido ni aplicado; pero era lector impenitente, "leía más que todos sus compañeros, más que todos los alumnos del Instituto Nacional juntos". Así "enriqueció su memoria con un gran caudal de conocimientos generales y dio a su inteligencia una flexibilidad admirable para comprender todas las cuestiones". Comenzó desde niño a escribir versos para leerlos en los cumpleaños de los profesores. En el colegio dio pruebas de talento comercial; su padre había muerto, y la madre era muy pobre, de tal manera que él se ingeniaba para tener dinero. Como era muy aficionado a la lectura, compraba libros; y, para ganarse algunos reales, después de leerlos, los rifaba entre sus compañeros. Los poetas románticos, Zorrilla y Espronceda, influyeron en el joven "de pocas ideas", como decían los profesores del Instituto Nacional, pero de mucha sensibilidad y emoción, no exentas del atrevimiento e impetuosidad de Zorrilla.

A los 18 años, cuando aún era estudiante secundario en el Instituto Nacional, Lillo se estrenó en la vida literaria con un canto fúnebre a la muerte del patricio José Miguel Infante (1844) que leyó en sus funerales. Zorrilla había hecho lo mismo en el sepelio de José de Larra.

Por causa de su mala salud o quizás por sus escasos recursos económicos, el poeta no pudo continuar los estudios de leyes, y se dedicó al periodismo: Escribió en EL SIGLO, EL CREPUSCULO, EL ENTRE-ACTO, EL

PROGRESO, EL TIMON, LA BARRA y EL AMIGO DEL PUEBLO y en la REVISTA DE SANTIAGO.

Los versos de Lillo eran ramos de juncos y violetas y generalmente cantaban sus cuitas amorosas: "Loco de Amor" es uno de sus poemas de mayor aliento, del cual publicó algunos fragmentos en la REVISTA DE SANTIAGO.

Aunque José Victorino Lastarria lo menciona en RECUERDOS LITERARIOS, Lillo, según propia confesión, dice: "no sé por qué Lastarria me ha metido en sus RECUERDOS LITERARIOS, porque yo no he pertenecido a ninguna de sus sociedades literarias; en la del 42, por la muy sencilla razón de que entonces pertenecía yo a otras de las varias sociedades literarias de jóvenes que entonces hubo, y en las posteriores, porque después no me ha gustado entrar más; ni él ni nadie nos guiaba, y marchábamos imitando a Espronceda y Zorrilla como podíamos". Así lo refería don Eusebio a don Luis Montt, el 20 de diciembre de 1892; y esto aparece también anotado al margen de una colección de EL ENTRE-ACTO, periódico de 1845, en cuyas columnas escribió el poeta.

El señor don Manuel Puerta de Vera, español, vecino y benefactor del barrio Yungay, uno de los fundadores de la Hospedería de San Rafael, en una solicitud al Ministro de lo Interior y Relaciones, pedía el cambio de letra de la Canción Nacional de don Bernardo Vera y Pintado, por considerarla ofensiva para la nación española, fuera de que en ella aparecía el pueblo chileno como descendiente exclusivo de la raza araucana, sin una gota de sangre hispana.

La campaña del señor Puerta de Vera tuvo muy buen resultado: el Gobierno de Bulnes, en 1847, encargó

a Lillo que escribiera un nuevo Himno Nacional. El joven autor mostraba los borradores de las nuevas estrofas a don Andrés Bello, quien le dio oportunos consejos. Algunos de los versos de Lillo, eran, para España, tanto o más ofensivos que los de Vera y Pintado.

El 17 de septiembre de 1847 EL ARAUCANO publicó la nueva Canción Nacional, escrita por el romántico poeta de las flores: en ella se conserva el coro de la antigua, y hay también versos en los cuales se ataca a la Madre Patria, como éstos: "De tres siglos lavamos la afrenta/ combatiendo en el campo de honor"; ellos fueron duramente criticados por Eduardo Solar Correa en 1933.

El himno tiene la cadencia propia del verso decasílabo, y es de fácil memorización. No faltan en las estrofas "bellezas innegables, sobre todo en lo que se refiere a los toques descriptivos del país en su realidad física". Literariamente en la Canción Nacional no hay nada extraordinario; pero ella tiene la virtud de exaltar el fervor patriótico del pueblo chileno que se siente interpretado por don Eusebio Lillo.

La partitura del Himno es la misma del español Ramón Carnicer, que se cantó por primera vez el 23 de diciembre de 1828.

La Canción Nacional chilena con todos sus defectos en la parte poética y en aquella que lesiona la dignidad de España, es una de las mejores y más bellas del mundo, y está íntimamente arraigada en el alma chilena.

Escribió después obras de teatro, algunos poemas que publicó en la prensa de la época; y, en cuanto a su vida privada, tuvo numerosos idilios y aventuras.

En 1850 aparece en la política como miembro activo del partido Liberal, entonces demagogo y revolucionario.

En EL AMIGO DEL PUEBLO combatió al Gobierno de Manuel Bulnes y atacó duramente a los estadistas pelucos, que, para conservar el orden y afianzar la vida republicana, restringían las libertades públicas. Lillo se gloriaba de que a él y a los revolucionarios se les motejaba de "anarquistas".

En EL AMIGO DEL PUEBLO había aconsejado al obrero la asociación pacífica, y le reveló "la fuerza y el poder de la fraternidad". El periódico dejó de editarse porque los católicos se sintieron ofendidos con algunas publicaciones, especialmente con una, en la cual el Nuncio en Brasil, Mons. Pío Castraporci, a quien motejaron de "Castraporci", aparecía excomulgando a los que leyera la REVISTA CATOLICA, por haberse publicado en sus columnas el "Ensayo sobre la divina autoridad de los escritos de los Evangelistas y de los Apóstoles", por el Dr. Bogue.

Los revolucionarios fundaron a la sazón LA BARCA, cuya redacción se encomendó a Manuel Bilbao, hermano del revolucionario Francisco, y a Eusebio Lillo. Ambos incitaban a la sublevación, auspiciada por la Sociedad de la Igualdad. La prensa gobiernista cargó contra el redactor Lillo, a quien motejó de ignorante y sólo capaz para imitar a Espronceda y Zorrilla.

El joven poeta, no cejaba en su afán de redimir al proletariado, al cual quería agrupar en un partido político, y lanzaba terribles anatemas contra el Gobierno. Por esta campaña fue exonerado de su cargo de oficial 2º de la Oficina de Estadística a fines de 1850; lo reemplazó otro periodista, Manuel Blanco Cuartín.

El romántico no profesaba la fe católica; pero era respetuoso de las creencias de los demás y sabía apre-

ciar las virtudes del clero, especialmente de aquellos que no se mezclaban en las actividades políticas.

En EL PROGRESO del 5 de septiembre de 1850, con ocasión del fallecimiento del deán de la Catedral de Santiago y ex Arzobispo electo de la arquidiócesis, don Alejo Eyzaguirre (1844-1845), publicó, sin firma, el siguiente soneto, en el cual no faltan las claras alusiones políticas:

“Ante el Supremo Ser, Santo Prelado
ruega por este Chile tan querido,
de sangriento crespón hoy amagado
y entre fluctuante tempestad mecido,
pide para tus hijos
la paz o libertad que tanto anhelan
y evita desde el cielo los prolijos
dolores que nos cercan y nos revelan.
Ruega por los que ajenos
a la divina fe, de dudas llenos •
cruzamos por el mundo,
y en este caos de dolor profundo
haz que brille la luz que te ilumina
en la mansión divina”.

Esta paladina confesión de su incredulidad, enaltece al benemérito sacerdote, cuya conducta sinceramente apolítica, desde los días de la Independencia nacional, le valió el respeto y la admiración de todos los chilenos, aun de aquellos más exaltados y revolucionarios como Lillo.

Al fundarse la Sociedad de la Igualdad, para combatir la candidatura de Manuel Montt, el joven poeta figura como uno de sus organizadores, junto a Santiago Arcos, Francisco Bilbao, José Zapiola y los obreros Larraachea y Cerda. Fue el primer presidente de la institución

y escribió su himno; en él pide la igualdad y el término del "despotismo y de la pandilla infame".

Con ocasión del motín de San Felipe, el Gobierno hizo apresar a los más connotados igualitarios, uno de los primeros en caer fue don Eusebio Lillo. La misma suerte corrieron: Federico Errázuriz, José Victorino Lastarria, Manuel Guerrero y José Zapiola. Lillo y éstos dos últimos fueron confinados a Valdivia y Chiloé.

El romántico revolucionario pidió al Presidente Bulnes le permitiese cumplir el destierro en Copiapó, por convenir así a "sus intereses". Lillo ocupaba la misma celda con Federico Errázuriz, el futuro Presidente de Chile (1871-1876).

LA REFORMA, de Valparaíso, se ocupaba de los reclusos políticos, y suponía que "Lillo estaría haciendo versos" a los cuales pondría música Zapiola.

El autor de la Canción Nacional fue embarcado con otros compañeros en el bergantín "Meteoro", y en febrero ya estaba en Castro, donde, según propias declaraciones, "lo pasó muy bien".

Cuando expiró el plazo del Estado de Sitio, regresó a Santiago, adonde llegó el 7 de abril de 1851.

Los RECUERDOS DE CASTRO y el poema a "El Imperial", fueron escritos a raíz de su relegación para evocar las tierras de su cautiverio. Vino en seguida el alzamiento del 20 de abril. Lillo, condenado a muerte, se ocultó; pero poco después asumió la redacción de "El Progreso", que acababa de dejar Bartolomé Mitre. Estuvo en Loncomilla el 8 de diciembre de 1851. El triunfo de las fuerzas gobiernistas, lo obligó a retirarse de la política y se avecindó en Lima. En la ciudad virreinal, aunque no le faltaron los enredos amorosos, lo invadió

la nostalgia de la patria, a la cual pensaba regresar en junio o julio, para reintegrarse a sus cuitas donjuanescas. Escribió en esos días un poema dedicado a una de sus enamoradas.

Parece que volvió a Santiago en diciembre de 1852 o comienzos de 1853, porque durante el año siguiente colaboró con regularidad en EL MUSEO, en cuyas columnas publicó dos artículos sobre Bellas Artes, en las cuales era muy entendido, y dos poesías.

En 1855, estaba en la capital: escribió en la REVISTA DE SANTIAGO poemas y prosas. Junto a las suyas hay colaboraciones de Andrés Bello, Alberto y Guillermo Blest Gana y Guillermo Matta.

Entre los años de 1853 y 1857, tenía, como dice uno de sus biógrafos, Raúl Silva Castro, "una sola mujer, Mercedes, madre de sus hijos". Esta no es otra que doña Mercedes Luco Herrera, hija legítima de don Nicolás Luco de Aragón y de doña Cayetana Herrera y Rojas. Mercedes debió ser mucho menor que el poeta; porque éste en carta del 12 de junio de 1857, a Manuel Antonio Peña, le dice, entre otras cosas: "Esa niñita me ha servido, es madre de mis hijos y debes creer que cuanto hagas en su obsequio es una muestra que me das de afectión por mí, y un motivo más de gratitud que me liga contigo". Lillo no contrajo matrimonio con Mercedes, porque no creía en éste ni en ninguno de los siete sacramentos de la Iglesia (1).

(1) Don Nicolás, padre de Mercedes, es uno de los ocho hijos (seis hombres y dos mujeres) del fundador de la familia Luco en Chile, don Bernardo Martínez de Luco y Ruiz de Azúa (Durana 1712-Santiago 1784), y de doña Teresa de Aragón y del Solar Gómez de Silva. Doña Cayetana Herrera y Rojas, mujer legítima de don

Desde 1852 hasta el fin de sus días, Lillo cultivó la poesía sólo esporádicamente, y, en general, para improvisar versos jocosos.

El romántico cantor hablaba ahora de asuntos prosaicos, comerciales, a los cuales se dedicó entusiastamente.

En marzo de 1861, en Lima, donde se radicó, lo inspira de nuevo la ausencia de la patria:

“Verte deseo con afán, tu espalda
reclinado del Andes en la falda;
y en tanto el aura que en tu frente orea
cruza el verde pensil que te rodea
como espléndido manto de esmeralda”.

Un biógrafo dice que Lillo regresó al país en 1862. Al año siguiente prosiguió la publicación de su poema “Loco de amor” en la VOZ DE CHILE. El mismo año, por breve tiempo, redactó LA PATRIA de Valparaíso, diario de su amigo y correligionario Isidoro Errázuriz.

Nicolás, es hermana de Francisco de Paula, c. c. Mercedes Rojas Ostorguren, quienes fueron padres de Francisco Rafael, primo hermano de Mercedes, madre de los hijos de Lillo. Francisco Rafael, c. c. Mercedes Martínez de Latorre y Jaraquemada, son padres, a su vez de Emilia Herrera Martínez, c. c. Domingo Toro, hijo del Conde de la Conquista don Mateo. Esta Emilia fue madre entre otras, de Emilia Toro Herrera, esposa del Presidente José Manuel Balmaceda. Doña Mercedes Luco Herrera, madre de los hijos del poeta Lillo, estaba emparentada legítimamente con los Luco Avaria, Montt Luco, Orrego Luco, García-Huidobro Luco, Barros Luco, Huidobro Luco, Luco Andía y Varela, Luco Arriagada, Luco Ovalle, Luco Huici, Bezanilla Luco y muchos otros, todos descendientes, en línea recta y legítima, de los hermanos y de una hermana Luco de Aragón y Solar. La otra Luco de Aragón y Solar, fue monja agustina.

De esta época de su vida debe ser también una de sus más célebres improvisaciones, hasta ahora inédita: En una gira que hizo por las provincias del sur el Presidente José Joaquín Pérez (1861-1871), al final de uno de los almuerzos que le fue ofrecido al mandatario, apareció Lillo de sorpresa. Unánimemente fue aclamado, como lo era siempre adonde llegaba el ya célebre autor de la Canción Nacional. Se le pidió que, como poeta, expresara en verso sus impresiones, acerca del mencionado almuerzo. Había entre los comensales tres personas de importancia, cuyas figuras eran algo deformes. Uno de los concurrentes dijo, también en broma, que no era conveniente pedirle una improvisación a Lillo, porque estaba tan incapaz, que hasta las pestañas le faltaban. El poeta se puso de pie y recitó la siguiente décima:

“Veo que en el techo topa
la tapa de la botella,
y que el edecán Orella
ha derramado la copa.
Veo que antes de la sopa,
se brinda aquí con champañas.
Veo las caras extrañas
de Izquierdo, Concha y Labbé.
Esto es lo que Lillo ve
aunque le faltan pestañas” (2).

-
- (2) Otro de los comensales del referido almuerzo, era el señor don Manuel Jesús Fariña y Molina, padre, entre otros, del actual obispo titular de Cittarizo, Mons. Pío Alberto Fariña y Fariña, quien escuchó a su padre, consumado humanista, la décima de Lillo, y, a los 90 años, la retiene en su memoria prodigiosa y la ha dictado al autor de estas CRONICAS DEL BARRIO YUNGAY.

Eusebio Lillo dejó las actividades periodísticas y se dirigió, esta vez, a La Paz, Bolivia, en busca de un trabajo más lucrativo. Allí se empeñó para que el atrabillario caudillo bárbaro Mariano Melgarejo concediera a Meiggs (de quien el poeta era agente), el privilegio de la explotación aduanera. Este asunto, la fundación de un Banco en La Paz, y la venta del privilegio para construir un camino de hierro, desde esa ciudad a Aigache, puerto en el lago Titicaca, dieron a Lillo una no despreciable fortuna, con la cual pudo adquirir propiedades en Santiago en 1872, año de su regreso a la patria.

Cuando fue a despedirse de Melgarejo en La Paz, Lillo estuvo a punto de ser fusilado: en esa ocasión, el caudillo quiso despedir al poeta, según su costumbre, y le invitó a una francachela en casa de su favorita. El poeta no aceptó y tuvo la osadía de darle un consejo de moral al tirano, quien, como una fiera, con los ojos saltados, ordenó: "Fusílenlo inmediatamente". A no mediar la sangre fría con que recibió la sentencia, habría sido una víctima más de la crueldad del déspota. Al verlo tan valiente y franco, estrechó la mano del chileno, y le dio excusas por "haberse exaltado ante el único hombre valiente y franco que había encontrado en su camino". Lillo confesaba que le había aterrado el pensamiento de la muerte; pero hizo un esfuerzo supremo para mantener la dignidad, que le valió el indulto de Melgarejo.

En 1870 fue elegido miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades; sin embargo, no se incorporó.

Aníbal Pinto, su compañero de luchas políticas y viejo amigo, le designó Intendente de Curicó en 1876. El mismo año había sido elegido senador por Santiago. No le gustó la vida provinciana, presentó la renuncia y re-

gresó a Santiago. En la HISTORIA DE CURICO, escrita por René León Echaiz, se lee lacónicamente que tuvo "en el cargo escasa actuación y sólo permaneció en él, aproximadamente, siete meses" (3).

En noviembre de 1877, ingresó como uno de los cuatro redactores de EL FERROCARRIL. Dos años más tarde, 1879, al comenzar la guerra del Pacífico, fue enviado por el diario en calidad de corresponsal a Antofagasta.

El poeta estaba estrechamente vinculado al Perú y Bolivia; había contribuido al progreso económico de este último país. Durante el conflicto armado, el Gobierno de Chile, le designó, el 29 de mayo de 1879, Ministro Plenipotenciario en el Altiplano. Para aproximarse a nuestros vecinos, fijó su residencia en Antofagasta, donde también fue corresponsal de EL FERROCARRIL. Se trataba nada menos de que Lillo influyera en el ánimo del Presidente boliviano don Hilarión Daza, a fin de que se rompiera la alianza Perú-Boliviana, suscrita en 1873.

Por otra parte, en su correspondencia a EL FERROCARRIL, el poeta-periodista, dejaba ver bien claro las deficiencias técnicas del general Justo Arteaga y del almirante Juan Williams Rebolledo, en la dirección de la guerra. Ambos habían sido brillantes hombres de armas; pero estaban ya muy ancianos y, por lo mismo, semi-imposibilitados para continuar en cargos de tanta responsabilidad. Lillo insistió con clarividencia en la necesidad de remover a estos dignísimos jefes, no obstante los antiguos e importantes servicios que prestaron otrora al país, en la guerra y en la paz. El Gobierno vaciló al co-

(3) T. II. "La Era Republicana". (Pág. 194).

mienzo; mas, por fin, se decidió a relevarlos: en reemplazo de Williams Rebolledo nombró al Almirante Galvarino Riveros, a quien, en septiembre de 1879, el autor de la Canción Nacional, asesoró como secretario de la Escuadra. Sucedió al señor Rafael Sotomayor, que asumió en esos días, el Ministerio de Guerra en campaña. Con ejemplar tino y patriotismo, Lillo suavizó las asperezas producidas entre los civiles, cerebros conductores de la guerra, y los jefes del Ejército y de la Marina.

En junio de 1880, Pinto designó Ministro de Guerra y Marina al secretario de la Escuadra, sin haberle consultado antes; el poeta rechazó el nombramiento, porque, como ya lo había dicho al Gobierno con anterioridad, él no era partidario de la existencia de un Ministro de Guerra en campaña, porque este personaje civil despertaba celos en las Fuerzas Armadas, desconfianza que debilita la unidad de acción en las operaciones del Ejército y de la Armada; en cambio, aceptó el cargo de delegado del Gobierno u oficial de enlace, en las instituciones armadas, el 20 de julio de 1880. Poco después fue jefe político de Tacna y Arica. Fijó su residencia en la primera de estas ciudades, y no perdía la esperanza de convencer al Presidente boliviano que debía romper el pacto suscrito con el Perú, cosa que a la postre no logró.

En su calidad de delegado ante las instituciones castrenses, en las cuales era bienquisto, contribuyó a mantener la paz y armonía entre los civiles y las Fuerzas Armadas, lo que influyó eficazmente para acelerar la guerra, cuya lentitud alarmaba a los chilenos. Ante la perjudicial dilación, las tres naciones beligerantes aceptaron los buenos oficios de Estados Unidos.

En aguas ariqueñas se efectuaron, entre el 22 y 27 de octubre de 1880, en la corbeta Lackawana, las conferencias de paz, en las cuales Lillo actuó como delegado de Chile, junto con Eulogio Altamirano, José Francisco Vergara, Ministro de Guerra en campaña, y José Domingo Gana, en el carácter de secretario.

La amistad íntima del poeta con el delegado de Bolivia, hizo pensar a más de alguno que era demasiado condescendiente con las aspiraciones del Altiplano; sin embargo, su labor fue pacifista; pero inalterablemente firme, enérgica y patriótica para defender los derechos de Chile.

En Miraflores fue herido el capitán de sanidad, Dr. Elías Lillo Luco, hijo del jefe político de Tacna y Arica.

Lillo fue elegido senador por Talca en 1882 y, con este motivo, abandonó las funciones gubernativas en las provincias limítrofes y regresó a la capital para incorporarse al Senado, del cual fue vicepresidente, desde el 22 de diciembre de 1886, hasta el 1º de julio de 1887. En el Parlamento no tuvo actuación destacada. No quiso ser reelegido en 1888.

Por aquel tiempo, antes de terminar su período presidencial, Santa María le ofreció el Ministerio de lo Interior; pero lo rechazó.

En octubre de 1883, el senador Lillo partió a Tacna, en compañía del general boliviano Camacho, para lograr romper la alianza entre el Alto y Bajo Perú, o negociar la paz. De nuevo fracasó en su misión.

El autor de la Canción Nacional volvió a Bolivia, a mediados de 1884, enviado por algunos chilenos, cuyos intereses peligraban en ese país. Iba a reclamar el pago de indemnizaciones establecidas en el tratado de paz en-

tre Bolivia y Chile en 1884, a quienes hubiesen sido perjudicados durante la guerra.

Terminado su cometido, Lillo regresó a Chile, acompañado de don Aniceto Arce, primer Ministro acreditado ante nuestro Gobierno a raíz de la guerra. En el viaje se volcó el coche que los transportaba; el poeta quedó herido; pero ya sano, el 1º de febrero de 1885, estaba en Antofagasta y, poco después, en Santiago.

El 18 de septiembre de 1886, el Presidente José Manuel Balmaceda confió a su amigo Lillo la jefatura del primer gabinete de su gobierno; y, durante dos meses, desempeñó el Ministerio de lo Interior.

Presidió las elecciones municipales y, cosa inusitada en una época de intervención electoral descarada, ofreció garantías a todos los partidos políticos. El prestigio, ya muy grande del poeta, se acrecentó en el país.

Formó parte de la comisión, nombrada el 11 de abril de 1887, para organizar el Museo de Bellas Artes. Un año después se embarcó para Europa. Rechazó el cargo de Ministro Plenipotenciario en España que le ofreció Balmaceda.

Visitó los principales museos y galerías de arte, palacios e iglesias del Viejo Mundo. De allí trajo cajones de cuadros de pintura, cristales y porcelanas con sus iniciales, que después ornaron su casa de la calle Chacabuco que alcancé a conocer, cuando vivía en ella, hasta no hace mucho, su nieta doña Raquel Lillo Despott de Puratich.

Regresó a Chile en el mes de abril de 1891, a los cuatro meses de iniciada la estéril Revolución. Visitaba a su amigo el Presidente Balmaceda y, don César Rossetti me contó, muchas veces, que el Primer Mandatario, so-

lía ir también a la casona de Lillo. Su esposa doña Emilia Toro, era parienta de los hijos del poeta. Refiere don Fanor Velasco, en el DIARIO DE LA REVOLUCION, que cuando Lillo, en una de sus visitas a la Moneda, preguntó al Presidente "si no veía algún medio de terminar pacíficamente la revolución", el Jefe de Estado le contestó: "Sí, rindiéndose la Escuadra, y el Congreso dictará una ley de amnistía".

Balmaceda no ignoraba la lealtad inquebrantable de su amigo y a él entregó el Testamento Político para que lo pusiera en manos de sus destinatarios: Claudio Vicuña Guerrero y Julio Bañados Espinoza.

En 1896, presidió, como viejo liberal, la Convención que eligió candidato a la Presidencia de la República a Vicente Reyes; pero se retiró fatigado, antes de terminar la asamblea. Lillo frisaba entonces en los 70 años y ya era un anciano.

La última vez que el revolucionario de 1851, actuó en política, fue para integrar el Tribunal de Honor que calificó, sin apelación, la validez de los poderes de los electores de Errázuriz y Reyes, porque la diferencia entre los dos candidatos era de uno o dos sufragios. El poeta fue representante de Vicente Reyes, quien ostentaba lo más avanzado y anticlerical de la política de entonces. El Tribunal recomendó al Congreso Pleno, la aceptación de los poderes de Errázuriz, quien fue proclamado legalmente por ambas Cámaras Presidente Electo de la Nación (1896-1901).

Los últimos doce años de su vida longeva, transcurrieron en la histórica casa de la calle Chacabuco. Continuamente era asediado por los jóvenes escritores y periodistas que iban a visitarlo para escuchar, de sus la-

bios, algunos hechos sobresalientes de la historia de Chile, de los cuales él había sido actor o testigo.

Lillo se dejaba entrevistar y recibía cordialmente a quienes se acercaban a él, en su residencia de Yungay; sin embargo, prefería que lo olvidaran: "Yo he muerto, entendiéndalo bien, he muerto. Deseo que todos me olviden, y no debo poner gran esfuerzo en esto, porque realmente me tienen olvidado. Deseo que me olviden... ¡hasta las mujeres, caballeros...!"

Con mucho agrado y elegante sencillez, mostraba la quinta-museo y sus dependencias, a los curiosos visitantes. Se declaraba "un ocioso clásico", que nunca tuvo "afición al trabajo". Doña Mercedes Luco Herrera, ya había muerto; y, cuando mostraba a los curiosos huéspedes las habitaciones y salones de la casa, Lillo decía: "Tienen mucho que disculpar. En esta casa no hay mujer y hace mucha falta. Se necesita una mujer para que pase su mano sobre todos los detalles y haga agradable el hogar".

En cuanto a lecturas, se deleitaba con los autores clásicos, de tal manera que declaraba desconocer a los poetas y escritores modernos de Chile.

En su juventud tenía un porte más que mediano, pero esbelto y recio. Los retratos lo muestran de buena figura, corpulento, de cabellos y bigotes canos, ojos muy vivos, nariz grande y boca graciosa; así lo recuerdan también las nietas, con las cuales he conversado: doña Graciela Lillo de Silva, ya difunta, doña Raquel Lillo de Puratich, y don César Rossetti, de cuya tertulia el poeta era asiduo visitante. El se tenía por feo. Era elegante para vestir y gustaba de las joyas con parsimonia.

Pasaba por raro y maniático, porque rechazaba to-



dos los homenajes que le ofrecían, sinceramente no creía merecerlos; en el colmo de su modestia los tomaba como burla y escarnio. Uno de los números de las fiestas del centenario de la Independencia, sería la coronación del autor del Himno Nacional. Se proyectaba coronar al poeta en una ceremonia pública, a semejanza de la que fue objeto, en España, José Zorrilla, inspirador de la obra poética de Lillo; pero se opuso tenazmente y hubo que desistir. No quiso exponerse al ridículo. En nuestro tiempo de tanta farsa y pedantería, la modestia de Lillo se estima como un caso patológico; mas, en realidad, era la expresión de un sentimiento personal muy sincero: el poeta, tenía algo que antes era común en los chilenos y de lo cual ahora se carece: el sentido de las proporciones y del ridículo.

Conservó inalterable su independencia para pensar y vivir, y su manera de ser; nada ni nadie lo hacía cambiar: don Julio Vicuña Cifuentes en PROSAS DE OTROS DIAS, recuerda que, durante la estada de Lillo en París, un miércoles fue a almorzar con él, al hotel, su amigo de la misma edad y compadre, el general Manuel Baquedano, a quien acogió con señaladas muestras de afecto; pero cuando el vencedor de la guerra del Pacífico, tuvo la peregrina ocurrencia de repetir la visita en la semana siguiente, el poeta le dijo: "Hoy no almorzaremos aquí. Lo haremos en algún hotel del bulevar".

"¿Y por qué no aquí? ¿Por qué no aquí?" —preguntó el glorioso veterano, repitiendo la frase, según su peculiar manera de expresarse.

"—Porque no quiero que se establezca esta costumbre de los miércoles. Venga usted, compadre, a almorzar o a comer conmigo cuando quiera, que siempre se-

rá bien recibido, pero no lo haga en un día determinado de la semana, porque eso coarta mi libertad”.

“Esta brusca franqueza de don Eusebio, no enfrió, por cierto, las cordiales relaciones de los viejos amigos” (4).

En los últimos años se agravó una antigua dolencia cardíaca del poeta. Murió en la madrugada del 15 de julio de 1910, asistido por su hijo médico don Elías Lillo Luco, que velaba el sueño de su padre, en un cuarto contiguo.

Los funerales fueron apoteósicos, no obstante el encargo del autor del Himno Nacional, de que le enterrarán de noche. Se le rindieron merecidos honores de general de división. Pronunciaron elogiosos discursos representantes de todos los poderes del Estado y de las letras.

Después de conocer sus dilatados y eficientes servicios al país y su obra literaria, esta última juzgada más con simpatía que con espíritu de crítico implacable, he llegado al convencimiento de que Lillo fue un servidor público excepcional, patriota y clarividente; y, en cambio, como poeta, carecía de personalidad propia, era un imitador de los románticos y nada más.

Es indiscutible que el poeta de las flores fue admirado por las jóvenes chilenas, a las cuales cantó e hizo felices; pero le faltó originalidad, no imitó precisamente a Selgas, sino, como el mismo Lillo lo confiesa, a Zorrilla y a Espronceda. No se trata de “un prurito de resaltar originalidad a los poetas chilenos”, como afirma Raúl Silva Castro, sino de llamar a las cosas por su nombre.

(4) Págs. 117-123.

Sólo hay poesía auténtica cuando existe creación propia, personal, libre de esos influjos avasalladores que em-queñecen o mejor anulan el poema. Antes de 1900, en nuestro país había versistas; los poetas genuinos aparecieron después y, con Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda, Chile está a la cabeza del Parnaso Hispanoamericano.

Por lo demás, nuestro autor, que, como hombre inteligente, era un terrible autocrítico, colgó la péñola, y, después de 1852, sólo de tarde en tarde escribió poemas; sin duda tenía más facilidad para improvisar. Cuantas veces fue requerido para publicar las poesías de su juventud, se negó terminantemente.

¿Por qué? Porque tenía conciencia de que sus versos eran "tristes, melancólicos, llorones", simples imitaciones de Zorrilla y Espronceda que, sin duda, no eran poetas maravillosos.

Lillo desconocía la vanidad y, sin embargo, sinceramente, nunca se creyó poeta genuino. Este es su mayor mérito y la posteridad se lo agradece.

Lo único perdurable del romántico cantor de las flores y de los amores juveniles, admirado por nuestras bisabuelas, es la Canción Nacional de Chile. Sus estrofas, con bellas descripciones de nuestra tierra, interpretan los sentimientos patrióticos del pueblo que las canta y las seguirá cantando emocionado. Basta el Himno Nacional para inmortalizar al viejo e ilustre vecino de Yungay.

MONS. JUAN IGNACIO GONZALEZ EYZAGUIRRE
(1844-1918)

Tal vez por más de veinte años, desde su llegada a Santiago en 1891, del vecino puerto, vivió en su casa-

quinta de la calle Catedral, frente a los Capuchinos, Monseñor Juan Ignacio González y Eyzaguirre.

Este sacerdote nació en Santiago el 13 de Junio de 1844, era hijo de don José Manuel González Ugarte y de doña Mercedes Eyzaguirre y Portales. Pertenece a un verdadero linaje levítico chileno que cuenta con numerosos obispos y sacerdotes (1).

Juan Ignacio, ingresó en el Seminario de Santiago y recibió el presbiterado el 21 de septiembre de 1867. Comenzó su ministerio como cura-administrador de la parroquia de San Saturnino, cuya iglesia era entonces de barro y paja, situada en el mismo barrio donde más tarde vivió y murió el novel eclesiástico.

A los pocos meses se le nombró vicario-cooperador o sotacura, como se decía a la sazón, de la parroquia Matriz de Valparaíso, regentada por el futuro Arzobispo de Santiago Mariano Casanova, con quien González Eyzaguirre cooperó en todas sus obras, especialmente en la fundación del Seminario de San Rafael, del cual fue su primer vicerrector (1871-1872). Años más tarde González recordaba como los mejores de su vida, aquellos tiempos en los cuales secundó a Casanova en el

(1) Parientes de Mons. González Eyzaguirre, son, entre otros, los obispos Alonso del Pozo y Silva, Manuel Alday y Aspee, José Santiago Rodríguez Zorrilla y Ramón Munita Eyzaguirre; los prelados monseñores: José Ignacio Víctor Eyzaguirre Portales, Iván Larrain Eyzaguirre e Ignacio Ortúzar Rojas; el Pbro y arzobispo-electo de Santiago, don José Alejo Eyzaguirre y Arechávala; el canónigo y ex Rector del Seminario de Santiago, don Rafael Eyzaguirre y Eyzaguirre, y los Pbro.: Ignacio Eyzaguirre Eyzaguirre, Enrique Eyzaguirre Alcalde, camarero de honor del Papa, y José Manuel Barros Matte, párroco de los Santos Angeles Custodios.

vecino puerto. En seguida fue designado ministro o vicerrector del Seminario Conciliar de Santiago, 1872-1874, donde dio clases de castellano, latín e historia sagrada.

Desde el 19 de Noviembre de 1879 hasta el 7 de Mayo de 1889, regentó el curato de Los Doce Apóstoles, creado por su tío-abuelo el arzobispo electo de Santiago don José Alejo Eyzaguirre, en el vecino puerto. Aparentó un extenso territorio con cincuenta mil almas que se extendía desde el plano de la ciudad, hasta los cerros de las Zorras y de Los Placeres, para terminar en el barrio del Barón. Con dos y tres vicarios cooperadores atendía su dilatada grey. En los días del cólera (1886) fundó el lazareto de Barón y lo dirigió personalmente: vivía entre los enfermos y en varias ocasiones se echó sobre los hombros a los pacientes, en vista de que nadie se atrevía a bajarlos del vehículo en el cual se les llevaba al establecimiento.

Fundó en la parroquia sociedades obreras y escuelas nocturnas y llevó a Valparaíso a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, quienes regentan aún el Colegio de San Vicente de Paul y la Sociedad Católica de Instrucción Primaria. Edificó casas para viudas y familias indigentes; prosiguió y terminó la construcción del nuevo templo parroquial y gastó en ella más de cien mil pesos de la herencia paterna. Levantó capillas en los barrios apartados. Fomentó los Ejercicios Espirituales de San Ignacio y realizó una intensa labor misionera. El 15 de Enero de 1885, fundó LA UNION de Valparaíso. En aquel tiempo comenzaba a difundirse la mala simiente en periódicos y revistas. La prensa inmoral, con sus caricaturas y diatribas, había envenenado la conciencia del país; durante el conflicto arzobispal (1878-1886) hi-

zo derroche de grosería en contra de la Iglesia y del clero. En el puerto principal de Chile hacía falta un diario que difundiera los principios cristianos. Desgraciadamente, durante largos años, fue el vocero del partido Conservador, al cual, como casi todos los eclesiásticos de su época, González Eyzaguirre era muy adicto.

El 7 de Mayo de 1889 dejó la parroquia y se hizo cargo del rectorado del Seminario de San Rafael por breve tiempo. Quiso entrar en la Compañía de Jesús, pero lo disuadió su amigo penquista Pbdo. Domingo Benigno Cruz, quien le dió como argumento, la necesidad de que en el clero secular se necesitaban sacerdotes apostólicos. Por ese mismo tiempo, González Eyzaguirre desempeñó interinamente la gobernación eclesiástica y la vicaría foránea del puerto.

En Valparaíso fue amado de todos, por su bondad y cautivadora simpatía. Niño de once años, el autor de estas CRONICAS DEL BARRIO YUNGAY, lo vio en el Seminario de Santiago y, no ha olvidado jamás su figura: de mediana estatura, más bien bajo, con su cabeza inclinada; en sus pequeños ojos azules había una mirada afable y espontánea que delataba la pureza y sencillez de su alma; su voz me parece escucharla: era suave e impregnada de dulzura varonil.

En 1891 regresó a Santiago y desempeñó la dirección de la Sociedad de Obreros de San José, a cuya fundación contribuyó: era el tiempo de las instituciones mutualistas. González Eyzaguirre dedicó gran parte de su ministerio a buscar solución al problema del pauperismo que comenzaba a ser una amenaza para la paz social de Chile y del mundo: en realidad, el obrero chileno había sido injustamente postergado y los mismos

católicos que ahora se quejan del avance del comunismo, poco y nada hicieron por él. El sacerdote González redobló su labor a raíz de la publicación de la célebre Encíclica RERUM NOVARUM de León XIII; y en una ocasión declaró a otro eclesiástico de la arquidiócesis, algo que manifiesta el conocimiento exacto que tenía don Juan Ignacio González, del ya grave problema social y económico: "Si el hombre está con hambre, no trabaja ni reza con gusto"; en otras palabras, repetía la frase tan conocida ahora, de Santo Tomás de Aquino: "se necesita un *mínimum* de bienestar material para practicar la virtud".

En 1894 fue uno de los fundadores del "Centro Cristiano" que dedicó sus actividades a fomentar la enseñanza primaria y secundaria entre las clases desvalidas, carentes de establecimientos educativos gratuitos. Dos años más tarde (1896), el futuro prelado se hizo cargo de la capellanía del Salvador y en 1900 le designó su vicario general; renunció poco después. En 1905 fue nombrado director espiritual del Monasterio de la Visitación y en seguida (1907) la Santa Sede, a petición del Gobierno y del Arzobispo Casanova, lo preconizó obispo titular de Flavíades. El Presidente Pedro Montt le llevó al Consejo de Estado, cargo existente en la Constitución de 1833.

En Mayo de 1908, a la muerte de Mons. Casanova, el Cabildo Metropolitano, eligió vicario capitular a Mons. González Eyzaguirre. Era la primera vez que el Senado de la Iglesia designaba para este oficio a un eclesiástico extraño a tan alto Cuerpo.

Durante su breve gobierno interino se preocupó del bienestar económico del clero y creó la Sociedad de San

Juan Evangelista, por decreto del 16 de Octubre de 1908, que todavía presta servicios al sacerdote pobre y enfermo. Comenzó entonces a inquietar al prelado la situación de los clérigos desvalidos y achacosos.

Cuando el Presidente Montt visitó al Arzobispo Mons. Casanova moribundo, el metropolitano, en palabras entrecortadas, recomendó al Mandatario la persona de Mons. González Eyzaguirre, como la más indicada para sucederle en el Arzobispado. Montt accedió y en noviembre del mismo año, la Santa Sede preconizó Arzobispo de Santiago al apóstol de la cuestión obrera. Era —como dijo diez años después el célebre orador sagrado don Clovis Montero— “el sacerdote modesto que con la delicadeza de su inagotable caridad y con la vida oculta entre los desheredados de la fortuna y con la insinuante sencillez de sus modales se conquistó el amor imprecadero del pueblo cristiano”.

Procuró poner en práctica las enseñanzas de la Encíclica RERUM NOVARUM de León XIII: realizó con gran solemnidad, en el aniversario del preciado documento, el “Día del Trabajo Cristiano”, estimuló la organización de los primeros Sindicatos; inició las Semanas Sociales, ayudado por su avanzado vicario general Mons. Martín Rücker Sotomayor; fundó las Casas del Pueblo, las Escuelas Nocturnas para Obreros y las Cooperativas de Producción y Consumo. Estimuló la labor del Padre Fernando Vives Solar para formar en Chile la conciencia del apostolado social, lo que no fue óbice para aceptar la presión de los conservadores que pedían el exilio del jesuita, quien debió abandonar el país.

El lema del escudo episcopal era “Justitia et pax osculatea sunt”. “La justicia y la paz se han abrazado”

(Ps. 84, 11). En su primera pastoral, había dicho que como obispo "no vería ni los honores que dan brillo, ni la autoridad que lo hace superior a los demás, sino la obligación de trabajar sin descanso en la Viña del Señor". Quería "servir" y no "ser servido".

En la pastoral sobre "La Cuestión Social", auspiciaba el salario familiar, y pedía a los patrones que fueran fáciles para acoger las quejas de los obreros. Nadie hasta entonces había hablado tan claro. No olvidó tampoco al pueblo araucano: promovió en Santiago un Congreso de Araucanistas. En 1910 celebró el 1er. Congreso Social Católico, que el Papa Pío XII recordaría con honor cuarenta años más tarde (1950).

En su gobierno impulsó la Universidad Católica y la Sociedad del Centro Cristiano; fundó liceos gratuitos y escuelas parroquiales. Creó la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), germen de la Acción Católica, de numerosas vocaciones sacerdotales y de un partido político con grande influjo en la vida nacional. Trajo al país muchas Congregaciones para mantener y fomentar la educación católica. Para que estudiaran los pobres y obreros, creó becas universitarias en Europa y Estados Unidos; lo mismo hizo en los seminarios de Chile y en los colegios católicos.

Estaba tan interesado en dar educación religiosa al pueblo que, cuando fue a felicitar al Presidente don Ramón Barros Luco, el 23 de Diciembre de 1910, requerido por el nuevo Jefe del Estado, para que le pidiera algo a fin de concedérselo de inmediato, don Juan Ignacio le contestó: "lo único que pido es que no nombre profesor de religión en los liceos fiscales, sin consultar a la Autoridad Eclesiástica". Así se hizo desde enton-

ces y la medida ha beneficiado mucho la enseñanza de la religión en los colegios del Estado.

Floreció, durante su Arzobispado, la Sociedad de la Buena Prensa, a la cual favoreció especialmente; supervigiló LA UNION de Valparaíso, contribuyó a la creación del mismo diario en Santiago; creó la Sociedad Periodística de Chile, EL DIARIO AUSTRAL de Temuco, aun existente y con vida próspera, y LA AURORA de Valdivia. Pocos obispos y sacerdotes chilenos han trabajado más que el Arzobispo González Eyzaguirre, en favor de la prensa; la estimaba un apostolado insustituible. No obstante sus múltiples quehaceres, se daba tiempo para enviar artículos a LA UNION de Valparaíso y a otros diarios.

Finalmente estableció la Federación de Obras Católicas con una bien provista librería.

Fundó la Casa del Buen Pastor en Copiapó; un colegio en Ovalle; fomentó la recepción de la Sagrada Eucaristía en la niñez; escribió numerosas pastorales: en algunas de ellas, habló del amor a la Madre de Dios; de la confesión y comunión en tiempo de Cuaresma; del conocimiento de Cristo y de las misiones en los campos.

Consagró la arquidiócesis al Sagrado Corazón en 1915; tres años más tarde estableció la solemne consagración de los hombres al Sagrado Corazón de Jesús en la Catedral, el domingo siguiente a la fiesta y fundó "La Unión Apostólica de los Sacerdotes del Sagrado Corazón".

En medio de tanta actividad el Arzobispo no descuidó su vida interior: antes al contrario, aquella era el fruto de su intimidad con Cristo. Vivió en paz porque, aún

en los días de mayores sufrimientos, puso toda su confianza en Dios e hizo siempre su Divina Voluntad.

A fines de Octubre de 1910, presentó su renuncia a la Santa Sede y le fue aceptada el 31 del mismo mes. El 3 de noviembre, el Arzobispo comunicó al Gobierno su resolución. El Canciller Luis Izquierdo, en nota del 11 de noviembre, le manifiesta "la sorpresa que en el Gobierno despierta la determinación de V. S. Ilma. y Rvdma. ha adoptado, sin su aquiescencia y sin su consentimiento". En seguida abunda en consideraciones sobre el régimen del Patronato. El Prelado respondió que, al presentar su renuncia directamente al Papa, se atuvo a una "práctica universalmente seguida en la Iglesia aun en países donde un concordato con la Santa Sede asegurar al poder civil los más amplios privilegios, no ha tenido ni la remota idea de faltar a los deberes ni a la cortesía para con el Supremo Gobierno. La naturaleza y origen del cargo episcopal y la suma delicadeza con que debía tramitarse la renuncia a fin de que no sufriera detrimento el Gobierno Eclesiástico, me hicieron obrar de la manera que lo hice, reservándome, sin embargo, para haber dado cuenta al Supremo Gobierno, una vez que hubiese visto en la Santa Sede la voluntad de aceptarme la renuncia". En la misma nota, Monseñor González agradece la carta enviada por el Canciller el 10 de noviembre, en la cual manifiesta al metropolitano que el Gobierno "vería con satisfacción que retirara su renuncia" porque la Santa Sede "aceptaría con agrado cualquiera insinuación mía para retirar mi renuncia". El mismo día 10 escribió al Romano Pontífice para decirle que retiraba su dimisión; y el 14, el Secretario de Estado Cardenal Merry del Val le contestaba:

"Si V. S. puede continuar en su cargo, Su Santidad se alegrará mucho". El 15 dirigía al Vicario de Cristo el siguiente cablegrama: "Muy agradecido benevolencia Santo Padre, seguiré tranquilo en gobierno diócesis" (2).

El Arzobispo tomó tan grave decisión ante las serias dificultades que tuvo con el Internuncio Apostólico Mons. Enrique Sibilia, creadas por intrigas del Partido Conservador. El problema se suscitó cuando el diplomático papal quiso entregar la dirección de los seminarios chilenos a los jesuitas. Mons. González la había aprobado en principio; pero encontró resistencia en sus vicarios generales Martín Rücker y Manuel Antonio Román, quienes lo amenazaron con abandonar sus cargos si la Compañía de Jesús entraba a regir los seminarios.

Como dice don Manuel Rivas Vicuña en su HISTORIA POLITICA Y PARLAMENTARIA "se hablaba también del deseo del Nuncio de provocar la liquidación de las propiedades raíces de las comunidades religiosas y de desacuerdos sobre la disciplina eclesiástica. Por otra parte, se había sostenido que el Nuncio quería poner término a la intervención de ciertos civiles, altamente colocados en la política, en la administración de los bienes eclesiásticos y alejar al clero de toda acción partidista" (3). Se decía también, calumniosamente, que Mons. Sibilia apoyaba los intereses peruanos en el espinoso problema de Tacna y Arica.

El enviado del Papa manifestaba mucha visión y

(2) REVISTA CATOLICA. Año X. 5-XI-1910. Nº 222. Pág. 732. 19-XI-1910. Nº 223. Págs. 826 y 827.

(3) Tomo I. Ed. Biblioteca Nacional. Stgo. Chile. 1964. Pág. 339.

clarividencia en sus actuaciones, máxime en aquéllas que decían relación con la política. Es evidente que el peluconismo no miraba con buenos ojos las actividades de Mons. Sibilía, quien en 1910 tuvo dificultades protocolares con el Ministro de Relaciones don Luis Izquierdo.

El asunto se tornó luego una cuestión política, como es corriente entre nosotros: el Partido Conservador, amigo del Arzobispo, incitó a la opinión pública contra el Internuncio, partidario de separar a la jerarquía de la Iglesia de los pelucones.

Nadie quería el alejamiento del Arzobispo: el Vicepresidente de la República, don Emiliano Figueroa Larraín, el Presidente electo don Ramón Barros Luco, el Cabildo de la Catedral de Santiago, el clero, las Ordenes y Congregaciones Religiosas de hombres y mujeres, las sociedades piadosas y mutualistas y las señoras de la capital rogaban al prelado que retirara su renuncia. Los canónigos, el clero y las órdenes religiosas, se dirigieron respetuosamente al Papa para rogarle que rechazara la renuncia a Monseñor González.

Don Crescente Errázuriz, su sucesor en el gobierno de la arquidiócesis, aconsejó al prelado que evitara la crisis política y eclesiástica y confiase en la resolución del Vicario de Cristo. Todo esto influyó poderosamente en el ánimo ya algo voluble del Dignatario y retiró su renuncia.

Hubo quienes dudaron de la absoluta sumisión del Arzobispo al Romano Pontífice, de la cual siempre dio pruebas reiteradas y fervientes. El incidente con el Internuncio y estos malévolos comentarios, causaron intenso dolor a Monseñor González Eyzaguirre; pero no lograron turbar su paz interior.

Monseñor Sibilia hizo un viaje a Roma y la Santa Sede consultó al Gobierno de La Moneda si era prudente el regreso del diplomático a nuestro país. El Canciller, contestó afirmativamente y el discutido Internuncio volvió a Chile. A su llegada a la capital, en el trayecto de la Estación Mapocho a la Nunciatura, en un coche abierto, los jóvenes universitarios, arrebataron el sombrero al legado papal, y le zahirieron con gritos y cantos.

Don Luis Barros Borgoño que observaba un día otra manifestación en contra de Monseñor Sibilia, desde los balcones del Palacio de La Moneda, expresó, con toda picardía, al joven capellán del Presidente Barros Luco, Pbro. J. Francisco Fresno: "mire lo que hacen ustedes, echar al pueblo en contra del Internuncio". Barros Borgoño, como auténtico liberal, confundía a los conservadores con el clero; pero en el caso de este eclesiástico estaba equivocado, porque Fresno nunca fue conservador.

El Arzobispo González Eyzaguirre vivió preocupado de los pobres: daba pensiones a las viudas, a los estudiantes y familias necesitadas vergonzantes. Nunca tuvo secretario, ni familiar, en la vieja casa de la calle Catedral, para que nadie se impusiera de su generosidad.

Invariablemente dio ejemplo de cristiana humildad y franciscana pobreza: moró siempre en la casa-quinta frente a los Capuchinos, en el barrio que tanto amaba; hasta el día de su muerte dormía en el mismo lecho que le sirvió en el Seminario: un sencillo catre de fierro. Alguien dijo que tenía "pasta de santo"; además era un gran señor: a todos recibía cordialmente, sin afectación;

era amable y sincero; todos los corazones se abrían ante su inagotable caridad.

Enfermo y abatido, a principios de 1917 de nuevo manifestó deseos de renunciar; pero tuvo una inmensa alegría al recibir la carta autógrafa de Benedicto XV, en la cual le congratulaba por sus Bodas de Oro Sacerdotales, y hacía votos por su salud, arruinada por la arteriosclerosis.

Los achaques del metropolitano perjudicaron notablemente su postrera labor pastoral.

El 8 de junio de 1918, hizo confesión general con su amigo don Carlos Casanueva y le dijo: "Voy a partir ya; he llegado al término del camino y estoy contento; no pidan que viva, porque conviene a la Iglesia que me vaya; ya no hay en mí fuerza ni sujeto, yo ya no sirvo para nada; y hay mucho que trabajar". De estas palabras se desprende que aún le quedaba mucha lucidez. Murió al día siguiente a los 74 años y le sucedió un sacerdote de 79, don Crescente Errázuriz Valdivieso.

MONS. PIO ALBERTO FARIÑA (1878-1971)

Más o menos quince años, vivió en un alto tercer piso de su casa de la calle Compañía 2487, el obispo titular de Citarizo y canónigo arcediano del Cabildo de la Catedral de Santiago, Mons. Pío Alberto Fariña y Fariña, quien en plena y asombrosa lucidez intelectual, llegó poco antes de morir a los 92 años de edad.

Raros son los hombres trabajados que llegan casi a la centuria con sus facultades mentales perfectas; y, entre nosotros, uno de los pocos que lograron alcanzar tan fecunda longevidad fue Mons. Fariña.

Con ocasión de su nonagésimo cumpleaños, el venerable varón, recibió el saludo de Su Santidad el Papa Paulo VI, de sus hermanos obispos, del clero y de numerosos familiares y amigos. El deseaba ardiente y sinceramente que la fecha pasara inadvertida y así lo manifestó con insistencia y franqueza a sus íntimos. Mas, el sacerdote y obispo ejemplar, el consejero docto y prudente, el hombre de carácter firme, el poeta y citarista de fina sensibilidad, tenía muchos amigos y admiradores; y, contra su voluntad, debió recibir, emocionado el homenaje del Vicario de Cristo, y de tantas personalidades más, aunque él modestamente las procuró evitar. "El que se humilla será ensalzado".

Monseñor Fariña, miembro de una antigua e ilustre familia, honrada con numerosos sacerdotes, desde la época de la colonia y de la Independencia, era hijo de don Manuel Jesús Fariña y Molina, humanista y hombre de fe profunda y apostólica, y de doña Catalina Fariña y Alfaro. Ambos sintieron gran felicidad cuando su hijo Pío Alberto inició los estudios eclesiásticos en el Seminario de Santiago, y mayor gozo al verle más tarde llegar al sacerdocio. Monseñor Fariña fue ordenado de presbítero en diciembre de 1901 (1).

En seguida dictó clases de latín, castellano, fundamentos de la fe, ética y derecho natural, en el mismo colegio eclesiástico de Providencia. Fue maestro eximio de lo que enseñaba, especialmente del idioma del Lacio, que dominó hasta su muerte en forma acabada. Durante un año (1911-1912) sirvió la parroquia de Quillota. Poco

(1) Mons. Pío Alberto Fariña, nació en Santiago, en la Av. Recoleta, donde estaba la vieja casona que fue del obispo Justo Donoso, el 17 de diciembre de 1878.

después, 1912, se trasladó al Seminario de Talca, para desempeñar su dirección espiritual y luego el rectorado. En los dos establecimientos, entonces de vida pujante, se hizo querer por su carácter apacible, aunque firme, sencillez, rectitud, piedad y espíritu de justicia, cualidades indispensables en un buen profesor, máxime si es sacerdote. En sus discípulos dejó los mejores recuerdos; y en los días de su nonagésimo cumpleaños, sus pocos alumnos sobrevivientes, algunos de ellos ya ancianos y más achacosos que el maestro, le expresaron su gratitud, simpatía y afecto.

Conocía los cánones del Derecho y los del Concilio Vaticano II, casi al pie de la letra. Cuando alguien le hacía consultas, por modestia, pretendía ocultar su saber: se colocaba los lentes para leer el Código Canónico; pero antes, ya había repetido el canon de memoria, con una precisión y seguridad absolutas. Siempre estuvo presto a solucionar cualquier caso que se le presentara conforme al espíritu de la ley, de acuerdo con las mejores tradiciones y con las últimas reformas. No rehuía las modernas estructuras de la Iglesia, exigidas por los tiempos, pero rechazaba la indisciplina y la desobediencia a la autoridad, sobre todo en la Mística Esposa de Cristo, fundamento indispensable para su existencia misma en el orden espiritual establecido por su Divino Fundador.

Del Seminario de Talca (1916) pasó a regentar las parroquias de Santa Cruz y del Sagrado Corazón de Santiago, respectivamente. Ecuánime, prudente y laborioso, el pastor rural y el de ciudad se conquistó el afecto y la admiración de sus parroquianos cualesquiera que fuesen sus credos e ideales políticos.

El humilde y recordado Arzobispo Mons. José Hora-

cio Campillo Infante (1872-1956), compañero de Mons. Fariña en el Seminario, le sacó del ministerio parroquial en 1931 y lo llevó a su lado, primero, como prosecretario del Arzobispado y finalmente le promovió a canónigo y vicario general en 1939. Sirvió al metropolitano con solitud, lealtad y abnegación hasta el 30 de agosto del mismo año, día en que llegó a Chile la noticia de la aceptación de la renuncia presentada por el Arzobispo. En ese momento difícil e incierto, que no se producía desde hacía casi un siglo en la Iglesia de Santiago, el Cabildo de la Catedral eligió vicario capitular, vale decir, jefe de la arquidiócesis en sede vacante, a Mons. Fariña (2),

Entregó la sede a su viejo maestro, Mons. José María Caro, quien, cinco años después, haciéndose eco del clamor del clero metropolitano, designó vicario general a su antiguo discípulo (1945), para suceder a Mons. Miguel Miller.

Sirvió al primer cardenal chileno, no sólo en las funciones curiales, sino en sus asuntos particulares, con sumisión y fidelidad. Fue consejero del purpurado en todos los graves problemas que debió afrontar, e hizo prevalecer su opinión. A la muerte del Cardenal Caro (1958), Mons. Fariña fue de nuevo elegido vicario capitular de Santiago.

El Papa Pío XII, lo hizo primero protonotario apostólico, a principios de 1946, y en septiembre lo elevó al episcopado, por singular coincidencia como obispo de Cita-

(2) Era la segunda vez que la Santa Sede aceptaba definitivamente, la renuncia a un arzobispo: la primera fue en 1844, cuando dejó su cargo el Arzobispo electo, Pbdo. José Alejo Eyzaguirre. En 1910, al fin, la Curia Romana rechazó la renuncia del Arzobispo, Mons. Juan Ignacio González Eyzaguirre.

rizo y auxiliar del Cardenal-Arzobispo de Santiago. Pío XI lo había honrado ya con el honorífico título de Prelado de Honor suyo.

Juan XXIII, tan audaz como visionario, escogió a Mons. Fariña entre los nueve obispos consultores de la Comisión Organizadora del Concilio Vaticano II, cuyo nombramiento se reservó el Papa; pero, como la salud de Mons. Fariña ya estaba resentida, no pudo viajar a Roma; sin embargo, desde aquí ilustró a dicha comisión con sus sabias respuestas.

Consciente de sus responsabilidades, y en la imposibilidad física de ejercer el cargo, renunció en 1968 al oficio de Deán de la Catedral, que le correspondía, por ser el canónigo más antiguo, aunque el Arzobispo podía designar al que él hubiese querido, sin atender a la antigüedad.

Devoto ferviente de María: ha escrito bellas páginas en prosa y verso en loor de la Madre de Dios.

Poeta de sólida raigambre clásica, su único libro: **DE MIS VERGELES**, publicado en 1966, lo delata como uno de los más entusiastas cultivadores de la escuela parnasiana en Chile. La estrofa remozada de Mons. Fariña, no le quita la auténtica nota lírica que aproxima el estro del prelado al de los clásicos, Fr. Luis de León y Lope de Vega; pero más a los románticos, Espronceda, Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce.

Hábil ejecutor de la cítara, era uno de los poquísimos chilenos conocedores de este difícil y bíblico instrumento musical; hasta el último día de su laboriosa vida supo arrancarle acentos vibrantes y emotivos.

En el silencio de su biblioteca, vivió como un anacoreta de los mejores tiempos de la Iglesia, alternando sus

horas, entre la oración, la lectura y la cítara, placeres que alentaban y enfervorizaban su ancianidad.

Falleció en la mañana del 30 de abril de 1971, tras breves días de enfermedad.

AUGUSTO D'HALMAR (1882-1950)

Don César Rossetti, en la plasticidad de sus recuerdos acerca de la gente del barrio, evocaba la personalidad de Augusto Goeminne Thomson, conocido primero en el ambiente literario con el nombre de Augusto Thomson, y más tarde con el de Augusto D'Halmar, en memoria de su bisabuelo, el marino sueco Juan Joaquín Thomson, Barón de D'Halmar.

El escritor nació el 23 de abril de 1882 (1), el mismo día de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra y de William Shakespeare, coincidencia de la cual él alardeaba mucho. A pesar de que en la Fe de Bautismo dice "hijo legítimo", su madre era soltera. Vino al mundo en casa de su abuela y madrina doña Juana Cross de Thomson, ubicada en la calle de la Catedral. Sin embargo, a

(1) Fe de Bautismo de Augusto Jorge Goeminne Thomson: "Certifico que en página 224 del Libro 17 de Bautismos de este Archivo Parroquial, se encuentra la siguiente partida: "En esta iglesia parroquial de San Saturnino de Santiago de Chile, a seis de julio de mil ochocientos ochenta y dos, el Pbro. don José Antonio Rojas, con mi licencia, bautizó y puso óleo y crisma a Augusto Jorge, de dos meses trece días nacido, hijo legítimo de don Augusto Jorge Goeminne y de doña Manuela Emilia Thomson, feligreses de esta parroquia. Fueron padrinos, don Augusto Klein y doña Juana Cross de Thomson. De que doy fe: José María Rojas González C., Suplente. Concuerda con el original citado y para constancia sello y firmo en Santiago de Chile, 4 de abril de 1959. Fidel Aranedo Bravo, Párroco.

poco de nacido, su abuela se lo llevó a Valparaíso, donde vivió hasta fines del siglo.

En 1900 Thomson moraba, según cuenta su cuñado Fernando Santiván, en una humilde casita de la calle Libertad, próxima a la plaza Yungay.

Desde muy joven, comenzó a escribir en la prensa capitalina, y pronto llegó a ser un narrador efectista, a veces elegante, poético y musical; y otras aterciopelado y hasta preciosista; cuando hablaba tenía mucho de actor grandilocuente. Refiere don Samuel A. Lillo, en **ESPEJO DEL PASADO**, que cuando en la prensa se anunciaba que Augusto Thomson iba a hablar, aumentaba la asistencia de señoras y de niñas en las plateas y tribunas del salón de la Universidad, en donde ya se había instalado el Ateneo.

“Le gustaba producir efectos teatrales. Se le veía siempre perdido entre los concurrentes casi a un extremo del salón; y al sonar su nombre, fingía no oírlo; y, pasados algunos instantes, se levantaba, y quitándose lentamente el abrigo, lo dejaba a una señora pálida de blancos cabellos que lo acompañaba (2). Atravesaba entonces la sala irguiendo su alta figura, a grandes pasos, como una enorme ave zancuda hasta llegar a la tribuna”.

“Nuevos instantes de estudiada presentación: con las manos apoyadas en la baranda, inclinaba hacia el público el busto aderezado a lo Byron, y abriendo sus ojos vagos de miope, empezaba a hablar como soñando. Otras veces, sin desplegar el papel, increpaba bruscamente al público que se agitaba nervioso, sin saber si aquello formaba parte del trabajo o era un arranque de locura del orador”.

(2) Su abuela doña Juana Cross de Thomson.

“Es que Thomson estaba poseído de incansable afán de aparecer original, y lo conseguía, a veces a costa del buen gusto, pero siempre con aplauso de los muchachos y escándalo de los viejos ateneístas que veían en él al predicador de que nos habla el Padre Isla, que exclamaba delante de sus feligreses estupefactos: “No creo en Dios, uno y trino”. Y cuando todos pensaban que había perdido la razón, agregaba tranquilamente: “Así dicen las sectas de los arrianos, de los marcionistas y de los maniqueos” (3). La misma táctica tenía Monseñor Ramón Angel Jara: una vez en la Plaza de Lima, ante una inmensa muchedumbre de peruanos, comenzó su discurso diciendo: “¡Señores sois unos ladrones!” Guardó silencio un momento, y, luego, prosiguió: “Me habéis robado el corazón”.

En seguida Thomson publicó su primera novela, JUANA LUCERO, de la cual me ocuparé más extensamente al final de esta semblanza. Después, seducido por la obra del novelista ruso León Tolstoy, fundó con el pintor Julio Ortiz de Zárate, y su cuñado, el novelista Fernando Santiván, una “Colonia Tolstoyana”, que, al cabo de muchas peripecias, tuvo su sede en San Bernardo en una casa quinta del poeta Manuel Magallanes Moure. Los colonos trabajaban la tierra; y, al atardecer, se dedicaban a la lectura de las obras literarias de su predilección.

Más tarde (1907), salió del país: por influjo del Ministro de Relaciones Exteriores don Federico Puga Borne, vecino de San Bernardo, y de quien D'Halmar había sido secretario particular, fue nombrado cónsul en la

(3) Samuel A. Lillo. ESPEJO DEL PASADO. Memorias Literarias. Nascimento. 1947. Pág. 189.

India. Antes de hacerse cargo del empleo, pasó por Inglaterra; y después visitó Francia, Suiza, Italia, Grecia, Turquía y Egipto. Finalmente, se radicó como Cónsul en Colombo. Estuvo también en España. En uno de sus viajes a la patria, en 1915, formó parte del grupo de LOS DIEZ, organizado por el poeta arquitecto Pedro Prado y por Julio Bertrand Vidal, pintor y arquitecto como su compañero.

Raúl Silva Castro cree que el propósito de los fundadores Prado y Bertrand, parece "haber sido invitar a gran número de artistas de diversas especialidades para los actos colectivos de la agrupación, exposiciones, conferencias, publicación de libros y revistas" (4). De inmediato, se editó una revista, LOS DIEZ, de corta duración.

El funcionario consular regresó a Chile definitivamente en 1934. Desde esta fecha hasta su muerte, desempeñó los cargos de Director del Museo de Valparaíso, y jefe de sección de la Biblioteca Nacional de Santiago.

Volvió a colaborar en la prensa santiaguina: escribió en LA HORA y en LA NACION; en esta última publicó RECUERDOS OLVIDADOS, que son parte de su autobiografía, aún inédita.

En 1942 fue el primer escritor chileno que obtuvo el recién creado PREMIO NACIONAL DE LITERATURA: sin duda merecía el galardón; pero fueron postergados otros escritores más antiguos y con mayores méritos y de mejor calidad literaria que D'Halmar.

Fuera de JUANA LUCERO, tiene numerosas obras: LA LAMPARA EN EL MOLINO, Santiago, 1914; NIRVA-

(4) Raúl Silva Castro. PANORAMA LITERARIO DE CHILE. Ed. Universitaria. 1961. Pág. 548.

NA, Barcelona, 1918; LA SOMBRA DEL HUMO EN EL ESPEJO, Madrid, 1924; LA MANCHA DE DON QUIJOTE, Santiago, 1934; AMOR, CARA Y CRUZ, Santiago, 1935; GATITA, Santiago, 1935; LOS ALUCINADOS, Santiago, 1935; PALABRAS PARA CANCIONES, Santiago, 1942; MAR, HISTORIA DE UN PINO MARITIMO Y DE UN MARINO, Santiago, 1943; CRISTIAN Y YO, Santiago, 1946; LOS 21, Santiago, 1948.

En las obras de este escritor hay mucho de su vida atormentada, de sus "gustos sexuales disidentes", como dice Alone; de las cábalas supersticiosas y de los exotismos que dejaron en su espíritu y en su pluma, los viajes, especialmente su paso por la India.

Era un apasionado del mar y gustaba vestir traje de marino.

Sus mejores libros ^{es} son, tal vez, PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, que es el propio drama de su vida angustiosa e irrealizada: Deusto, sacerdote vasco, acoge en su parroquia de Sevilla, a un joven gitanillo invertido, quien se enamora del cura. Tras una aventura amorosa del gitanillo Pedro Miguel, con una artista no muy joven, y de practicar el baile y el canto, propone a Deusto irse a vivir juntos en Madrid. El párroco, invariablemente fiel al celibato, ante la invitación de su protegido, muy aporreado, se suicida: lo atropella el tren donde viaja Pedro Miguel. Quienes conocen Sevilla, dicen que la novela carece de ambiente sevillano; sin embargo, quizás el mayor defecto de PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, sea su carácter sentencioso.

Entre los cuentos de D'Halmar, el mejor es RODAR TIERRAS, escrito a los 24 años, espléndido relato con mucho de la gracia de Andersen.

En el ensayo LOS 21, el autor manifiesta su rendida admiración por los escritores cuyas ideas tuvieron grande influencia en el orden político y social de oriente y occidente. Andersen, Víctor Hugo, Tolstoy, Ibsen, Poe, Dickens, Bret Hart, Zola, Daudet, Edmundo d'Amicis, Guy de Maupassant, Wilde, Eca de Queiroz, Milosz, Loti, Antonio Machado, Kipling, García Lorca, Gorki, Pezoa Véliz y Conrad, todos como anuncia Alone, crítico prologuista, son "los inspiradores del inspirador". A cada uno, algo debe D'Halmar en la concepción y ejecución de sus novelas y cuentos. Todos, cual más, cual menos, son escritores-artistas, hombres interesantes en sus vidas y en la obra literaria que realizaron, algunos de ellos geniales, con aires de profetas, de los cuales nuestro autor algo aprendió. El estudio hecho por D'Halmar sale de lo común, de lo vulgar; no son simples biografías, ni críticas de sus libros: el ensayista ha penetrado en la psicología de estos hombres de letras, desentrañando el contenido de su obra. LOS 21 señala las fuentes en las cuales el escritor chileno se inspiró para crear sus trabajos literarios, algunos discutibles; pero todos ejercieron influjo entre la juventud que comenzaba a escribir. Contribuyeron a darle nueva fisonomía a las letras nacionales en el primer cuarto de nuestro siglo y le valieron a D'Halmar el bien merecido título de maestro. Fue uno de los pocos escritores chilenos que ha hecho de la literatura una profesión lucrativa.

Conocí a D'Halmar en su oficina de la Biblioteca Nacional: ya había envejecido, lindaba en los 70 años; pero no perdía nada de la noble postura de los años mozos; al contrario, estaba ennoblecida por la blanca y crespa cabellera; tampoco había mermado el don de la

palabra: continuaba siendo un monologuista interminable. Como si estuviese presintiendo su cercano fin, después de dedicarme su libro LOS 21, me dijo: "venga a verme. Usted puede servirme a mí en la hora de la muerte; y yo a usted aquí en la Biblioteca, si algo se le ofrece". Era el 1º de julio de 1949. No le vi más. Durante los días de su larga enfermedad, alguien fue en busca del sacerdote-escriptor para que le visitara en su lecho de agonizante; mas, yo estaba, entonces, ausente de Santiago. D'Halmar murió el 25 de enero de 1950.

Un grupo de chilenos, secundados por el Ayuntamiento de Madrid y el Instituto de Cultura Hispánica, colocó una placa de bronce con la efigie de D'Halmar, en el frontis de la casa donde él vivió en la calle Travesía de la Bellavista, hoy Loreto y Chicote, de la capital española: "Aquí vivió y escribió la mayor parte de su obra el ingenio de Chile, Augusto D'Halmar. Los escritores de Chile exaltan su recuerdo en el Madrid que él tanto amó. A su eterna memoria esta lápida dedicada al Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en 29 de octubre de 1958".

El nombre y la obra de D'Halmar, ya no se recuerdan. El fue profeta cuando dijo: "Yo no soy Stendhal, y por ello en 1980 no se hablará de mí". "Así pasa la gloria del mundo".

Augusto Thomson llegó a Yungay, desde Valparaíso, a "una modesta casita de gruesos muros antiguos, que se erguía entre sus vecinas como una señora de buena familia, que sobrellevaba su pobreza con dignidad" (5).

La casa de pensión o residencial, como se dice aho-

(5) Fernando Santiván. MEMORIAS DE UN TOLSTOYANO. Santiago. 1955. Pág. 95.

ra, estaba ubicada en la calle Libertad, muy próxima a la Plaza Yungay.

En esa misma época, el apuesto joven de 20 años, comenzó a frecuentar el histórico y pintoresco almacén del señor César Rossetti, que mantenía la diaria tertulia a la cual concurría lo más granado de la gente de Yungay: Thomson fue presentado a don César por los jóvenes Rodrigo Sánchez Mira, Manuel Escobar y por otro, de apellido Corvalán Melgarejo, hermano de Ramón, médico y político radical, todos aficionados a la literatura, y muy amigos del nuevo vecino del barrio.

Los muchachos de Yungay se sentían atraídos por la personalidad del dueño del almacén: hombre culto, de conversación ingeniosa y chispeante, cualidades no comunes entre los comerciantes de abarrotes y comestibles. Los jóvenes conversaban familiarmente con don César, e iban a leerle sus primeros trabajos literarios para pedirle su opinión. De aquellos mozos, que frecuentaban el negocio, sólo Thomson logró más tarde celebridad en las letras con el seudónimo de Augusto D'Halmar.

“Entre conversación y conversación con Thomson, recordaba el señor Rossetti, cierta vez tocaron el punto de escribir algo sobre el barrio Yungay; pero don César no le dio mayor importancia al asunto. Augusto Thomson iba de tarde en tarde al negocio: “se perdía por dos y tres meses”. “Un día entre alegre y no alegre, contaba el señor Rossetti, después de tardar más de lo acostumbrado, me visitó de nuevo; y, sea por casualidad o porque se habían puesto de acuerdo, Thomson se entretuvo a solas en el almacén, en larga conversación con una mujer joven y buenamoza. Tal encuentro se efectuó dos o tres veces”.

Más tarde, Augusto Thomson confesó al señor Rossetti que había ido al almacén con el objeto de descubrir entre la clientela, a alguna parroquiana que pudiese servirle de heroína en una novela que se proponía escribir, cuyo escenario era el barrio Yungay. Don César creía que aquella mujer liviana, con la cual Thomson platicaba en el negocio era "Juana Lucero", la principal protagonista de la novela con la cual Thomson se inició en la vida literaria. Se trataba de una joven de 25 años de edad, más o menos, de exterior recatado y severo, muy hermosa y elegantemente cubierta con el tradicional manto de la época. Era, sin duda, la mismísima Hortensia Lucero, que había vivido durante un verano con una familia del vecindario de Yungay, que Thomson, en la novela, apellida "Caracuel López". En una vieja casa ubicada "al costado derecho de la Plaza Yungay" (6). Cuando frecuentaba el almacén de don César, Hortensia habitaba en una pieza de la calle Moneda, quizás durante el tiempo que convivió con "Arturo Velásquez", el novio de "Marta Caracuel". El retrato de Hortensia Lucero adornaba las paredes de la casa de Magallanes Moure, en San Bernardo, ocupada por la "Colonia Tolstoyana". Era "un hermoso y suave retrato".

Thomson formaba parte de la "patota" de la Plaza del Roto Chileno, y, en aquel tiempo, "los patoteros" se permitían algunos abusos de confianza, como por ejemplo, asistir a misa al templo de San Saturnino, con el ánimo preconcebido de chacotear. En esto, como en muchas otras cosas, no "todo tiempo pasado fue mejor".

Después de tres meses de nueva ausencia, Thomson,

(6) Augusto D'Halmar. JUANA LUCERO. Nascimento. 1961. Pág. 85.

volvió al negocio de don César, y le entregó los borradores de su novela LA LUCERO, para que los leyera. En ese momento —refería el señor Rossetti— entró al almacén, para hacer algunas compras, el sacristán y cochero del cura de la parroquia de San Saturnino, Pbro. D. Efraín Madariaga; y, “al echar una mirada, descubrió a Thomson. Lo miró fijamente y le dijo con voz aguar-dentosa: “Mira, tú eres uno de los futres que me estafa-ron veinte pesos”. El aludido protestó airadamente, por el grave cargo que se le imputaba; pero no tuvo tiempo para contestar, porque el sacristán abandonó el alma-cén”.

Al día siguiente, cuando Eliodoro, empleado del tem-plo, fue de nuevo al negocio de don César, le preguntó: ¿por qué trató tan mal ayer al señor Thomson? El sacris-tán respondió: “Ese futre es uno de los que forman la “patota” de la iglesia de San Saturnino, integrada por pijes “planchados” (7), que no dan un centavo para la colecta dominical”. Al respecto, contó al señor Rossetti que, cuando pedía limosna en el templo, él “trataba de poner la bandeja en las narices de cada uno, pero no lo-graba ni un cobre”. Cierta domingo, uno de los mozal-betes, sacó de su bolsillo un billete de veinte pesos, y propuso al sacristán que si le daba la vuelta, él pondría

(7) “Planchado”, “da”, adj. fig. Dícese del individuo que está tan pobre, que no tiene un centavo en el bolsillo; porque éste está tan desocupado y aplanado como si hubiera pasado por él la plancha. ¡FUTRE PELADO (O ENCOLADO, porque lleva colero), bolsillo plancha-do!, insulto que dice el pueblo al señorito o caballero pobre”. DICCIONARIO DE CHILENISMOS. Manuel An-tonio Román. Tomo IV. N, Ñ, O, P, y suplemento a estas letras. Santiago de Chile. Imp. San José, Avda. Condell 36. 1913-1916. Pág. 339.

en la bandeja un peso; mas, como no había dinero suficiente para complacer al joven feligrés, Elieodoro fue a la casa parroquial y solicitó a una de las hermanas del cura, los diecinueve pesos prestados. En seguida, el sacristán volvió al templo, entregó el dinero al "patotero", y éste, a su vez, alargó el billete.

Momentos más tarde, cuando Elieodoro pretendió cambiarlo, para devolver el resto a su dueña, se encontró con la desagradable sorpresa de que el billete era falso.

Don César Rossetti recibió oportunamente, de su autor, un ejemplar de LA LUCERO, nombre primitivo de la obra. Cuando Thomson preguntó a su amigo si había leído la novela, el señor Rossetti le respondió que "sólo en parte", porque no estaba conforme con la estructura general de la obra. "Cuando conversé con D'Halmar, me decía don César, acerca de la necesidad de escribir una novela, yo quería que tuviese "más sabor a barrio"; y que fuese un resumen más o menos completo, de los hechos que habían pasado, y de los hombres y lugares que figuraron en el ambiente popular".

Thomson hizo una novela social con amargo sabor de pecado. Defraudó a don César. El deseaba una de carácter histórico, en cuyas páginas apareciera la vida de Yungay.

En JUANA LUCERO, D'Halmar exhibe las costumbres sociales de una época y muestra sitios, actividades y gente del barrio, donde él nació y pasó algunos años de su juventud; y en el cual Hortensia Lucero, huérfana, vivió en casa de la familia "Caracuel López" en la calle Moneda. El autor conocía Yungay como la palma de su mano.

En cuanto a la novela misma, se deja ver claramente, a través de sus páginas, que D'Halmar conoció a "Juana Lucero", y la desgraciada mujer le inspiró cariño compasivo. No sería raro que ese personaje tan secundario de la obra, el único sin nombre, llamado simplemente el "ahijado" de la familia "Caracuel López", fuese el propio autor de la novela.

JUANA LUCERO está influenciada por Zolá, uno de los inspiradores del novelista chileno. El tema de la prostitución tratado por el francés, fue muy bien acogido por nuestros hombres de letras, y el primero que lo divulgó, aquí en el país, fue D'Halmar en JUANA LUCERO.

"Juana" es hija ilegítima de Catalina Lucero y del político pelucón y aristócrata, jefe de los diputados de su partido. "Alfredo Ortiz", quien siendo muy joven engañó a Catalina, cuando ésta cosía en casa del joven, y era aún una niña candorosa. El seductor abandonó a la ingenua costurera, la cual pudo criar honestamente a su hija Juana, sin molestar nunca a Ortiz, a quien no volvió a ver jamás.

A los 14 años, murió Catalina y en sus postreros días dejó a Juana al cuidado de su tía solterona Loreto Garrido, mujer que dio a la sobrina un trato despótico, paternalista y humillante.

Mientras ella fue a pasar el verano en la playa, la niña quedó "en casa de la familia "Caracuel López", situada a un "costado derecho de la Plaza Yungay". "Los "Caracuel", eran "de lo mejorcito" del barrio y trataron muy bien a la "huachita", como la llamaba doña Loreto Garrido; sin embargo, ella no estaba tranquila, ni contenta: "don Absalón", el dueño de casa, su hijo "Daniel", y "Arturo Velásquez", el novio de "Marta", la perse-

guían para seducirla. “Don Absalón” logró, al fin, su lascivo propósito, en la noche del 20 de enero, mientras toda la familia y la servidumbre participaban de la fiesta del Roto Chileno en la Plaza Yungay. “Juana Lucero”, que, según el novelista, temía con horror la llegada de ese momento, no quiso ir a la plaza, y se quedó, voluntariamente, en el caserón. Esta actitud inexplicable, deja perplejo al lector, porque D’Halmar presenta a la desventurada muchacha como un ejemplar de pureza, víctima de la pasión sexual enfermiza de los hombres de la casa donde ella se hospedaba.

En seguida, la joven, desesperada y encinta, huye con “Arturo Velásquez”, quien la convierte en su amante, hasta que la propia “Juana” lo pone en antecedentes de su embarazo, fruto de sus relaciones con “don Absalón”. “Velásquez”, próximo a contraer matrimonio y desilusionado, la lleva engañada, de una pieza donde convivía con ella, a la casa “de una amiga modista”, que es simplemente el prostíbulo tan conocido de “Adalguisa Albano”. Allí se la acoge con cariño; luego es inducida al aborto, y en poco tiempo se convierte en la ramera más importante y codiciada del lupanar; sin embargo, el novelista, encariñado con “Juana”, la presenta disconforme con su denigrante oficio. Pasan los años: la “Lucero” pierde el juicio, se vuelve loca y asesta un tiro de revólver contra el espejo, en el cual la víctima de la alucinación, ve, desde mucho tiempo, el rostro de su madre, que reprocha con los gestos a su querida “purisimita”, tan repugnante conducta. “Juana Lucero” no se suicidó. La novela termina con el disparo al espejo, que hirió la mano de la enloquecida y burlada mujer.

No es difícil encontrar en la heroína chilena seme-



janza con "Nana", la prostituta creada por Zolá, padre del naturalismo y maestro de D'Halmar. Empero, la compasión y el afecto del autor por "Juana Lucero", y ese aire románticón que corre por algunas páginas de la novela, trae a los lectores el recuerdo de "María", del colombiano Jorge Isaac.

Nuestro autor se entusiasma demasiado con la "Lucero" tanto, que él mismo, sin quererlo, por cierto, desfigura a su personaje, lo convierte en una muñeca de trapo y como dice muy bien Vicente Urbistondo: "Sólo en los comienzos de la novela consigue D'Halmar, trazar su personaje con la objetividad necesaria para darle consistencia y dimensión. En los sucesos que tienen por escenario la casa de la malévola tía, todavía se abstiene de hacer comentarios sobre la triste situación de la joven. Pero junto con empezar Juana a rodar, se manifiestan intervenciones personales de D'Halmar para reclutar la simpatía de sus lectores".

"Juana Lucero no es un personaje totalmente naturalista, ni literariamente logrado; no lo es, porque D'Halmar es incapaz de identificarse con su personaje sin experimentar al mismo tiempo un intenso sentimiento de piedad por él. Esta actitud, a pesar de no ser constante, aumenta con el desarrollo de la novela y resulta a la larga nociva para el personaje como para la obra" (8).

En la simpatía que inspira al autor su personaje, "Juana Lucero", influyó, sin duda la situación irregular de su madre soltera, doña Manuela Emilia Thomson, aunque la conducta de esta señora fue irreprochable, antes

(8) Vicente Urbistondo. EL NATURALISMO EN LA NOVELA CHILENA. Ed. Andrés Bello. 1966. Pág. 32.

y después de ser seducida por Augusto Jorge Goeminne, muy diferente a la de la heroína de la novela.

“En general —prosigue Urbistondo—, los demás personajes corren mejor suerte que Juana, sobre todo cuando no tienen función única empujarla al arroyo. En tales casos, la ingobernable parcialidad del novelista tiende a darle tintes exagerados o falsos” (9).

Los personajes aparecen como prefabricados por el novelista, y, por lo mismo, se manifiestan fingidos, convencionales, a veces ridículos y hasta contradictorios.

El enredo y la trama de la novela es pobre, inconexo: los acaecimientos se presentan como a saltos y no logra probar su tesis.

“La falla más perjudicial para la trama de la novela”, dice Urbistondo es que D’Halmar “no logra explicar” la negativa de Juana a salir con los de la casa primero y con las empleadas después, a pesar de tener la chica pleno conocimiento de las intenciones de don Absalón y de la tolerancia de su consorte” (10).

La técnica de la novela es deplorable y no puede ser mejor, salvo que D’Halmar fuese un genio; y está muy lejos de serlo, porque JUANA LUCERO la concibió a los 21 años y la escribió y publicó a los 22. La obra es el fruto de lo que vio en el barrio y en el ambiente de de la época; su intención es censurar el abuso de una clase social prepotente contra la otra pobre e indefensa y explotada hasta en el sexo. El mismo tituló la novela: “estudio social”. El autor la realizó sin método y desconocía la técnica de la novela naturalista de Zo-

(9) Id. Pág. 32.

(10) Id. Pág. 38.

lá y Daudet; aunque se había inspirado en estos escritores, D'Halmar era demasiado joven para conocer el intrincado procedimiento científico del género; de él sólo "le interesaba" su "afán mesiánico y ciertos temas" (11).

El estilo de JUANA LUCERO, es el de un muchacho escritor de 22 años, carente de forma literaria definida y personal; su lenguaje literario oscila entre los períodos sencillos, sin presunciones, y los líricos, no pocas veces rebuscados, llenos de incorrecciones gramaticales, y de galicismos, como que estaba fuertemente influenciado por los escritores franceses. En algunas ocasiones resbala y cae en la frase cursi, ampulosa y relamida, con resabios del romanticismo. Pero es innegable que D'Halmar comenzó, en JUANA LUCERO, la renovación de la literatura chilena para librarla del estilo grandilocuente del siglo anterior.

No sin razón en su madurez, Augusto D'Halmar, calificó a JUANA LUCERO, "como un alarde juvenil"; y en la vejez parecía avergonzarse de ella. Coincidió, de nuevo, con Raúl Silva Castro, tan perito en letras chilenas, en que D'Halmar "se sintió naturalista hacia 1900 y dos años después publicó su JUANA LUCERO, cándido homenaje de amor y de admiración a Daudet, con escenas de Santiago y de cierto rincón santiaguino, el barrio Yungay, donde el autor había vivido los años de la infancia y de la juventud; pero muy poco después se olvidaba de aquel maestro y de aquel ensayo y buscaba su senda por otro lado. Cuando llegó a Chile en 1934, no ponía buena cara si se le hablaba de la Lucero, y ar-

(11) Id. Pág. 40.

güía que su obra había tocado después otras cimas. Hay en él un cambio brusco, una ruptura, y la pobre JUANA LUCERO de los comienzos quedó para su propio autor en posición secundaria”.

En todo caso, JUANA LUCERO, queda como uno de los primeros exponentes de la novela auténticamente nacional, con lejanas reminiscencias de naturalismo; y, sobre todo, ella subsistirá para recordar el esplendor de uno de los barrios más característicos de Santiago a fines del siglo anterior y en los primeros veinte años del presente.

JOAQUIN EDWARDS BELLO (1887-1968)

Entre los vecinos más connotados del viejo barrio Yungay se contó, durante largos años, Joaquín Edwards Bello, dueño de una modesta casa de la calle de Santo Domingo 2315. En ella se recluyó en sus últimos años, solícitamente atendido por su esposa doña Marta Albornoz. Sólo de tarde en tarde se le veía deambular por las calles del gran Santiago, acompañado de su mujer que veneraba al escritor y al hombre.

Pocos literatos más leídos en Chile e Hispanoamérica, y aún en Europa, donde se han traducido sus obras, que Joaquín Edwards Bello: “A mí no me gusta que me lean”, dijo en cierta ocasión; sin embargo, sus libros y artículos de LA NACION, diario donde colaboró desde su fundación (1917), eran recibidos con beneplácito por el público lector.

En la cumbre de los 81 años, Edwards Bello contempló, aunque enfermo y pobre, su vasta labor literaria de narrador y cronista.

Hombre a veces huidizo, y casi siempre disconforme con la sociedad y costumbres chilenas, muy joven se apartó de la aristocracia a la cual pertenía, para tener plena independencia en su tarea literaria, a la que se dedicó desde los 14 años, cuando publicó el periódico LA JUVENTUD (1901); que fue quemado por su padre don Joaquín Edwards Garriga.

Bisnieto de Andrés Bello, nuestro escritor, aunque admiraba a su ilustre antepasado, no siguió sus huellas de purista del idioma vernáculo. "Es preferible —dijo Edwards Bello en su juventud— una frase comprensible con errores gramaticales, y mal redactada, que una ininteligible, sujeta a las reglas del idioma". El muchacho inconformista e iconoclasta olvidó que, como se lo advirtió el crítico Omer Emeth, una frase con errores gramaticales es la única incomprensible. La experiencia enseñó el escritor que sólo una oración "sujeta a las reglas del idioma" es comprensible.

Sistemáticamente estudió poco; a los 19 años viajó a Europa; allí incrementó su cultura, y, a la postre, se convirtió en un respetable autodidacto. Más tarde estuvo varias veces en el viejo mundo; y, en 1925, como miembro de la delegación chilena en la Liga de las Naciones, que presidía su pariente cercano don Emilio Bello Codesido, quien acababa de abandonar el mando supremo de la República, después de entregarlo a don Arturo Alessandri Palma, el 20 de marzo de aquel mismo año. Edwards Bello tuvo entonces la peregrina idea de publicar un artículo en LA NACION de Santiago en contra del general Gómez, Presidente-dictador de Venezuela, del cual protestó don Alberto Posse de Rivas, Encargado de Negocios de ese país en Chile. Don Emilio Be-

llo Codesido amonestó a su pariente por esta actitud, impropia de un diplomático: Edwards Bello, humildemente, reconoció su error y lo atribuyó a inexperiencia (1). El inteligente escritor no guardó rencor al antiguo jefe de misión; al contrario, en un artículo (2) que escribió sobre don Emilio, le comparó con el estadista británico Churchill, a propósito de una respuesta muy ladina dada por el político chileno en la Cámara de Diputados en 1900, cuando era Ministro de Relaciones Exteriores. Edwards Bello, ante el fracaso de su labor diplomática, se retiró para siempre del servicio público.

Las primeras novelas del joven aristócrata: *EL INUTIL* (1910) y *EL MONSTRUO* (1912), causaron sensación, revuelo y escándalo. En ellas hay mucho de autobiográfico, de crónica y de personaje en clave. El autor hace el más despiadado ridículo de su clase social, de las instituciones seculares, de las costumbres y de la ya inveterada cursilería criolla. No escapa tampoco de su sátira despampanante la jerarquía eclesiástica y el catolicismo, que desgraciadamente no pocas veces dieron motivo para estas burlas. Sin embargo, Omer Emeth, el humanista sacerdote don Emilio Vaisse, crítico de *EL MERCURIO*, descubrió en el novelista un "talento literario indiscutible", y un estilo muy incorrecto, pero sutil, sencillo, sincero y sin amaneramiento.

Cuando escribía la novela *EL INUTIL*, se encerró en un hotel del Portal Edwards. Allí lo encontró su primo Andrés Balmaceda Bello, quien en sus recuerdos,

(1) Archivo de don Emilio Bello Codesido. Cartas cambiadas entre Emilio Bello Codesido y Joaquín Edwards Bello. ARCHIVO HISTORICO NACIONAL.

(2) *LA NACION*, de Santiago. 24-X-1953; reproducido el 4-8-1968.

aún inéditos, deja un buen retrato de Joaquín: "Mis búsquedas por fin tuvieron éxito: Joaquín vivía en un hotelito del Portal Edwards, del cual no tenía noticias de su existencia".

"Allí llegué una mañana muy cerca de las 12 del día. El aspecto de la pieza del hotel eran algo sórdido; eso no me interesaba. Joaquín dormía a pierna suelta en una cama de fierro bastante desordenada, tuve que despertarlo. Fue, sin duda, una sorpresa la que le dí y en cierto modo agradable, porque me confesó que hacía más de un mes que no veía a nadie. Sólo habían llegado a su pieza algunos amigos de esos que salen de las tabernas o de los prostíbulos. Estoy escribiendo una novela, porque, tú sabes que en Chile las beatas y los figurones, como tal y cual; y la fortuna del pillete que tú conoces y las condecoraciones del Pije Engominado que comulga dos veces al día... y así comenzó a darme a conocer el último número de su revista siempre chispeante, zahiriente y divertida y que en cada interjección me sacudía de la risa. Pero no te rías, me decía maliciosamente, todo esto es verdad".

"Después pasamos a los temas sociales. ¿No encuentras tú aborrecible que vivamos siempre en este engaño? Que la sociedad para darnos su visto bueno nos haga pasar y repasar por las Horcas Caudinas de sus convencionalismos y mistificaciones...? Te voy a leer un párrafo de mi libro, para que veas si tengo razón. Y me leyó un párrafo y otro y otro. Me entretuve a morir, pero en realidad, no pude excusarme de encontrarlos algo inconvenientes, le dije con timidez:

"Después de un instante de reflexión, soltó la risa. Yo también: ¡ja, ja, ja! Es que en este país no se puede

hacer nada, y ya iba enhebrándose en una nueva explicación, cuando la hora muy avanzada nos obligó a despedirnos, lo que hicimos en términos muy cordiales. Vuelve a verme unos días más, yo no salgo a ninguna parte; pero no digas a nadie donde estoy, ni lo que hago”.

“La novela llegó a su término; y un buen día apareció, como un escopetazo, en todas las librerías: “EL INUTIL”.

El autor no se encontraba en Santiago, ni en Valparaíso, ni en ninguna parte. Andaban rumores que decían muchas cosas; pero lo cierto es que EL INUTIL era él; sabía que había herido a su propio ambiente, y que era prudente escapar a los pelambres, a los respingos, y tal vez a las represalias” (3).

Joaquín Edwards Bello publicó otras obras narrativas: EL ROTO (1918-1927), que de nuevo causó asombro y estupor porque en sus páginas pintó muy a lo vivo las figuras populares típicas y las costumbres del barrio Estación de Santiago. Valparaíso, la ciudad natal, le dio tema para tres de sus mejores novelas-crónicas: 1931, 1943 y 1946, en las que, como él dice, “El mundo de su niñez es aquí una creación personal que yo veo y que siento”. LA CHICA DEL CRILLON (1935), fue también muy comentada: en ella evoca la turbulenta vida social de la época en la cual concibió y editó la obra: el estudio del ambiente y de los vicios de ese tiempo, realizado por el novelista, es tan exacto y fiel como si contase la historia de esos días santiaguinos.

El fuerte de Joaquín Edwards Bello han sido la no-

(3) MEMORIAS inéditas de Andrés Balmaceda Bello (1886-1968), que guarda su viuda, la señora Olga Balmaceda de Balmaceda, quien tuvo la bondad de facilitármelas.

vela y la crónica; sin embargo, ha escrito espléndidos ensayos: DON JUAN LUSITANO (1934), EL BOMBARDEO DE VALPARAISO Y SU EPOCA (1934), que ha tenido muchas ediciones, hizo llorar a Ramiro de Maeztu. En este libro, siempre ajustado a la verdad histórica, cuenta sin rodeos ni tácticas políticas, de las cuales difícilmente prescinden los chilenos, serenamente, pero no sin ironía, todo cuanto se relaciona con el bombardeo de Valparaíso, entonces un indefenso puerto del Pacífico. Escribió también DON ELEODORO YAÑEZ, LA NACION Y OTROS ENSAYOS (1934).

Por su obra literaria, celebrada en el mundo entero, menos por la aristocracia chilena, que todavía no perdona a su descastado crítico, le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura en 1943, las palmas académicas en 1954. La escena de su incorporación al docto Instituto, contada en sus RECUERDOS DE 1¼ DE SIGLO, es uno de los relatos más chispeantes, agudos y bien escritos salidos de la pluma del cronista.

Pero es la crónica periodística, la que más renombre dio a nuestro autor. Durante 45 años, las columnas de LA NACION de Santiago publicaron y siguieron publicando, después de su muerte "los Jueves de Joaquín Edwards Bello". Ha escrito de "omni re scibili". Para ello utilizó no sólo su portentosa fantasía, sino también recurría al documento, que como pocos escritores, tenía a mano en su propia casa de Yungay. En estas crónicas, muchas de ellas publicadas por la editorial ZIG-ZAG, hay cuadros vivos y espontáneos, relatos graciosos, originales, y siempre oportunos con opiniones personalísimas. Cualquier cosa: un acontecimiento histórico, un libro recién aparecido, una noticia y un mito, daban pá-

bulo al autor para contar, a su manera, anécdotas, y hacer recuerdos divertidos, y a veces punzantes y no siempre ajustados a la verdad, como quien conversa familiarmente, despreocupado del qué dirán, sin convencionalismos de ninguna clase, en lenguaje directo y sencillo. Las cosas parecen hablar por sí mismas. La sinceridad es otra de las características del ameno cronista: dice sin miramientos lo que se le antoja, aun refiere hechos de su propia familia, a la cual ridiculiza sin compasión. Huye de la frase manida, prescinde de la redondez del período, no tiene pretensiones de estilista a lo Rodó; pero acepta y no pocas veces practica la preceptiva literaria, enseñada por su bisabuelo Andrés Bello. Cuando prescinde de ella, es porque la ignora, por su falta de formación humanística.

Las mismas novelas valen porque son esencialmente crónicas y tienen, precisamente, especial atractivo porque no se ajustan en estricto sentido a los preceptos de la novela; sin embargo, las narraciones se leen con grande interés. Joaquín Edwards Bello no se acomodó jamás a los cánones gramaticales: escribió con la mayor libertad y sencillez.

Se puede diferir de algunas ideas, principios religiosos y opiniones del hábil cronista; mas es imposible no admirar su desenfado para emitir opiniones, la mayoría de las veces acertadamente, y con invariable gracejo. La flema británica, no menguaba en él, el buen humor y la picardía del chileno auténtico.

Al leer los libros de Edwards Bello, cualquiera pensaría que era un hombre peleador, provocativo e intratable; sin embargo, no había tal: fue un excelente y leal amigo, gran señor y caballero amable y bondadoso. Claro

está que a veces perdía la paciencia, ante la majadería y la estupidez humanas; y entonces era capaz de abrir personalmente la puerta de su casa, cubierto su rostro con una máscara, para negarse a recibir a visitantes inoportunos. Cuando caminaba por el centro de la ciudad, y no quería ser importunado por amigos, admiradores y conocidos, los saludaba quitándose el sombrero cortés y ceremoniosamente.

Vivió con modestia en su casa del viejo barrio Yungay, en la calle de Santo Domingo, frente al Liceo de los Padres Capuchinos, y, sólo de tarde en tarde, se le veía, semi paralítico y achacoso, transitar por las calles del barrio y de la ciudad.

El bisnieto de Andrés Bello, doblemente laureado con las Palmas Académicas y el Premio Nacional de Literatura, viejo y enfermo, con una jubilación insignificante, no tuvo ni siquiera los mil quinientos escudos para comprar una silla de ruedas. Desmoralizado y confundido, se quitó la vida el 20 de febrero de 1968.

El Gobierno de la República, el Congreso Nacional, la Universidad del Estado, la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española, la Sociedad de Escritores de Chile y numerosas instituciones rindieron a Joaquín Edwards Bello, el homenaje merecido por el inmenso prestigio que redundó para nuestro país, su labor literaria de casi sesenta años.

Por mi parte, convencido de que Joaquín Edwards Bello, puso fin a su existencia, perturbado por la arterioesclerosis, y, testigos de su invariable devoción a la Virgen María, cuyo elogio hacía en público y en privado, no vacilé en celebrar misa de exequias en el tem-

plo de los Capuchinos, donde el escritor contrajo matrimonio, mientras sus restos se velaban en el Salón de Honor de la Universidad.

JULIO BARRENECHEA (1910)

En Huérfanos esquina de Maipú tenía la residencia el poeta Julio Barrenechea, su esposa y familia.

Este auténtico representante de la lírica chilena moderna exenta de "ismos" y estridencias, ocupó en la Academia Chilena el sillón dejado vacante por Samuel A. Lillo, otro poeta de jerarquía y significación en los comienzos del presente siglo, uno de los creadores del criollismo, fundador del Ateneo de Santiago, maestro que descubrió la vocación poética de quien emocionado le sucedió en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española.

El sentido homenaje que el poeta rindió a nuestro inolvidable maestro y fiel amigo, Samuel A. Lillo, es prueba elocuente, no sólo del gran valer moral y literario del cantor de Arauco, que durante 30 años honró a la Academia, sino también del acto de justicia realizado por la Corporación al designar unánimemente para reemplazarle a su discípulo predilecto y admirador.

En 1926, cuando la Academia eligió a Lillo, quiso galardónar su numen poético como representante de la poesía chilena del primer cuarto de siglo de nuestra literatura vernácula, de esa que dio origen a la lírica nacional o criolla y también al mentor y guía de las generaciones literarias de aquel tiempo. Posteriormente la Corporación, ya renovada, otorgó idéntico honor a Julio Barrenechea para enaltecer en su personalidad la poesía

moderna de nuestra época, purificada en su verso sencillo, límpido, despojado de esa pantomima grotesca y sin sentido que inspiró, si se pudiera hablar de inspiración, a no pocos poetas contemporáneos suyos; pero, a la vez la Academia quiso honrar y estimular en él al entonces Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, genuino intérprete del movimiento literario de esa época (1959).

La alcurnia lírica de Julio Barrenechea se entronca primero con su padre, Julio Barrenechea Contreras, poeta y periodista de la generación de 1900; y después con Samuel A. Lillo en las aulas del Instituto Nacional.

Allí, el viejo profesor de literatura española descubrió en el alumno del cuarto año de humanidades, al futuro lírico que iba a desarraigar de la poesía moderna el caos de los "ismos" y extravagancias, para crear un verso neorromántico, depurado y más humano, con reminiscencias clásicas. A los quince años escribió en verso una composición con moraleja, y el profesor la elogió y consagró al discípulo, quien ruborizado negaba la paternidad de sus estrofas.

El muchacho estudió leyes, pero le atraían más la literatura y la política. Luego se reveló orador y levantó a los universitarios y a la juventud contra la dictadura. Con Luis Tejeda, ahora diputado comunista, Julio y otros mozos de la época, hicimos obra sediciosa contra el Bando de Piedad de Chile, y fundamos el Bando Nacional de Piedad. Al mismo tiempo, Barrenechea formaba parte de diversos círculos literarios y ya no se avergonzaba de sus versos.

Relegado en el norte del país, el muchacho de cara soñolienta y largas patillas, apacible, reposado y melan-

cólico, de paso lento y mirada franca, era díscolo y combativo.

Sus amigos de esta capital le publicaron su primera poética: **EL MITIN DE LAS MARIPOSAS**. Según manifestó un amigo común al Presidente Ibáñez, Barrenechea no deseaba la publicación de este libro por temor de que se lo disolvieran los carabineros. El Mandatario celebró la ocurrencia y autorizó el regreso del poeta. En esta obra, el autor juega con las cosas que le rodean, y su numen es el carrocín donde las echa a volar. Poeta objetivo y subjetivo a semejanza de los escamoteadores, tan pronto aparecen en sus versos, no exentos de ironía, lo real y lo imaginario y sus estados de alma. Así le vemos en animada tertulia con las estrellas, en blanca noche de luna, a las cuales aconseja con gracia. En seguida, le encontramos en el minuto negro de su existencia, y "se contempla en el espejo como se va a quedar después de muerto". Barrenechea se divierte pensando en la muerte, y la trata con desdén.

Cuando asoma el nuevo lírico, dominan la poesía nacional tres de sus perennes valores: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro y Pablo Neruda y otros poetas de menor cuantía, también postulantes al Premio Nacional de Literatura. La poesía chilena era una torre de Babel comprensible sólo para aquellos que seguían la arremolinada corriente ultravanguardista. Con mucho del tono sencillo, alegre, claro y primaveral del ecuménico Juan Ramón Jiménez, Barrenechea reaccionó contra el verso estridente y aturdidor que pretendieron imponer algunos contemporáneos suyos.

Desde su primer cuaderno Julio Barrenechea crea

un nuevo estilo poético, claro, límpido, candoroso, apacible, pero chispeante y romántico, sin caer en el amaneramiento ni en la dulzaina; todo cuanto toca el numen tenue y grácil, diáfano y risueño del joven poeta, se enriquece y cobra inusitada alegría.

En 1935 publica el segundo libro, ESPEJO DEL SUEÑO; y, en mayo del año siguiente, recibe el Premio Municipal de Poesía. Con esta obra Barrenechea, vuela en busca de la forma perfecta y llega muy lejos: sus alas son potentes, nimbadas de luz y sensibilidad, sube y se encumbra muy alto, alcanza espacios siderales con la fuerza misteriosa de su inspiración. En este libro están algunas de sus mejores poesías. Su cantar anima todas las cosas que le ofrece la vida, lo de afuera y lo íntimo, y siempre con la misma fantasía del poeta soñador y sonámbulo que ama la vida en función de la muerte. Hay en sus venas un romanticismo nuevo, depurado, una emoción viril y contenida; a toda la poesía trasciende esa noble sencillez franciscana. Transcribir sería cosa de nunca acabar. Lo pequeño y lo grande, la vida y la muerte, la miseria y la grandeza, el agua y el oro, las flores, el sol y la lluvia, todo aviva su imaginación y toca la sensibilidad. Un músico ciego le inspira tal vez el mejor de sus poemas. Hace figuras y metáforas emotivas, con el ciego y la noche, con la luna y la flauta. El poeta se divierte con el mundo que le rodea, y, a semejanza de los prestidigitadores, toma en sus manos una paloma, la echa a volar y recibe en la otra a una mujer.

Blanco y claro como la misma ciudad de La Plata es su poema sobre la urbe rioplatense. El libro termina con el Romance de Rosarillo, que tiene algo de la gra-

cia, ligereza y picardía de García Lorca, dentro de la más absoluta originalidad de nuestro autor.

A Barrenechea le atraía la política, y era combativo; pero su cordura le impidió mezclar dos cosas tan antagónicas como la poesía y el prosaísmo partidista.

Ha tenido diversas actuaciones aquí y en el extranjero: especialmente se destaca su brillante y ponderada labor parlamentaria (1937-1944). Desde su asiento en el Congreso, el político oye el ruido de las agitadas aguas que se precipitan en ese momento histórico; mas el poeta las purifica y extrae de ellas la blanca y leve espuma la vacía en RUMOR DEL MUNDO, una de sus obras más perfectas. El romanticismo del autor adquiere en este libro un carácter singular; los acentos de tristeza y melancolía, lejos de ahogar su numen en la desesperación, dan nueva vida a su canto. Estos poemas abren una nueva etapa en la existencia del poeta y otros motivos le ofrecen temas para elaborar estrofas en las cuales trascienden sus amores e inquietudes emocionales.

En 1943, integró la Embajada Extraordinaria a la transmisión del mando en el Uruguay y después fue al Brasil. En ambos pueblos cumplió una misión de confraternidad literaria y política que enalteció a nuestro país a través de su nombre y de su obra.

Dos años más tarde, en las prensas de la Universidad de Chile, publicó el canto lírico "Mi ciudad", epopeya de nuestra capital. Con su rimado y elegante juego de palabras, incrusta, unas tras otras, figuras para realzar las mejores cosas del gran Santiago: desde los rascacielos, hasta la Quinta Normal y la "avenida toda llena de pobre bandada", tan unidas a los más caros

recuerdos del poeta, que vivió en el barrio Yungay acompañado de su esposa e hijos. Es una sencilla y singular poesía narrativa, que hunde sus raíces en los clásicos y donde el romántico cantor contempla la ciudad con ojos codiciosos e iluminados, y el corazón encendido por el amor a la urbe "recorrida y marcada por su sueño, por su amor, su dolor y su alegría", principalmente en el sector objeto de estas CRONICAS.

Viene después su misión en Colombia (1945-1952): la verde tierra de Caro y Silva, de Cuervo y Valencia, donde buscaron refugio las musas del Parnaso Hispanoamericano. Al cabo de poco tiempo era un personaje muy popular y querido en ese país. Estaba en todas partes, y su presencia era recibida con manifestaciones de simpatía y cariño. Sus ojos contemplaron la sábana esmeralda, y escribió dos libros de versos en los cuales realiza su pensamiento acerca de la poesía: "Creo en la existencia de un mundo poético, un mundo situado en la profundidad y en la prolongación del mundo, en las raíces de los sentimientos, y en los abismos profundos del ser y en las brumosas campiñas del sueño".

Su primera obra en Colombia, EL LIBRO DEL AMOR, revela ese mundo íntimo del poeta esencialmente amoroso, que ha ennoblecido el viejo romanticismo, convirtiéndolo con su fuerza creadora, simple y mayestática a la vez, en un nuevo género de poesía donde el sentimentalismo no excluye la resignada serenidad. El otro libro, VIDA DEL POETA, está inspirado en motivos de ese noble pueblo, tan sinceramente amigo de Chile. Su verbo enojado con leves y graciosos símbolos, en los cuales espiritualiza y purifica los objetos y las cosas de la naturaleza y de la vida. Enamorado de Colom-

bia, canta a la Virgen de Popayan, a la Negra del Sahumerio y recuerda muy a lo vivo la procesión de la Semana Santa en esa ciudad.

A través de siete años, Colombia lo consideró hijo adoptivo.

En 1948, desgraciados acontecimientos turbaron la paz interna de aquella República y siguió un período de agitación y violencia. Un ciudadano perseguido por la autoridad, buscó asilo en la Embajada de Chile. El Embajador, de acuerdo con el Derecho, le dio refugio provisional. Desde La Moneda el Presidente González Videla, le ordenó entregar al asilado al Gobierno colombiano. El diplomático se sintió desautorizado; y en un gesto de cívica altivez y auténtico sentido democrático, presentó la renuncia indeclinable de su cargo. Entonces se le discutió, pero hoy todos, chilenos, colombianos e hispanoamericanos, concuerdan en que nuestro Embajador procedió bien, conforme a los humanitarios principios del Derecho de Asilo. Regresó a Chile nimbado de gloria continental y sinceramente conmovido por las grandes manifestaciones de cariño y gratitud de que fue objeto en Colombia.

Le tentó de nuevo la política; pero entonces militó en un partido de centro, más acorde con su espíritu conciliador; y este cambio fue la causa remota de las acerbas críticas que recibió de los extremistas, sus antiguos amigos y correligionarios, cuando se le otorgó el Premio Nacional de Literatura.

A su regreso a Chile, publicó DIARIO MORIR que interpreta maravillosamente su pensamiento sobre la poesía. Obsesionado por el amor y la muerte, Barrenechea, sin caer en los excesos de un sentimentalismo en-

firmizo y pesimista, y siempre dentro del estilo neorromántico, crea nuevos poemas, ricamente ornamentados, con figuras y metáforas originales, tomadas de las cosas más simples, que en sus estrofas adquieren gracia musical y armoniosa flexibilidad.

En su camino ascendente hacia la forma perfecta, el lírico encontró en las ideas del amor y de la muerte, finos matices para infundir a su romántico verbo poético una suave y leve tonalidad. Toda la obra de Julio Barrenechea, desde el MITIN DE LAS MARIPOSAS hasta ESTADOS DE ANIMO, está inspirada en esos dos grandes sentimientos que más inquietan y preocupan al hombre: el amor y la muerte.

En 1954 fue a Montevideo, enviado por la UNESCO, y en la Banda Oriental del Plata, rindió homenaje a Juana de Ibarbourou. Barrenechea pronunció allí una de sus más hermosas oraciones, en ella la elocuencia se revistió con la túnica inconsútil de la poesía.

Invitado por EL TIEMPO estuvo otra vez en Colombia, después que el país volvió por los fueros de la Constitución y de la Ley, tan repelidas por las naciones hispanoamericanas. Recibió en todas las ciudades neogranadinas espléndidos homenajes. En seguida lo invitó la Casa de la Cultura del Ecuador a dictar una serie de conferencias en ese país de orfebres. En 1958 la Casa de la Cultura editó su obra en un volumen: POESIA COMPLETA.

La Academia Chilena correspondiente de la Real Española, le eligió, sin que él en su modestia, lo sospechara, miembro de número en reemplazo de su maestro, el poeta de Arauco Samuel A. Lillo. Por expresa petición de Barrenechea, tuve el honor de recibirle, el

29 de Mayo de 1959. En esa ocasión, hizo un retrato vivo y emocionado de Lillo, el varón generoso y comprensivo, alegre y agudo, siempre pronto a estimular la vocación literaria de la juventud.

Al año siguiente, 1960, se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, a pesar de las muchas gestiones de todo orden que se hicieron para privarlo del justo galardón tan merecido por el poeta. El agraciado tuvo la primera noticia del lauro en Israel, donde había sido invitado al término del tercer Congreso de Academias de la Lengua Española efectuado en Colombia, país en el cual, junto con Pedro Lira Urquieta, presencié los triunfos de Barrenechea. Allí se le admira con inmenso cariño. El Premio Nacional de Literatura fue la consagración definitiva de este artífice del verso.

En 1962 escribió algunas crónicas en LA NACION de Santiago. En ellas, el gracejo resulta como algo conatural del escritor. Esos artículos tienen además un gran contenido filosófico y provocaron en el lector, no sólo leves sonrisas, sino carcajadas estrepitosas.

Durante ese mismo año, llegó a nuestro país su nuevo libro: ISRAEL. "Un árbol por cada muerto", publicado por Losada en 1962. La obra es desconocida en la patria del autor: la editorial no la ha enviado a Chile con profusión; lo cual no deja de ser lamentable, porque Julio Barrenechea puso en estas páginas, todo su inmenso cariño por la incomprensida tierra de su primera esposa.

En el tercer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Bogotá, se interesó vivamente para que la asamblea lingüística pidiera a la Real Academia, la revisión del DICCIONARIO OFICIAL y del

MANUAL, a fin de quitar las acepciones peyorativas referentes a cualquiera raza, credo o nacionalidad; en especial aludía él a las voces relativas al pueblo judío. Al poco tiempo la Real Academia aceptó la indicación de Barrenechea y el Concilio Vaticano II, en 1965, declaró que no debía llamarse "deicida" al pueblo de Israel.

Desde Buenos Aires envió graciosas crónicas sobre el IV Congreso de Academias de la Lengua, al cual concurrió con Latcham y el autor de estas CRONICAS. Después de la asamblea lingüística rioplatense, el poeta fue invitado a Israel, fruto de esa visita es el libro ya comentado.

En 1965, Zig-Zag editó otro libro de Barrenechea: FRUTOS DEL PAIS, donde aparecen muchos de los artículos publicados en LA NACION, y algunos más: en tres o cuatro, cierta liviandad desentona un poco dentro del auténtico humorismo del conjunto.

El Presidente Eduardo Frei lo designó Embajador de Chile en la India, donde residió durante siete años y realizó una labor cultural que redundó en honra y provecho de nuestra patria. A pesar del inhóspito clima de Nueva Delhi, y del inmenso dolor que le causó la muerte trágica de uno de sus hijos y de Jaia, su esposa, Julio Barrenechea no perdió su habitual optimismo, y antes de renunciar a su cargo contrajo segundas nupcias con una distinguida dama inglesa.

El fuego destructor de esas desgracias, dejó en el alma del poeta CENIZA VIVA, convertida en un libro, todo amor y ternura.

Cada verso de este poemario de Barrenechea, es como un lento y suave doblar de campanas que invita al

silencio, a la oración; y permite escuchar, sin violencias ni estridentes rebeldías, la dolorosa historia del poeta del amor y de la muerte, en el trance del fallecimiento de su esposa e hijo. A través de CENIZA VIVA se transparenta el valor de Julio Barrenechea para afrontar la adversidad. Encontró un estilo puro para cantar al sufrimiento.

En 1969 publicó en Nueva Delhi: SOL DE INDIA, en el cual se despoja de toda retórica para mostrar objetivamente la vida íntima de la tierra hindú calcinada, quemante de "fuego puro", como canta nuestro autor. El lírico recibe esta vez el don poético para dar luz y calor al pueblo indio; Barrenechea lo ve iluminado por el sol, que deslumbra al poeta y arranca a su corazón sentimientos de amor y admiración. La característica de este lírico es saber mirar las cosas, aun las tragedias íntimas, en sentido favorable. La India cautivó al hombre sensible.

La última obra de nuestro poeta es "ESTADOS DE ANIMO", publicado en Madrid en 1970. En ella se acentúa la recuperada fe del autor.

Si la poesía chilena e hispanoamericana se enriquecen con la obra de Julio Barrenechea, la India tendrá en ella un monumento perenne.

XVII

OTRAS PERSONALIDADES EN YUNGAY

EN LA ESQUINA norponiente de Rosas con Sotomayor, pasó sus últimos días el ex obispo de La Serena **Monseñor José Manuel Orrego** (1818-1891). El prelado después de renunciar a su diócesis de La Serena, que gobernó desde 1868 hasta 1889, con su salud en pésimo estado, agravada por la sordera, residió en esta casona de su familia. Mientras se hacían los arreglos de la vieja mansión de sus antepasados, tomó en arriendo una propiedad de la Avda. Cumming.

Orrego fue un pontífice muy versado en ciencias eclesiásticas: había sido decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile. Era ejemplarmente virtuoso, de gran simpatía humana; pero de "una fealdad magnífica", según le oí decir a su pariente, el cáustico doctor Augusto Orrego Luco. Sus obras más difundidas son: **MEMORIA SOBRE LA CIVILIZACION DE LOS ARAUCANOS** (1854), (39 págs.), que fue muy discutida, y **FUNDAMENTOS DE LA FE**, duramente atacada, entre otros por los Pbros. Domingo Meneses y Juan Bautista Loubet, profesores de religión del Instituto Nacional.

Murió en su casaquinta el 18 de Julio de 1891.

Fuera de su casa grande, don Eusebio Lillo era propietario de algunas casitas de alquiler en Santo Domingo entre Chacabuco y Herrera. Una de ellas la dio en arrendamiento a muy bajo precio, después de septiembre de 1881, al ex **Presidente de la República don Aníbal Pinto Garmendia (1825-1884)**.

El probo mandatario, que dirigió la parte más dura de la guerra del Pacífico, inspirado en los más nobles sentimientos de amor a su patria, abandonó el poder, como casi todos los jefes de Estado chilenos, en la mayor pobreza. Lillo le facilitó una de sus casas, por una modesta suma de dinero; y allí vivió Pinto más o menos un año, según recordaba don César Rossetti. El ex Mandatario transitaba día a día por la calle de la Catedral, en dirección a los Tribunales de Justicia a ejercer honestamente su profesión de abogado. Llevaba expedientes bajo el brazo. Algunas veces se detenía a conversar con don **Jacinto Chacón**, cuyo domicilio quedaba en Catedral entre Sotomayor y Libertad. Esta casa fue saqueada en la Revolución de 1891.

El hijo de uno de los fundadores del barrio don Juan de la Cruz Sotomayor Fontecilla y de doña Gertrudis Guzmán Avaria, **Justiniano Sotomayor Guzmán 1845-1909**), vivió con su esposa doña Rosa Zavalla e hijos, en la casa de su padre en la calle Catedral.

Nacido en 1845, obtuvo el título de ingeniero geógrafo en 1867 y de minas al año siguiente.

Enseñó matemáticas en el curso de ingeniería del Liceo de Copiapó. Desempeñó desde 1873 la gerencia de la Compañía de Corocoro en Bolivia; y enseguida fue Cónsul de Chile con residencia en Oruro.

Al comenzar la guerra del Pacífico en 1879, renun-

ció a ambos cargos y se trasladó a Lebu para asumir la dirección del establecimiento minero de don Maximiano Errázuriz Valdivieso. En 1881 llegó a Santiago para hacerse cargo de la gerencia de la Compañía de Gas.

Ingresó en la vida política activa en 1888, año que fue elegido diputado; pocos meses después, el 2 de noviembre, juró como Ministro de Hacienda en el Gabinete organizado por don Ramón Barros Luco. Permaneció frente a esta cartera hasta el 11 de Junio de 1889. Creó la Delegación Fiscal de Salitreras. El mismo año, y hasta 1891, desempeñó la Dirección de Obras Públicas, puesto que ocupó nuevamente en 1896.

En 1891 partió de nuevo a Bolivia. Allí fue gerente de la Compañía Minera de Oruro, y Cónsul de Chile en la misma ciudad.

Por más de un lustro fue delegado de los Ferrocarriles en Europa. Más de un año ocupó, por segunda vez, el Ministerio de Hacienda (26-V-1896-26-VI-1897). Fundó la Administración de Aduanas de Valparaíso; organizó el Cuerpo de Vistas de Aduanas e hizo un estudio completo de la situación financiera de la nación. Murió en Europa el 16 de junio de 1909.

Entre los vecinos más notables de nuestro barrio, figura el general don Emilio Körner (1846-1921), militar prusiano, cuyo domicilio estaba en la antigua avenida Yungay, cerca de los hornos crematorios, entre las calles Cueto y Sotomayor, por lo cual la primera de estas calles llevó durante un tiempo el nombre del general alemán.

Don Emilio Körner, fue contratado por el gobierno de Chile en la Presidencia de Balmaceda, cuando era

capitán, como profesor de la Escuela Militar. En la Revolución de 1891, formó parte del Ejército Congressista; en mayo de ese año se dirigió a Iquique, oculto en un vapor mercante, para ponerse a las órdenes de la Junta de Gobierno. Asumió la dirección técnica del Ejército revolucionario; y al terminar la guerra civil ya era teniente coronel, Jefe del Estado Mayor.

El señor Körner estaba vinculado con la familia de don Alberto Yunge, uno de los fundadores del Llanito de Portales, por su matrimonio con una de las hijas de este caballero.

El viejo soldado que modernizó el Ejército chileno, y cuya única falla y deslealtad fue mezclarse en la inútil Revolución de 1891, era un hombre alto y fornido; pero con alma de niño y de vida muy sencilla. Periódicamente visitaba a don César Rossetti; iba a pedirle carreta y carretilla para los trabajos que él mismo practicaba en su quinta.

En una ocasión, don César Rossetti me contaba que el general Körner hoppedaba en su casa a algunos oficiales alemanes y le tocó presenciar un incidente en el patio de la residencia del distinguido hombre de armas. El barullo era grande: uno de los oficiales germanos, en mal castellano, se quejaba de que le habían hurtado veinte mil pesos en bonos. El general, en mangas de camisa, procuraba apaciguar a su compatriota y pretendía convencerlo de que no era hurto sino una equivocación. . . muy criolla por lo demás; pero el oficial en alta voz culpaba a un colega chileno. El incidente terminó con un buen arreglo propuesto por el general Körner cuyo cariño por nuestro país le permitía disculpar las faltas de los subordinados de su segunda patria.

En la calle Catedral 2820, vivió muchos años el pun-
donoroso y valiente coronel de nuestro Ejército, don
Agustín Almarza Rivera (1856-1922), con su esposa y
prima hermana doña Amelia Rivera Ojeda y familia.

El coronel Almarza actuó en las batallas de Chorri-
llos y Miraflores y en la Revolución de 1891, en defensa
de la integridad de la patria en la guerra del Pacífico y
de la causa del Presidente Balmaceda en la otra.

Por su brillante labor castrense, al retirarse del
Ejército, fue ascendido a general de Brigada de la Re-
pública.

Don Casimiro Domeyko Sotomayor (1863-1922), hijo
del sabio don Ignacio y de doña Enriqueta Sotomayor
Guzmán, siguió la carrera de su padre y fue un hábil
ingeniero de minas.

Perfeccionó los estudios de ingeniería en la Univer-
sidad de Minas de Freiberg (Alemania) y en la de Pa-
rís: en ambos establecimientos se graduó de ingeniero.

A semejanza de su progenitor, a don Casimiro le
sedujo la docencia: fue catedrático en la Universidad del
Estado y en la Escuela de Minas. En la misma época,
ejercía también el cargo de Ensayador de la Casa de
Moneda.

En 1891, año en que contrajo matrimonio con doña
Dominga Alamos Cuadra, fundó, con otros entusiastas
vecinos de Yungay, como ya se recordó, la Novena Com-
pañía de Bomberos.

Más o menos en 1893 se trasladó a Antofagasta,
donde se hizo cargo de la construcción del establecimien-
to de Playa Blanca, con el fin de beneficiar los minerales
de plata de las minas de Huanchaca en Bolivia, compa-
ñía chilena, ubicada en el centro minero de Pulacayo.

Después de haberse desempeñado como primer administrador de Huanchaca, se retiró para trasladarse a Bolivia, donde ejerció en Oruro la gerencia de las minas de plata y estaño de la Compañía Minera de ese departamento del Altiplano, perteneciente a capitales chilenos.

Acababa de terminar la guerra del Pacífico; y, por su don de gentes y ecuanimidad, supo ejercer con tino y distinción el cargo de Cónsul de Chile en esa ciudad, mientras desempeñaba la gerencia de la Compañía Minera.

Por su delicada salud, regresó a Santiago; y luego fijó su residencia en Copiapó, para reorganizar la Escuela de Minas y asumir su dirección. El establecimiento funcionaba entonces anexo al Liceo de Hombres. Domeyko reformó los anticuados sistemas de estudio, hizo nuevos planes y convirtió la Escuela en un plantel independiente y moderno, que comenzó a cumplir desde esa época el fin para el cual había sido creado.

De esa escuela han egresado numerosos ingenieros y técnicos de minas; entre otros, el propio hijo de su reorganizador, don Casimiro Domeyko Alamos, que han contribuido eficazmente al progreso minero y salitrero de las provincias del norte del país y de Bolivia.

Tras doce años de trabajo, enfermo, jubiló, no sin antes haber convertido la Escuela de Minas de Copiapó en una verdadera Universidad Técnica semejante a la de Freiberg, donde él se educó. El señor Domeyko es el precursor de la Universidad Técnica del Estado, cuyos espléndidos frutos prestigian a Chile.

En su casa de la calle Cueto, rodeado de su esposa y de sus hijos, Ignacio, Casimiro, Ana, Carlos y Juan, murió el 18 de agosto de 1922.



Don Casimiro Domeyko Sotomayor es uno de esos hombres modestos; pero inteligentes, probos y laboriosos, a quien Chile no debe ni puede olvidar.

En Huérfanos 2439, esquina de García Reyes, residieron, desde fines del siglo pasado hasta 1918, el poeta, catedrático, humanista y académico de la Chilena Correspondiente de la Real Española, **don Julio Vicuña Cifuentes** (1865-1936) y su esposa doña María Luisa Luco Solar. Después se trasladaron a la calle Mosquito, donde murió.

Durante 27 años, fue capellán de las Religiosas de la Visitación de la calle Huérfanos, entre Cumming y Bulner, el **Pbro. D. José María Maturana Prado** (1869-1931). Recibió el sacerdocio en 1893 y sirvió como teniente-cura o vicario cooperador de dos o tres parroquias; en seguida, desempeñó el cargo de director o Inspector general del Seminario de Santiago, en cuyo establecimiento era profesor. En 1900 regentó la parroquia de Panquehue, y, más tarde, la de Los Bajos de Mena. Ejerció la capellanía del colegio de Niñas de Molina, y, desde 1904 hasta 21 de agosto de 1931, la del Monasterio de la Visitación.

En la calle Matucana poseía una espléndida casa don **Carlos Silva Vildósola** (1870-1939). En ella habitó, con su esposa doña Amelia Pastor, por espacio de algunos años, hasta que compró una mansión en la Avenida Pedro de Valdivia. Don Carlos ha sido, quizás, el más brillante periodista de nuestro siglo, maestro de numerosas generaciones de diaristas y escritores que iniciaron su carrera en **EL MERCURIO**, donde fue director mucho tiempo. Escribía con elegancia y maestría sobre las materias

más diversas. Ocupó un sillón en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española; y, en atención a su merecido prestigio literario, el docto Instituto lo designó en 1935 para que diera la bienvenida al nuevo Académico don Arturo Alessandri Palma, Presidente de Chile.

Aunque nunca he formado parte del personal de EL MERCURIO, como colaborador recibí de don Carlos Silva Vildósola, eximio maestro, óptimas e inolvidables lecciones prácticas cuando comenzaba a escribir (1923).

En la calle Catedral 2313, fijaron su domicilio el coronel geógrafo don **Luis Maldonado Fuenzalida (1872-1943)**, su esposa doña Lucrecia Armijo Araneda y familia. Este distinguido jefe del Ejército hizo muy buenos estudios en la Academia de Guerra. Fue oficial del Estado Mayor General, Jefe del Instituto Geográfico Militar, y Adicto Militar en Alemania, país donde lo sorprendió la primera guerra Europea. Jubiló obligado por el Presidente Carlos Ibáñez, en su primer Gobierno; pero el Presidente Arturo Alessandri Palma, al comenzar el segundo período presidencial en 1932, dictó un decreto por el cual otorgó al coronel Maldonado el grado de General de Brigada. Actualmente ocupa la misma casa su yerno, el general del Aire en retiro, don **Jorge Andwandter Ojeda**, señora y familia.

Aunque por poco tiempo, vivió, en Compañía, entre Cumming y Bulnes, el escritor y diplomático, Académico de la Chilena y de la Historia y Correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando, don **Emilio Rodríguez Mendoza (1873-1960)** y su hermosa y gentil señora, doña Mercedes Bazáñez, de nacionalidad uruguaya.

Con su seudónimo A. de Gery, escribió en la prensa

de Santiago, de Chile y del extranjero, artículos sobre los asuntos más diversos, tratados con hondura y proligidad, y en un estilo semibarroco, no pocas veces enmarañado, incisivo, ameno, rico en anécdotas y muy discutido. Publicó varios libros de todo orden, entre los cuales quedarán: **ULTIMOS DIAS DE LA ADMINISTRACION BALMACEDA, COMO SI FUERA AYER**, su obra maestra, **COMO SI FUERA AHORA** y **AMERICA BARBARA**.

Los retratos acabados y sui generis, de Miranda, el Precursor; de CAMILO HENRIQUEZ, "el fraile revolucionario", director de la **AURORA DE CHILE**, primer periódico nacional fundado por el prócer José Miguel Carrera; del memorialista Vicente Pérez Rosales y el prólogo de nuestro libro sobre **EL ARZOBISPO ERRAZURIZ Y LA EVOLUCION POLITICA Y SOCIAL DE CHILE**, son obras en las cuales trasciende la dinámica y volcánica personalidad del escritor y del hombre.

Diplomático de profesión, culminó su carrera como primer Embajador de Chile en España, donde gozó de simpatía y prestigio por su talento, franqueza y don de gentes. Le secundó eficazmente su esposa, que era una mujer fina y elegante, nacida para la vida cortesana.

Rodríguez Mendoza fue un gran visionario, que predijo la desmedrada situación internacional en que Chile está actualmente, frente a las naciones vecinas, después de haber perdido gran parte de su territorio para entregarlo a la Argentina.

Hombre honrado, caballero sin revés y amigo sincero y leal, don Emilio Rodríguez Mendoza ha sido uno de esos hombres íntegros, cultos e inteligentes que honraron a Chile.

Don Ramón Briones Luco (1873-1949), su mujer, doña Camila Carvajal Miranda y familia, fueron, durante largos años, vecinos de la localidad: primero vivieron en la calle Rosas, frente a la Plaza Yungay y después en Cumming frente a Santo Domingo.

El señor Briones Luco, hijo de don Francisco Javier Briones y de doña Lucinda Luco Avaria, nació en Chimbarongo, se educó en el Colegio de Santo Tomás de Aquino y estudió leyes en la Universidad del Estado. Desde la niñez, demostró un talento excepcional y mucho amor al estudio. Muy joven comenzó a militar en el Partido Radical, agrupación política que presidió no sólo una vez.

Su larga carrera administrativa y política la inició a fines del siglo pasado, como jefe de sección del Ministerio de Colonización. Fue diputado, senador, Presidente de la Cámara de Diputados, Ministro de Industrias y Obras Públicas y de Relaciones Exteriores, cargo en el cual lo sorprendió la Revolución del 5 de septiembre de 1924. Finalmente, tuvo una lucida actuación como Embajador de Chile en Italia, durante el Gobierno del Presidente Pedro Aguirre Cerda.

Don Ramón Briones Luco poseía una cultura universal, extraordinario talento y ponderación. Escribía con elegancia; y, a través de sus libros y artículos se veía al grande humanista.

En la calle Maipú, entre Catedral y Santo Domingo, moró, hasta su muerte, el poeta lírico y profesor de castellano don **Antonio Bórquez Solar (1874-1938)**, señora Teresa Courbis y familia.

Bórquez Solar, hijo de Chiloé, cantó en versos modernistas a su tierra nativa, a la cual llama "la patria chi-

ca". Se carteaba con Rubén Darío, aunque no lo conoció. En poesía era seguidor de la escuela del nicaragüense.

En 1950, Monseñor Guillermo Ruiz Santander (1875-1954), adquirió la casa de la calle Catedral 2784, al llegar a Libertad, que había sido de su primo hermano el Pbro. Alberto Cotapos Santander.

Monseñor Ruiz Santander cuando se creó la diócesis de Valparaíso se incardinó en ella. Nació en Santiago el 12 de julio de 1874 y se ordenó de presbítero en Ancud, cuyo obispo Monseñor Ramón Angel Jara quería mucho al joven levita. Sirvió en el sur la parroquia de Corral. Más tarde fue profesor del Seminario de San Rafael en Valparaíso, vicepárroco del Sagrario de Santiago, párroco de Limache, cuya iglesia reconstruyó después del terremoto de 1906. Desde 1922, fue cura de la Matriz de Valparaíso hasta su regreso a Santiago. Presidente del Colegio de Párrocos del vecino puerto. Fue el primer sacerdote chileno que recibió de una Municipalidad, el título de Ciudadano Benemérito de Valparaíso, en 1949, al cumplir 50 años de sacerdocio. Poco tiempo después, dejó la parroquia y se vino a vivir a la calle Catedral, donde murió el 9 de enero de 1954. Tenía una figura principesca y era un varón sabio y virtuoso.

Hasta no ha mucho habitaron su casa, doña Edelmira Ruiz de Vásquez, ya fallecida, y su hija Francisca dirigente de la Acción Católica de la Parroquia de San Saturnino, parientas cercanas de Monseñor Ruiz Santander.

Antes que Monseñor, era dueño de la casa de la calle Catedral 2784, el Pbro. don Alberto Cotapos Santander (1875-1935), sacerdote muy popular en el barrio, porque tenía la costumbre de sentarse en una silla de brazos, junto a la puerta de su residencia.

El señor Cotapos recibió el sacerdocio en 1900. Posteriormente, fue teniente-cura o vicario cooperador de numerosas parroquias de Santiago y provincias; y en 1903 vicepárroco de Hierro Viejo. Durante largos años (1909-1935), desempeñó el oficio de capellán de la Penitenciaría de Santiago, establecimiento en el cual hizo una labor social y educativa que fue recordada mucho tiempo con respeto y gratitud.

Después que dejó la parroquia de Rancagua, tras dilatado ministerio sacerdotal, vivió, con su hermana Julia, en la calle Rosas, muy cerca de la Plaza Yungay, el **Pbro. don José Miguel Galaz Saavedra (1876-1939)**.

El señor Galaz era un eclesiástico muy meritorio, tanto por su celo apostólico como por su vida religiosa ejemplar. Se ordenó de presbítero en 1900 y en seguida fue párroco de Talagante, interino de Santa Ana, en la capital de Chile, de Casablanca, de San Vicente de Tagua Tagua, y de la Matriz de Rancagua, antes de que fuera Catedral, y después de creada la diócesis. Restauró el Santuario de Lo Vásquez, cuando fue cura de Casablanca, y llevó a Rancagua a las Religiosas Argentinas del Sagrado Corazón.

La casa la ocupan hoy dos sobrinas del señor Galaz, las señoras Celia Hernández de Echaniz y María Hernández de Iturriaga.

En la calle Compañía esquina de Libertad, en el hogar de sus sobrinos y sobrinas Ríos Lazo, tuvo su domicilio el **Pbro. D. Roberto Ríos Alamos (1879-1969)**. Desde que recibió el orden sacerdotal en 1922, después de haber sido empleado de Banco, y, hasta que se lo permitió su salud, secundó, con sin igual celo apostólico, a Mon-

señor Carlos Casanueva Opazo en la capellanía de la Antigua Iglesia de las Agustinas de la calle Moneda.

Monseñor Zócimo de la Cerda Fariña (1880-1968), desempeñó durante once años el oficio de capellán del Monasterio de la Visitación, desde 1957 hasta su muerte. Ejerció el ministerio sacerdotal durante sesenta y cuatro años (1904-1968), como familiar del Arzobispo Monseñor Mariano Casanova, Auxiliar de la Tesorería Arzobispal, vicario cooperador de Santa Ana (Santiago) y párroco 8 años de San Luis Beltrán y Maipo. En 1961 recibió el título de Capellán de Honor de Su Santidad.

A la muerte de su padre don Casimiro Domeyko Sotomayor, ocupó la vieja quinta de don Ignacio, en la calle Cueto, **Casimiro Domeyko Alamos** (1892-1970). En ella vivió hasta su muerte acompañado de su dignísima esposa, señora Hortensia Pérez Tupper. Sus cuatro hijos, al fallecimiento de don Casimiro, estaban todos casados.

Casimiro Domeyko Alamos, hijo de don Casimiro Domeyko Sotomayor y de doña Dominga Alamos, fue como su padre ingeniero de minas y toda su vida la dedicó a los negocios mineros con esa pasión, honradez y acrisolado espíritu cristiano que inspiraron todos los actos de su existencia ejemplar.

Nada, ni nadie, pudo arrancarlo jamás de la vieja mansión de sus antepasados: amante de las tradiciones, veneraba a su preclaro abuelo polaco, a su padre, fundador de la Escuela de Minas de Copiapó, en la cual don Casimiro estudió ingeniería.

Infundió en su familia el amor y el respeto al hogar patricio, que era para él santuario de recuerdos evocadores de las pasadas glorias de la católica y sacrificada

Polonia, tierra que amaba como a su propia patria chilena.

Hasta su muerte, don Casimiro fue uno de los vecinos más caracterizados y queridos de Yungay. Su figura esbelta y gentil; su amplia cultura y exquisita amabilidad, su gran señorío y espíritu generoso y cordial para acoger a quienes se acercaban a él, sin hacer distinciones de clases ni de ideologías, hicieron amado y popular a don Casimiro en el barrio de sus mayores. Tanto los pocos moradores que van quedando de otra época, como los nuevos vecinos, le quisieron entrañablemente, y llegaron a venerarlo como a un buen padre.

Conocía el barrio como su propia casona: desde niño escuchó a su padre noticias de la fundación de Yungay, las que éste, a su vez, oyó referir a su progenitor, el sabio don Ignacio. Muchas de estas CRONICAS las recogí en mis largas y amenas conversaciones con don Casimiro cuya figura simpática y paternal vivirá por largos años en el recuerdo del autor de este libro y de los moradores de la Villita de Yungay.

En una parte de la vieja casa del sabio don Ignacio Domeyko, construida después de la muerte del Pbro. don Hernán Domeyko, vive el ex ministro de la Corte Suprema de Justicia, don **Ciro Salazar Monroy** (1884) y su esposa, señora Ana Domeyko Alamos. El señor Salazar es uno de los más connotados y queridos vecinos del barrio. Recibió el título de abogado en 1909. Se inició en la carrera judicial como juez de Curicó; y por sus valiosos servicios y rectitud en el desempeño de la magistratura, llegó a integrar la Corte Suprema en 1952. Jubiló en 1963.

Muy cerca de la casa de su suegro, el banquero don

Augusto Villanueva, en la calle Matucana, tuvo su residencia don **Alfonso Bulnes Calvo** (1885-1970), ensayista historiador, secretario particular del Presidente Juan Luis Sanfuentes, gobernador de Magallanes, Embajador en el Perú, durante el Gobierno de don Jorge Alessandri Rodríguez. Perteneció a las Academias Chilena Correspondiente de la Real Española y a la de la Historia de la cual fue Presidente. Escribía con elegancia y era crítico de arte. Dejó varios libros y ensayos.

En la calle Huérfanos número 2328 vivió hasta su muerte la distinguida escritora señora **Mercedes Arangua de Varas**, acompañada de su hijo, el Pbro. don Guillermo Varas Arangua, nieto del ministro de Montt, don Antonio Varas, y pariente del cura de Santa Ana, don Estanislao Olea Aránguiz.

Largos años residió en el barrio el **general Estanislao del Canto Arteaga** (1840-1923). Pacificador de la Araucanía, gobernador de Cañete, héroe de la Guerra del Pacífico, actuó con heroísmo en numerosas batallas. En 1889 fue Prefecto de la Policía de Santiago. El Presidente Balmaceda lo relegó a Tacna, por sus ideas políticas adversas al gobernante que lo había distinguido con su confianza haciéndole Prefecto de la capital. Siendo coronel se rebeló contra el Presidente y se puso al frente del Ejército Congresista. Peleó en Concón y Placilla. Ascendió a General de División el 12 de noviembre de 1891. Se batió a duelo con el General Boonen Rivera. Fue un militar muy discutido. Del Canto habitaba una casa de la calle Agustinas esquina de Cumming.

Los hermanos, **general Rafael** y **coronel Luis Solo de Zaldivar y Alemparte**, también combatientes en la guerra

contra el Perú y Bolivia en 1879, ocuparon sendas casas en la calle García Reyes, próximas a Catedral; muy cerca de éstos militares tenía su residencia el **general Diego Dublé Almeyda (1841-1922)**. Por su heroísmo en la guerra con España y en la del Pacífico, el Congreso Nacional lo declaró dos veces "Benemérito de la Patria". En la calle de la Catedral a la altura de García Reyes, vivía el diplomático, poeta jocoso y parlamentario liberal temible, don **Alfredo Irarrázaval Zañartu (1867-1934)**. En Agustinas, entre García Reyes y Bulnes, tenía una espléndida mansión el estadista, escritor, diarista, político, diplomático y banquero, don **Agustín Edwards Mac-Clure (1878-1941)**, señora Olga Budge de Edwards y familia. La propiedad acaba de ser demolida, y la ocupa una Escuela Técnica de Niñas. En Compañía 2487, vivió primitivamente el dueño de la propiedad, don Emilio Reyes Echaurren; después la habitó su nuevo dueño, el conocido y popular político don **Malaquías Concha Ortiz (1859-1921)**, fundador del Partido Demócrata, diputado, senador y ministro de Estado varias veces; el primer secretario de Estado de su partido. Una de las casas de esta propiedad la ocupó después Mons. Pío Alberto Fariña. El atildado escritor don **Paulino Alfonso del Barrio** y su hermano, el filántropo don **José**, ambos académicos de la Chilena Correspondiente de la Real Española, vivieron en la calle Catedral al llegar a Cueto. En la misma residencia habitó don **José Alfonso Cavada (1832-1909)**, padre de los Alfonso del Barrio. Alfonso fue el último Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Federico Errázuriz Zañartu y el primero del Presidente Aníbal Pinto hasta 1878. Fue Auditor del Ejército en campaña en 1879; después, Ministro de Hacienda y, desde

1892 hasta 1905, Ministro de la Corte Suprema de Justicia. Durante tres años (1906-1909), fue Consejero de Estado. En Catedral esquina de Libertad, vivió el **General de División Alfredo Portales Mourgues**. En Catedral esquina de García Reyes tenía su domicilio don **Patricio Larraín Alcalde** (1851 o 1852-1927). Diplomático y hombre de armas, actuó en la guerra del Pacífico con mucho valor. Fue enemigo del Presidente Balmaceda y peleó en la batalla de Placilla. Se retiró en 1906 con el grado de general de división.

Don César Rossetti, de quien ya se habló en el capítulo XIV, vivió durante largos años en Catedral esquina de García Reyes, donde murió.

Don Luis Montt y Montt (1848-1909), hijo del Presidente Manuel Montt, historiador, bibliógrafo, profesor de literatura en el Instituto Nacional y Director de la Biblioteca Nacional casi un cuarto de siglo (1886-1909), moró en su casa de la calle Rosas esquina de Sotomayor.

Al lado de la casa de Montt, en Sotomayor frente a la Plaza Yungay vivieron don Guillermo Feliú Gana y señora Blanca Cruz de Feliú, padres del estudioso y prolífico historiador **Guillermo Feliú Cruz** (1900), ex director de la Biblioteca Nacional, ex Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Académico de la Historia y actual Conservador de la Sala José Toribio Medina, de la Biblioteca Nacional.

En esa misma época, comienzos del siglo XX, en la calle Rosas esquina de Sotomayor, donde ahora está la "Farmacia Real", había una oficina de Correos, que más tarde estuvo en Catedral esquina de García Reyes. Fueron sus jefas, sucesivamente, la viuda del escritor **Justo Arteaga Alemparte**, y doña **Ester Valderrama de Baña-**

dos, hija del médico, poeta, Académico de la Chilena Correspondiente de la Real Española, también distinguido educador y hombre público, oriundo de La Serena, don Adolfo Valderrama. La señora Ester era viuda del más fiel Ministro de Balmaceda, don Julio Bañados Espinosa; y habitó con su familia, primero, la casa esquina surponiente de Catedral con Sotomayor, y en seguida la ubicada en la esquina norponiente de Santo Domingo esquina de Sotomayor, donde murió.

Después del fallecimiento del Obispo Orrego, compró la inmensa propiedad de la esquina norponiente de Rosas con Sotomayor, actualmente ocupada por el Liceo CATEDRAL-CHILENO, que lógicamente debiera llamarse "Chileno-Catedral", don Manuel Enrique Grez, quien la convirtió en una casa de antigüedades, verdadero hacinamiento de cosas viejas, que los vecinos visitaban como un museo.

Eduardo Balmaceda Valdés cree que el señor Grez es el "más pintoresco y original anticuario que ha tenido Santiago" (1).

"Pocas veces, quizás nunca, hemos visto acumulado durante medio siglo un conjunto más abigarrado y universal; pudiéramos decir que era esta casa quinta una necrópolis de nuestras grandes residencias y, seguramente, muchos señorones venidos a menos hallarían en sus vitrinas restos de encajes, de abanicos, guardapelos, cajas de rapé que usaron sus propias abuelas. El arte se veía que estaba algo reñido con el coleccionista que sólo amaba acumular objetos curiosos y no siempre bellos; varias salas de museos diferentes pudieron completarse

(1) Eduardo Balmaceda Valdés. UN MUNDO QUE SE FUE... 1969. Ed. Andrés Bello. Pág. 259.

en aquel bric-a-brac, hasta una de Historia Natural, pues tal era la afición del señor Grez por las aves que las tenía vivas de las más exóticas especies y luego muertas, embalsamadas, para seguir en su amable contemplación. Había rincones que por lo abigarrado y especial de sus objetos parecían gabinetes de alquimia, como aquél donde presidía una cabra con dos cabezas”.

“Todas las mañanas el anticuario recibía a quienes quisieran visitar sus colecciones donde a su vez, todo tenía su precio. Cuéntase que sólo dos cosas lo atormentaban: el temor a los temblores, para lo cual buscaba reparo en una casuca de madera que hizo construir en su jardín el año de un gran terremoto y los ladrones que asediaban sus múltiples tesoros. El en persona abría la cancela, siempre armado de un grueso bastón de recia chonta cimado con una cachiporra de acero con la que golpeaba sonoro como para manifestar su poder de defensa, mientras duraban las visitas”.

“Diplomáticos, turistas, aficionados, comerciantes, visitantes de toda especie, desfilaron por esas inmensas y polvorientas salas, muchas veces llevándose algún objeto trocado a no mal precio. Alguien dijo que el señor Grez era la imagen rediviva de Julio Verne; usaba un diamante de gruesos quilates en el meñique y aspirando siempre un fragancioso habano, observaba con codicia algún objeto viejo que tarde o temprano iba a parar a sus vitrinas”.

El señor Grez murió, de 73 años, en 1938.

Es imposible dar aquí una lista completa de las numerosas familias que antaño poblaron Yungay y de las que aún forman el vecindario, porque ésta es una CRO-NICA y no una guía telefónica.

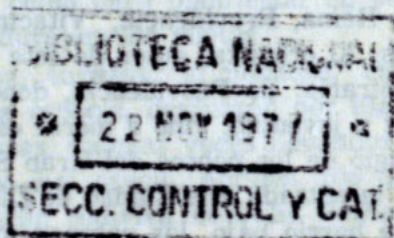
Yungay era, hasta 1930, un barrio pintoresco, con aire colonial y provinciano, donde abundaban las quintas y los jardines; tenía una fisonomía tan peculiar, que llamaba la atención de los extranjeros. Asemejábase a una apacible villa provinciana; quizás esta es la única característica que aún conserva.

Durante más de medio siglo, su población estuvo en permanente crecimiento: todos los santiaguinos deseaban vivir en el rincón de Yungay. Gran parte de los habitantes del sector céntrico de la capital, trasladaban su domicilio al tranquilo barrio, vecino a la Quinta Normal, en esa "bella época", tan de moda. En él poseían casas quintas arboladas con aire puro y en un ambiente campesino.

Actualmente (1971), son poquísimos los antiguos vecinos que viven en Yungay; casi todos han emigrado a Ñuñoa, La Reina, Providencia, Vitacura, Apoquindo y Las Condes. Al cronista, autor de este libro, le ha sucedido lo contrario: de Providencia, donde pasó lo mejor de su niñez y juventud, vino a morar en el barrio que es ahora refugio de los pobres del Gran Santiago, para esperar aquí la entrada a la Ciudad de Dios.

En este barrio bajo, las casonas de antaño, están convertidas en residenciales y hasta en conventillos. Los cuartos de las viejas casas, que dan a la calle, no pocos han sido transformados en locales, donde se expende el licor, ruina del pueblo y desprestigio de la villita de Yungay, otrora llena de encanto y atractivo.

Santiago, 28 de mayo de 1971



OBRAS DEL AUTOR

LUMEN VIAE (Cristo, Luz del Camino). 1940.

HOMBRES DE RELIEVE DE LA IGLESIA CHILENA. 1946.

HOMBRES DE RELIEVE DE LA IGLESIA CHILENA. 1947.

APOSTOL Y MENDIGO. (El Pbro. D. Blas Cañas). 1949.

DON CRESCENTE. 1952.

EL ARZOBISPO ERRAZURIZ Y LA EVOLUCION POLITICA Y SOCIAL DE CHILE. 1956.

OBISPOS SACERDOTES Y FRAILES. 1962.

EL OBISPO JOSE HIPOLITO SALAS. 1963.

BREVE HISTORIA DE LA IGLESIA EN CHILE. 1963.

UN LINGUISTA POLEMICO. Manuel Antonio Román. 1971.

CRONICAS DEL BARRIO YUNGAY. 1972.

